
Todo lo demás
no importa
Serie época
Sophie Saint Rose

# Todo lo demás no importa

Sophie Saint Rose

# Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Epílogo

# Capítulo 1

Bajó corriendo las escaleras sujetándose las faldas y cuando llegó al gran salón preguntó a su madre —¿Ya ha llegado?

—Querida, no puedes ir por ahí correteando como si fueras una sirvienta. Ya tienes quince años, no eres una niña a la que tenga que reprender por todo —dijo distraída dando una puntada a su bordado.

—Lo siento, madre. —Se sentó ante ella y como toda una dama puso sus manos una sobre la otra en su regazo. —¿Ha llegado la carta?

—No, todavía no y puede que no llegue nunca, así que deja de preguntar a todas horas. —La miró fijamente con sus mismos ojos azules. —Tu padre no suele leer el correo, ya lo sabes.

—Pero necesito su permiso para ir a casa de la tía Mary Beth. En su invitación decía que padre debía dar el visto bueno a pasar el verano en Bath. Se van en diez días y aún no he podido confirmar mi asistencia.

—Lo siento, hija, pero tu padre es un hombre muy ocupado y puede que no conteste a tiempo.

Intentó contener su frustración. —Si vinieras conmigo…

—¿Yo a Bath? Ni muerta.

Lo que le pasaba es que tenía miedo a salir de casa por las deudas de su padre, la avergonzaba que la vieran con un vestido de hace tres temporadas y que la gente rumoreara. O aún peor que le reclamaran algo, como la última vez que había salido. Y lo más triste era que si su madre no salía, ella no podía ir a ningún sitio. La tía

segunda de su madre, la duquesa de Netherphield, se había apiadado de ella y a pesar de la mala relación que tenía con su padre, la había invitado muy amablemente para que al menos conociera a alguien, ya que seguramente cuando llegara el momento no tendría puesta de largo como todas las chicas de su edad. La última vez que la tía había visitado la casa, le había dicho que su hermosura encandilaría a algún estúpido de tal manera que no le molestaría cargar con las deudas del conde. Y ahora no conocería a nadie, se quedaría en aquella apestosa ciudad y pasaría otro verano sin salir de casa. Suspiró, al menos tenía el jardín trasero para tomar el fresco. Se levantó, pero algo le hizo decir —Nunca puedo ir a ningún sitio, madre.

Lady Shirley se tensó antes de levantar la vista hacia su hija. —Vete a tu habitación.

—¡Eso pensaba hacer, porque no puedo salir de casa!

Su madre jadeó. —¿Pero cómo te atreves a hablarme así, Annaliese?

En ese momento sonó la campanilla de la puerta y lady Shirley se levantó asustada. —¿Quién será?

—Madre, esto no puede seguir así.

El mayordomo se acercó mirándolas interrogante. —¿Abro, condesa?

—Sí, abra Roberts —dijo muy tiesa dispuesta a lo que fuera a pasar—. Hija, a tu habitación.

Suspiró y caminó hacia el hall. Estaba subiendo las escaleras cuando Roberts abrió.

—¡Apártese!

Se volvió para ver que tres hombres con pinta de nobles entraban en la casa a la fuerza. Uno que llevaba un sombrero hongo y un gran bigote fue hacia el salón con una pistola en la mano. Palideció al oír a su madre gritar y corrió escaleras abajo. —¿Madre?

Al llegar al salón vio que la tenía agarrada por el cuello y que ese hombre había puesto el cañón de su pistola en su sien. —Dile a

tu marido que no va a sobrevivir esta vez. Ni aunque me pague todo lo que me debe, no podrá esconderse. Su título no va a protegerle.

Shirley sollozó muerta de miedo. —Se lo diré.

—Vete encargando su ataúd. —Le pegó un empujón con tal fuerza que la tiró sobre el sillón de su padre volcándolo hacia atrás.

Los tres hombres se volvieron para irse y ella vio sus caras. No, no eran nobles, podían vestir como ellos, pero la maldad de su mirada demostraba que eran delincuentes. El del bigote se detuvo ante ella metiéndose la pistola en la cinturilla del pantalón y cerrándose la chaqueta. La agarró por su melena castaña y tiró de ella forzándola a que se acercara. —Miradla —dijo divertido—. Mirad su cara de odio… Estas putas de clase alta se creen que pueden gastar mi dinero y que no haremos nada.

—Dale una lección, jefe. Quítale esa soberbia a golpes.

—¿A golpes? Ah, no… Necesitará este rostro para cuando se abra de piernas en el puerto. —Sonrió malicioso. —Si te portas bien hasta puede que te desvirgue por una libra.

—Suéltame, maldita carroña.

—¿Qué me has llamado?

—Golpear a un noble te llevará a la cárcel.

Perdió la sonrisa de golpe y la forzó a arrodillarse mientras su madre gritaba de miedo. El mayordomo aterrado salió corriendo mientras pedía ayuda, pero aquel hombre no se intimidó, lo que demostraba que estaba acostumbrado a hacer lo que le daba la gana. Tiró de su cabello con tal fuerza que empujó su rostro entre sus piernas. —Vete aprendiendo a chuparla, zorra, porque lo vas a hacer mucho para sobrevivir en esta ciudad, eso te lo juro por mis muertos.

Shirley gritó del horror y gritó aún más cuando vio como su hija abría la boca y mordía a aquel cerdo entre las piernas haciéndole aullar de dolor. Intentó soltarse, pero ella no lo permitió y cuando sus hombres intentaron agarrarla su jefe gritó aún más por lo que la soltaron de inmediato. Annaliese se levantó con el arma del

tipo en la mano y mostrando su boca llena de sangre disparó a uno de esos hombres lanzándole contra la puerta del salón antes de apuntar al otro que atónito vio como su jefe gritaba desgarrado con las manos en la entrepierna. —No, no va a ayudarte —dijo ella antes de dispararle al estómago. Annaliese se volvió hacia aquel canalla y siseó —Es de mala educación venir a mi casa con esos modales. —Dio la vuelta a la pistola. —Pero es que la escoria como tú no tiene modales. —Le golpeó en la sien con el arma haciéndole caer de costado sobre el suelo antes de recibir una patada en la cara con el botín.

Su madre impresionada se desmayó en el acto y Roberts con un mazo en la mano al lado de su cocinera dijo —Milady, no sabe lo que ha hecho.

Tiró el arma en el suelo y se rasgó el vestido por la manga. —¿No lo sé? Lo sé muy bien. Haz que venga la policía. —El mayordomo atónito no se movió. —¡Ahora!

El hombre salió corriendo y Betsy dijo —Milady, acabará en prisión.

—¿Por matar a tres hombres horribles? Nadie les echará de menos.

Como había sido atacada en su propia casa salió en todos los periódicos, lo sabía toda la ciudad y el hecho de que les hubiera matado hizo que para algunos se convirtiera en una heroína. Estaba en el salón tres días después eligiendo la nueva tela para la tapicería que se había manchado de sangre y como si nada dijo —Madre, creo que debería ser de color borgoña, por si vuelve a pasar.

—Hija, por Dios, no bromees con eso. No sé cómo puedes estar tan tranquila.

—Será porque padre ya me había advertido sobre esto.

—Le dije mil veces que no te enseñara esas cosas —dijo angustiada—. Mira lo que ha conseguido, ahora sí que somos la

comidilla de la ciudad.

Escucharon un carruaje y su madre asustada se acercó a toda prisa a la ventana para apartar la cortina de hilo. —¡Es tu padre! —dijo loca de contenta—. Prepárate para un buen castigo, jovencita.

Edward James Olwood entró en la casa como una exhalación y al ver a su hija sentada como si tal cosa en el sofá apretó los labios.

—Oh, Edward —dijo su madre dramática antes de correr hacia él para abrazarle—. Menos mal que estás aquí.

—Ya pasó, querida.

—No le mientas, padre —dijo mirando una tela azul—. No dejará de pasar hasta que pagues tus numerosas deudas. —Levantó la vista hasta sus ojos castaños. —¿O ya las has pagado?

Edward apretó los labios y apartó a su esposa que no dejaba de llorar. Inseguro dio un paso hacia ella. —¿Estás bien?

—Claro que sí, aunque no gracias a ti, padre. —Le mostró una tela beige con un hermoso brocado. —¿Crees que podremos pagarla? —preguntó con desprecio—. Seguramente no, es una pena, es realmente hermosa.

No daba crédito a su comportamiento y miró al mayordomo. —¿Qué le ocurre a mi hija? —preguntó asustado.

—Está así desde el ataque, milord.

Anneliese se levantó tirando la tela a un lado. —Estoy perdiendo el tiempo, voy a practicar al piano. Aunque no sé para qué cuando no tendré que mostrar mi poco talento a nadie. —Rio. —Nadie nos recibiría nunca, ¿no es cierto? —Caminó hacia la salida y cogió sus faldas para subir las escaleras, aunque ya le quedaban cortas. —Betsy, ¿qué hay de cena? —preguntó a la cocinera que estaba espiando.

—Judías, milady.

—Otra vez judías, qué maravilla.

—Le pondré patata cocida, milady.

Rio entrando en su habitación y cerrando de un portazo.

Edward cerró los ojos con fuerza antes de mirar a su esposa que no dejaba de llorar. —Ya no es nuestra niña. El trauma la ha cambiado, mi amor. ¡Tienes que hacer algo!

Llamaron a la puerta y Annaliese sentada en la ventana no dijo nada.

—Hija, voy a pasar.

La puerta se abrió mostrando a su padre, pero ella no se movió mirando a través del cristal como dos niñas jugaban al otro lado de la calle. Ella nunca había tenido una amiga de verdad, ni siquiera le dieron un hermano o una hermana para poder jugar con alguien.

El conde cerró la puerta y se acercó a la ventana mirando hacia donde miraba su hija. Supo exactamente lo que estaba pensando. —Sé que no he sido ni un buen padre ni un buen marido, pero estoy muy orgulloso de ti.

Como si eso le importara.

—Con las pocas lecciones que te he dado, has sabido defender nuestro nombre y a tu madre, eso me llena de orgullo.

Él se sentó a su lado. —Y puedes estar segura de que las cosas van a cambiar, te lo prometo.

—He oído como le has dicho esas palabras a madre toda la vida. —Le miró fríamente. —A mí no me vas a hacer lo mismo que a ella.

Edward apretó los labios. —Hija…

Le miró con todo el rencor del que era capaz. —¡Has dilapidado tu herencia con el juego y las mujeres, cuando era también mía! —gritó escandalizándole—. ¡Me has encerrado en casa quince años, no he tenido maestros, ni amigos, ni familia y todo por tu culpa! ¡No solo llevaré a mis espaldas los rumores de tus malas acciones y tendré que agachar la cabeza frente a tus deudores, sino

que ahora mi nombre está unido a tres asesinatos! ¿Crees que algún hombre querrá casarse conmigo? —Sus preciosos ojos se llenaron de lágrimas. —¡Nos has arruinado la vida!

—Hija, yo…

—¡Vete! ¡De todas maneras nunca estás aquí! —Le empujó, pero Edward la abrazó con fuerza mientras su hija lloraba desgarrada.

—Lo arreglaré, hija. Te juro que lo haré. Y podrás casarte como mereces, tener hijos y seguridad. Te juro que lo haré. —Muerto de remordimientos por la vida que le había dado a su familia la pegó a él con fuerza. —Tendrás la vida que mereces.

Elegante con un hermoso vestido rosa de mañana, caminó por el jardín y cortó una de las rosas dándosela al lacayo. —Buena elección, milady.

—Gracias, Bryan.

Él la puso en la cesta de mimbre y la siguió por el jardín hasta que eligió otra.

Su tía Mary Beth observándola desde su habitación apretó los labios. —No sé cómo se lo voy a decir.

—Duquesa, debe saberlo cuanto antes, debe trasladarse a Londres de inmediato —dijo su amiga. Lady Christine se levantó mostrando su vestido gris con cuello de encaje blanco propio de una dama de compañía de su rango—. La carta se ha retrasado, tiene fecha de hace cuatro días.

—Lo sé, lo sé… Maldición, con lo bien que iba todo con el conde y ahora esto. Está bien, haz que venga.

Christine fue hasta el llamador y tiró de la seda verde para llamar al servicio. La doncella de la duquesa no tardó en llamar. —Adelante —dijo Christine.

La doncella hizo una reverencia. —¿Desea algo la duquesa?

—Haga venir a lady Olwood.

—Enseguida, milady.

—Qué fatalidad. —La duquesa se apretó las manos. —Le va a afectar muchísimo a la pobrecita.

—Sospechábamos que su padre volvería a las andadas, usted lo ha dicho siempre, así que a Annaliese no puede sorprenderle.

La duquesa disgustadísima se sentó cogiendo la carta de la mesa. —Sí, a mí nunca me ha engañado, sabía que volvería a jugar en algún momento. La carne es débil y él lo era mucho más.

La puerta se abrió y Annaliese entró sonriendo y llena de vida mostrando las hermosas flores que había escogido. —¿Te gustan, tía? Las he escogido para ti. —Se acercó al florero y quitó las flores que le había puesto hacía dos días y empezó a colocar las nuevas. —Hace un día muy hermoso. —Se volvió y al ver sus caras se detuvo en seco. —Tía, ¿ocurre algo? ¿Te duele la cabeza? —Se volvió. —Voy a decirle a Murphy que avise al doctor.

—Estoy bien, cielo. Ven, siéntate.

Al mirar a Christine se tensó aún más porque la miraba con pena. —¿Qué ocurre?

—Niña, ven aquí.

Fue hasta su tía y se sentó a su lado sintiéndose muy inquieta. Se apretó las manos y la miró a los ojos antes de mirar la carta que tenía en sus manos. —¿Es de mi madre? Parece su letra.

—Cielo, tengo muy malas noticias.

—Es mi padre, ¿verdad?

—Le han encontrado muerto a las afueras de Londres.

Apretó los labios sintiendo un dolor lacerante en el pecho, pero después de todo lo que había visto desde que tenía uso de razón no podía decir que le sorprendiera. Aunque sí que dolía y mucho. —¿Sufrió?

Mary Beth dobló la carta intentando no llorar por el sufrimiento que expresaban sus ojos. —No hace falta que lo sepas.

—Me enteraré tarde o temprano, así que prefiero que me lo digas tú.

—Según tu madre, le cortaron las manos antes de colgarle de un árbol, pero afortunadamente esta información no ha transcendido a los periódicos. Los vecinos de la zona le cubrieron y la policía no ha dicho nada a la prensa para que la familia no sufriera. Para todos fue atacado a las afueras de Londres, aunque con su reputación muchos se imaginarán lo que ha ocurrido.

Cerró los ojos y dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas. —Sabía que acabaría así. Sus intentos por dejar el juego fueron en vano, siempre lo supe.

—Te esperan para el sepelio.

Se levantó tambaleándose y su tía se asustó agarrando su brazo. —Estoy bien, estoy bien… Voy a hacer el equipaje.

—Te acompañaré.

—Por supuesto que sí, iremos contigo —dijo Christine intentando contener las lágrimas.

—Gracias —dijo casi sin voz antes de ir hacia la puerta. Respiró hondo antes de abrirla y salió de allí con la cabeza alta.

—Dios mío… —La duquesa se tapó la cara con las manos y sollozó. —Mi pobre niña.

Christine se acercó y le acarició la espalda. —Ahora debemos apoyarla.

—Este es el escándalo que le faltaba. Ahora ya no encontrará marido, nadie querrá verse relacionado con el apellido Ollwood. El conde de Notford no esperaría dos años a que pasara el duelo y en estas circunstancias aún menos. Ya sabes las ganas que tiene de conseguir un heredero.

Christine sabía muy bien que el conde no esperaría a su pupila. Le tenía encandilado su belleza, pero nunca toleraría los escándalos. No, Mary Beth creía que iba a pedir su mano, pero solo estaba jugando con Annaliese para convertirla en su amante. En cuanto el conde se enterara de aquellas terribles noticias, saldría

corriendo en dirección contraria, estaba segura. Los hombres no querían que su apellido se ligara a rumores, las esposas debían tener una reputación intachable y si además tenían fortuna mucho mejor. Y Annaliese no podía presumir de nada de eso. No, su protegida no iba a tener las cosas fáciles con ese padre que le había tocado en gracia y tres muertos sobre su cabeza. Por muy bella que fuera, nadie querría unirse a ella porque para hacerlo debía tener mucho valor.

Siguió el negro carruaje con caballos blancos con el rostro cubierto por un velo tan oscuro como la noche. Su madre sollozando la cogió del brazo como si no pudiera dar un paso más y Annaliese le susurró —Valor madre, ya queda menos.

—Dios mío, qué vergüenza, no ha venido nadie.

¿Y qué esperaba? Siempre escondiendo la cabeza a lo que hacía su marido y esas eran las consecuencias, no sabía por qué se sorprendía tanto. —La tía está aquí.

Su madre sollozó. Annaliese miró a su tía que sin velo y con la cabeza muy alta caminaba tras el féretro al lado de Christine, que iba vestida de riguroso negro como todos en la familia. Llegaron al cementerio y caminaron por el sendero entre las tumbas hasta llegar al panteón de la familia de su tía, porque la familia de su padre se había negado en redondo a que se le sepultara con ellos. Uno de los lacayos de la funeraria abrió la puerta de madera del hermoso y triste monumento haciéndola chirriar con fuerza y otros cuatro bajaron el féretro posándolo en la hierba ante el panteón. El pastor con una sotana negra cubierta por un hermoso roquete de paño blanco hasta las rodillas, se acercó al ataúd y echó agua bendita sobre él diciendo unas palabras que ella no llegó a oír porque no podía dejar de mirar la caja donde habían metido a su padre. Apretó los labios con fuerza. Qué pena.

Mientras el pastor hablaba, soltó el brazo de su madre y cogió una de las flores que colgaban del carruaje, una hermosa rosa

blanca. Se acercó al ataúd y la dejó sobre el mientras el pastor se detenía confundido. Annaliese se agachó y besó el féretro. —Te he perdonado, padre. Fuiste débil y lo entiendo, para ti era demasiado duro. Yo me encargaré de madre a partir de ahora. —Acarició la madera y se volvió hacia la condesa que con el pañuelo en la mano la miraba sin entender. —Ya pueden meterlo.

—Pero… —dijo el pastor—, no he terminado.

—Mi padre no necesita más oraciones, hemos rezado por él toda la vida y seguramente nuestras plegarias se oyeron más que las vuestras. —Miró al hombre de la funeraria. —Ya pueden proceder.

—Sí, milady.

—Pero hija…

—No pienso dilatarlo más, continúen.

Los hombres cogieron el ataúd y lo metieron en el panteón. Cogió del brazo a su madre y se acercó a su tía. —Vayamos a casa, aquí ya no hay nada que hacer y tenemos mucho que decidir.

—Sí, niña —dijo la duquesa orgullosa.

Fueron hacia el carruaje de la duquesa y subieron con ayuda de un lacayo. De camino a casa nadie habló, pues todas estaban sumidas en sus pensamientos. Annaliese sabía que con la muerte de su padre, el conde de Notford ya no le pediría matrimonio. Aunque para qué engañarse, en su fuero interno estaba segura de que no se lo hubiera pedido nunca ya que no tenía fortuna. Lo que sí tenía era una reputación pésima. Sí, de eso tenía de sobra. De hecho, la madre del conde en una merienda le había asegurado que con su hijo no tenía ningún futuro. Bueno, no se lo había dicho con esas palabras, pero sí con otras mucho más finas y sin ser tan directa, pero a ella le quedó claro. Al oír las impresiones de su posible suegra, si se había apenado había sido por su tía que estaba de lo más ilusionada con esa unión. Ella no lo había sentido mucho porque no es que el conde le hubiera alterado el corazón precisamente, todo lo contrario, a veces le daba un poco de grima. Y no es que no fuera atractivo, era evidente que para muchas damas lo era, pero tenía algo en su interior que no le daba buena espina. Igual era por su

sonrisa que a veces era falsa y no había nada que ella aguantara menos que las falsedades y las mentiras. Bueno, eso ahora daba igual, si había tenido alguna posibilidad de ser condesa y rica se había esfumado por completo, así que tenía que hacer algo.

—Hija, ¿qué vamos a hacer…?

—Shusss… —Cogió su mano para darle apoyo. —Todo irá bien, ¿verdad tía?

—Claro que sí, niña. Podéis venir a vivir conmigo.

—¿Y la casa? —Su madre sollozó. —Tenemos la casa.

—Madre sabes tan bien como yo, que la casa se la quedará su heredero si es que la quiere porque tendrá que hacer frente a las deudas de padre para limpiar el nombre de la familia y no creo que sea tan idiota como para aceptar la herencia. —Miró hacia la ventanilla. —Y nosotras sí que no podemos enfrentarnos a los deudores.

—En mi casa no os faltará de nada hasta la boda de la niña.

Su madre apartó el velo de la cara de un manotazo. —¿El conde va a pedir su mano?

Christine y Mary Beth hicieron una mueca. —Pues… no creo —dijo la anciana.

—Rayos.

—Y ahora lo tendrá aún más difícil para encontrar marido —dijo Christine haciendo que su madre apretara los labios.

Annaliese mirando por la ventana dijo —¿Qué opciones me quedan? ¿Ser dama de compañía?

Shirley jadeó. —Niña, ¿qué dices?

—Madre, no podemos vivir de la tía eternamente —dijo entre dientes—. Ya hemos abusado demasiado de ella. Si tengo que trabajar, lo haré, no me da miedo el trabajo.

—Pero eres una dama de alcurnia.

—Christine también y me acompaña.

Shirley se sonrojó por las palabras de su tía. —Discúlpeme, lady Christine lo he dicho sin pensar, pero mi niña puede aspirar a algo más.

Annaliese sonrió con ironía. —¿Qué dices, madre? No tengo ninguna de las habilidades que tienen las jóvenes damas casaderas. No sé idiomas, ni administrar una casa de posibles, no toco el piano decentemente, no he hablado nunca con un noble del género masculino que no fuera mi padre y ni siquiera sé bailar.

Su madre se puso como un tomate, pero la duquesa sonrió. —Tu profesora dice que has avanzado muchísimo en los últimos tres años. Y bailar lo haces muy bien, no te quites méritos.

—No exageres tía, tampoco he aprendido tanto, aunque agradezco muchísimo todo el dinero que has invertido en intentar enmendar mi mala educación. ¡Por Dios, si todo lo que aprendí, lo hice gracias a los sirvientes porque mis padres ni se molestaban en pagar a un profesor que me enseñara a leer! ¡Se iban en cuanto no cobraban su primer sueldo! ¡Si no hubiera sido por las clases que me dio nuestro mayordomo, que se empeñó en enseñarme todo lo que sabía, ni hubiera aprendido a contar!

—Es una pena que tu madre no te enseñara todo lo que necesitabas, porque ella sí que recibió instrucción.

Shirley no sabía dónde meterse de la vergüenza. —Cuando naciste tu padre me llevaba con él y…

Como si no hubiera dicho nada siseó —Así que no, madre, no puedo aspirar a mucho y menos con mi pésima reputación. A lo único que puedo aspirar es que le agrade a una viuda que necesite compañía.

—Durante estos días le he dado muchas vueltas a este asunto —dijo la duquesa—. Y creo que tengo la solución.

Los ojos de Annaliese brillaron. —¿De veras?

—Una muy buena amiga mía enviudó el año pasado.

—Oh, ¿lady Hardington?

—Sí, la misma.

—Recuerdo que pasaste con ella unos días.

—Sí, y le hablé mucho de ti —dijo con una sonrisa—. Pues el caso es que está algo desesperada.

—¿Desesperada por qué?

—Porque no casa al libertino de su hijo.

Shirley jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Cómo has dicho?

—El marquesado de Wrochester necesita un heredero y él ya tiene veintinueve años. Guillermina está desesperada porque con lo pendenciero que es su hijo, puede que le peguen un tiro antes de los treinta. Hasta ahora se ha librado porque tiene muy buena puntería, ¿sabéis? Pero no hay que tentar a la suerte.

Annaliese entrecerró los ojos. —Si es tan libertino no querrá casarse.

—Por supuesto que no y ahí entras tú. Guillermina te aceptará de nuera encantada porque conoce realmente tu historia, no como esos chismosos de la ciudad. Además le agradarás porque eres hermosa y estás sana. Serías una candidata estupenda para dar a luz al nieto que tanto desea. Entre todas sortearemos los caprichos del marqués lo suficiente como para llevaros ante el altar.

—¿Entre todas? —preguntó Shirley—. ¡Yo no estoy de acuerdo con esto!

—Sí, madre, ¡sí estás de acuerdo sino quieres vivir en la calle! ¿O piensas que te quedarás a vivir con la tía para siempre? ¿Qué pasará cuando la tía muera, que esperemos sea dentro de mucho tiempo? ¿Dónde dormirás cuando su hijo se haga cargo de su herencia? ¡No podemos seguir abusando de su hospitalidad y generosidad, así que despierta de una vez!

Shirley cerró la boca.

—Continua tía, por favor.

—Tenemos que conseguir que el marqués vaya al campo a pasar una temporada y después invitadas por Guillermina pasaremos allí el tiempo que sea necesario.

—¿No puede ser aquí en Londres?

—Londres tiene demasiadas distracciones para un soltero, niña. El club, los amigos, los bailes… No, es mejor que sea en el campo. Además, allí cualquier encuentro entre vosotros será casual, no seréis objeto de cotilleos y especulaciones. Es mejor apartaros de todo. Lo he pensado mucho y creo que es lo más conveniente para que vuestra relación fructifique.

—¿Y cómo piensas conseguir que vaya al campo? Acaba de empezar la temporada.

—¿Christine? Esto se le ha ocurrido a ella.

Sonrió maliciosa. —Según tengo entendido por la servidumbre de su casa de campo puede tener pocos escrúpulos con las mujeres, pero con sus haciendas es la persona más recta que encontrarás entre la clase alta. Si hay un problema en la finca irá inmediatamente.

—¿Qué tipo de problema?

—Como queremos que se quede una buena temporada provocaremos ciertos sabotajes. Empezaremos quemando dos o tres campos. —Abrió los ojos exageradamente. —O el granero, el establo…

—¿Pero qué dice esta loca? —dijo su madre indignada—. ¡Quiere que acabemos en prisión!

—No acabaremos en prisión, es solo para entretenerle en la finca mientras la niña le conquista. Y te aseguro que lo hará. —Su tía la miró a los ojos. —¿A que sí, niña? Serás marquesa y tendrás la seguridad que siempre has querido. —Hizo una mueca. —Puede que tu matrimonio no sea por amor, pero darás a su madre lo que necesita y te garantizo que ella te dará lo que necesitas tú, seguridad y el estatus que te mereces. ¿Quieres hacerlo?

Annaliese tomó aire y asintió. —Haré lo que sea.

# Capítulo 2

Tres semanas después se bajó del carruaje impresionada por la casa estilo Tudor. Era la más hermosa que había visto nunca y la más enorme.

—Es una de las casas más grandes de Inglaterra —dijo su tía poniéndose a su lado—. Ya verás sus jardines, son maravillosos, hasta hay un laberinto.

—¿De veras?

Su tía no contestó porque su anfitriona abrió la puerta. Era una mujer muy hermosa que llevaba un vestido negro que resaltaba su cabello cano. Era evidente que había pasado malos momentos en el pasado porque estaba muy delgada, pero estaba realmente contenta de verlas. —Disculpadme, pero estaba en la cocina dando instrucciones y se tarda algo en llegar. —Rio de manera cantarina antes de abrazar a Mary Beth. —Qué alegría que estés aquí.

—Tenía que haber venido antes.

Miró a Annaliese. —Tenías obligaciones. Qué hermosura. Te quedaste corta, querida.

—Pues es mucho más hermosa por dentro.

—Mi tía es demasiado generosa conmigo.

La marquesa sonrió con apreciación. —Y encima tiene una voz bonita. Le encantará.

—Permítame presentarle a mi madre, marquesa.

—Lady Olwood, siento su pérdida.

Su madre hizo una reverencia. —Marquesa, siento la suya.

El dolor que atravesó el rostro de la mujer demostró que aún le dolía recordarlo. —Solo vivo para ver que mi hijo tiene una vida plena, espero que su hija pueda conseguir que asiente la cabeza.

—Si con eso mi madre y yo conseguimos una vida estable y cómoda me doy por satisfecha —dijo Annaliese.

—Perfecto. Por favor entremos en la casa, estaréis agotadas del viaje.

—Muy amable, marquesa —dijo Shirley.

—Querida, seremos familia, no hace falta que seas tan formal, Shirley.

Su madre se sonrojó. —Gracias, Guillermina.

La marquesa les indicó que entraran. —Disculpad, pero el mayordomo ha tenido que irse al ala sur porque hace dos días hubo un incendio que afortunadamente pudimos detener a tiempo de que se extendiera.

—Así que ya has empezado —susurró Mary Beth.

—Tenía que hacerlo antes de vuestra llegada para que no sospechara de vosotras. Ya le he enviado una carta. Al ser una habitación que no se usa casi nunca se preocupará sobre lo que ha pasado y querrá averiguar él mismo lo ocurrido. Mañana seguramente le tendremos aquí.

Annaliese nerviosa se quitó el sombrero y al volverse vio un gran cuadro en las escaleras, era el hombre más guapo que había visto nunca y estaba sentado en un enorme sillón de piel marrón. Tenía unos increíbles ojos verdes con unas espesas cejas negras y el vuelco que le dio al corazón la dejó sin aliento. —¿Es él? —logró susurrar.

La marquesa se giró y sonrió. —Sí, él es mi Phinneas. Es apuesto, ¿verdad?

Annaliese se volvió hacia su tía con las cejas levantadas. —Es tan guapo que asusta.

Mary Beth rio por lo bajo. —Sabía que te agradaría.

—Le agradaría a cualquiera y lo sabes. Tendré que lidiar con las mujeres que interfieran entre nosotros durante todo el matrimonio.

—¿Y no merece la pena? —preguntó su futura suegra con ironía.

Por primera vez en días sonrió sinceramente sintiendo unas maravillosas mariposas en el estómago. —Tengo la sensación de que merecerá mucho la pena.

En la cena las damas hablaron de la vida en Londres que Annaliese desconocía por completo y la marquesa no pudo evitar mostrarse sorprendida por lo poco que conocía la ciudad. —Pero tenía entendido que has vivido en Londres muchos años… No lo comprendo.

—No salíamos mucho —dijo cogiendo su copa de vino mientras su madre se sonrojaba con fuerza y le dio rabia, porque si habían llevado esa vida las dos no había sido culpa suya sino de su marido.

—Una pena, Londres tiene cosas maravillosas. Y las fiestas son tan divertidas… —El lacayo sirvió más vino a la duquesa. Guillermina le miró de reojo antes de decir como si nada —Es una pena que no se te haya presentado en sociedad, podrías haber conocido a mi hijo en Londres. Aunque puede que tengamos suerte y aparezca por aquí si no está muy ocupado.

—¿Tiene negocios en Londres? —preguntó Shirley.

—Sí que los tiene, pero los lleva su administrador. Si digo que está ocupado es porque se mantiene muy entretenido con la temporada, está muy solicitado y tiene gran cantidad de amigos a los que tiene que atender.

El mayordomo rio por lo bajo haciendo que todas le miraran y tosió intentando ponerse serio. —Lo siento, miladies. Me pica un poco la garganta.

—Tome un poco de agua, Hudson.

—Lo haré, marquesa —dijo muy serio.

—¿De qué hablaba? Ah sí, de mi querido hijo, si hay suerte podrás conocerle, niña.

Era evidente que no quería que nadie del servicio conociera sus planes, así que le siguieron la corriente.

—Amiga, sería una alegría volver a verle. ¿Ya se ha comprometido? No he oído nada al respecto.

—No, no hay compromiso a la vista, está muy cómodo con su soltería.

—Pero necesita un heredero —dijo Christine aparentando preocupación.

La marquesa suspiró como si ese tema la inquietara muchísimo. —Eso mismo pienso yo. Un niño en esta casa… Sería una alegría.

—Los niños siempre son una alegría.

—¿Cuántos nietos tienes ya, Mary Beth?

—Doce. La última fue una niña, tan hermosa…

—Las navidades en su casa son maravillosas —dijo Annaliese.

—Mis hijos adoran a Annaliese, se le dan muy bien los niños y les organizaba juegos divertidísimos. La seguían por toda la casa. Las niñeras solo se tenían que encargar de los bebés.

Sonrió. —Me gustan los niños, son sinceros y muy divertidos.

—Serás una madre maravillosa.

Se sonrojó de gusto. —Me gustaría tener muchos, espero que Dios me conceda ese deseo.

—Seguro que sí —dijo la marquesa encantada con ella—. Y dime, querida, ¿cuáles son tus entretenimientos?

—Lee muchísimo y es una apasionada de la jardinería —dijo la duquesa—. Jamás he tenido el invernadero como lo tengo ahora. Y es una intensa estudiante de piano.

—Es una agradable manera de decir que toco muy mal.

—Eso no es cierto, pero eres una perfeccionista.

—Mi hija era autodidacta, marquesa. Hasta hace tres años que se fue a vivir con Mary Beth aprendía sola.

—Increíble.

—Nuestra vecina tocaba cada día y ella escuchaba desde el jardín, ¿sabe? Incluso lloviendo se ponía bajo el tejadillo para escucharla. Después intentaba repetirlo y no paraba hasta que lo conseguía.

La duquesa asintió. —Su profesor de piano me dijo en una ocasión que tocaba mejor que muchas de las alumnas que tenía y que llevaban años tocando el piano.

Apretó el tenedor entre sus dedos porque solo instruía niñas y ella ya era una mujer, una mujer que tenía muchas carencias para ser marquesa. Esperaba que su futuro prometido hiciera la vista gorda, eso si quería casarse con ella que lo dudaba mucho. Aquella situación cada vez la ponía más nerviosa, ¿y si no le agradaba? Debía tener a mujeres mucho más hermosas y preparadas que ella para casarse y las había rechazado, ¿por qué iba a elegirla a ella? Aquello empezaba a parecerle ridículo.

—¿Annaliese?

Sorprendida miró a su madre. —La marquesa te ha preguntado si sabes montar a caballo.

—Oh, sí. —Miró a su anfitriona. —Me enseñó el mozo de cuadra.

—Entiendo… —Forzó una sonrisa demostrando que consideraba que su educación era deficiente. —¿Y aprendiste a lo amazona?

—Sí, pero nunca he asistido a una cacería. De hecho, nunca he asistido a ningún sitio. —Dejó el tenedor sobre su plato sintiendo que en cualquier momento iba a ponerse a gritar de la frustración y la culpa la tenía ese maldito cuadro, estaba aspirando a demasiado.

—Si me disculpa, marquesa… —Se levantó dejando la servilleta al lado de su plato. —No me encuentro muy bien, debe ser del viaje.

—Lo entiendo niña, además has pasado por mucho en estos días. Ve tranquila y descansa.

Agarró sus faldas negras con una mano e hizo una inclinación. —Buenas noches a todas.

—Que descanses, niña —dijo Mary Beth preocupada por ella.

Salió del comedor sabiéndose objeto de todas las miradas y fue hacia la escalera. De la que subía sus ojos fueron a parar al cuadro y de la que pasaba ante él siseó —Pues es lo que te has ganado con tu vida licenciosa, así que no te quejes.

La puerta principal se abrió de golpe y Annaliese se volvió para verle entrar con un gabán que cubría sus pantalones beige, su chaqueta marrón y el chaleco del mismo color sobre su impecable camisa blanca. Sus botas resonaron sobre el suelo de mármol mientras gritaba —¡Hudson!

Se estremeció al escuchar su voz y se acercó a la barandilla para verle de la que se alejaba.

—¿Marqués? —preguntó el mayordomo sorprendido. Salió del comedor—. Marqués, ha llegado.

—¿Acaso no me ves? —dijo enfadado quitándose el gabán—. ¿Qué ha pasado?

—Hijo, ¿cómo has llegado tan rápido?

—¡Será que ya venía hacia aquí y me he encontrado con el lacayo que enviaste a Londres en la taberna del Lobo!

—Eso está aquí al lado —dijo sorprendida—. Le envié ayer a Londres.

—Estaba borracho como una cuba, madre. Y por cierto, está despedido. —Miró hacia el comedor. —¿Tienes invitadas?

—Mi querida amiga Mary Beth ha venido con su amiga Lady Shirley…

Aún con su corazón acelerado se dio cuenta que no había dicho su título y eso era para que no las relacionara con su padre.

—Madre, ¿qué ha pasado? ¿Hay muchos daños?

—Por favor saluda a mis invitadas, querido. Hablaremos de eso después —dijo con una sonrisa en los labios—. Además, estarás hambriento.

Gruñó como si las normas sociales le importaran un comino, pero entró en el comedor. Annaliese gimió por su mala suerte y resignada porque ahora no podía bajar, agarró sus faldas subiendo los escalones. La doncella que le habían ofrecido mientras estuviera allí, la esperaba en su habitación llenando de agua humeante una hermosa bañera de latón. Suspiró de gusto porque eso era precisamente lo que necesitaba. —Gracias.

—No tiene por qué darlas, milady.

Se empezó a desabrochar la chaquetilla y la chica la ayudó a quitársela mostrando su camisa. —¿Cómo te llamas?

—Lucy, milady. —Le desabrochó la falda por detrás y esta cayó al suelo antes que sus abultados faldones. Salió de ellos y Lucy los recogió. —Es un honor servirla.

—¿Llevas mucho en la casa?

—Dos años, milady. —Empezó a desabrocharle los pequeños botones de la camisa y Annaliese se la quitó por delante. —Antes trabajaba en la casa de Londres.

—Así que llevas con los marqueses mucho tiempo.

—Tenía diez años cuando entré en la casa. Ya son doce años con ellos.

—¿Y estás contenta?

—Mucho, milady, son muy buenos patrones. —Empezó a deshacer el nudo de su corsé y parecía que le costaba un poco.

—¿Ocurre algo?

—Lo siento, milady, pero he debido tirar del extremo equivocado y he organizado un nudo.

—Vaya, esta mañana en la posada me lo cerró mi madre y no está acostumbrada a estas tareas.

—Habrá que cortarlo, milady, el nudo está muy apretado. Iré a por unas tijeras.

—Está bien. —En ropa interior se acercó al tocador y se sentó para empezar a quitarse las horquillas pues deseaba lavarse el cabello. Sus rizos castaños empezaron a caer por su espalda y metió los dedos entre los mechones para buscar las que quedaban. Se quitó otra horquilla y la dejó sobre el tocador. Estiró una pierna y se quitó la media, se levantó con ella en la mano y la dejó sobre toda la ropa que había reunido la doncella sobre una butaca. Puso el pie sobre el reposabrazos y bajó la otra cuando escuchó un crujido. Miró hacia la bañera porque el crujido aumentó. De repente la bañera cayó de un lado y se derramó parte del agua sobre el suelo de madera. —Uy… —Abrió la boca para gritar cuando la bañera cayó a plomo hacia el piso de abajo con un gran estruendo. Asombrada bajó el pie mojándoselo y caminó lentamente hasta el agujero para ver que la bañera había caído sobre la mesa de centro de un salón de color rosa.

—¿Pero qué diablos ha sido eso?

De repente la cara de Phinneas apareció mirando hacia arriba y sus ojos se encontraron. Ella forzó una sonrisa. —Se ha caído.

—Eso ya lo veo —dijo entre dientes antes de volverse y salir de su vista.

La marquesa apareció en el agujero y miró hacia arriba guiñándole un ojo. ¿Pero estaba loca? Podía haberla matado. ¿Y si hubiera estado dentro?

De repente la puerta se abrió y ella atónita vio como su marqués entraba en la habitación y miraba el agujero. —¿Pero cómo diablos ha pasado esto?

Jadeó por la blasfemia y miró hacia ella. Y la miró en condiciones porque sus ojos verdes pasaron por su rostro y su cabello. Bajó los ojos apreciando lo que estaba a la vista de sus turgentes pechos bajando por su estrecha cintura hasta admirar sus

contorneadas piernas. Volvió a mirar sus ojos y ella se dio cuenta de que no parecía muy impresionado. —¿Tú quién eres? —le espetó.

—Pues… —Hizo una reverencia. —Lady Annaliese, milord. La hija de…

—Bueno, da igual —dijo interrumpiéndola antes de acercarse al agujero con cuidado y agacharse—. Estos tablones han sido agujereados.

Ella se acercó y vio que habían punteado los tablones. —¿No serán termitas?

Phinneas miró el resto del suelo con atención y al girarse se encontró con los pies de Annaliese. —Milady, ¿no tiene bata?

Se puso como un tomate. —Pues si le digo la verdad no sé dónde está.

La doncella entró corriendo con las tijeras en la mano y al ver el agujero dijo a toda prisa —Le prometo marqués que no la llené demasiado.

—Esto no ha sido culpa tuya —dijo por lo bajo levantándose y salió de la habitación gritando —¡Hudson! ¡Traslada a nuestra invitada y mañana quiero ver aquí al carpintero!

—Sí, marqués.

Aún con la boca seca de la impresión porque tenerle cerca era mil veces mejor de lo que pensaba, se quedó mirando la puerta y la doncella sonrió. —Suele causar esa impresión, ¿sabe?

Cuando fue capaz de hablar dijo —No me extraña.

Cerró la puerta a toda prisa y se acercó. —¿Lo he hecho bien?

Parpadeó. —¿Perdón?

—Me costó un montón hacer los agujeros con el berbiquí.

—¿Tú eres mi cómplice?

Asintió y Annaliese sonrió. —Lo has hecho estupendamente.

—Es una pena que no la viera desnuda, milady —susurró—. La próxima vez habrá que ser más rápidas al quitarse la ropa.

Jadeó. —No seas descarada.

La doncella soltó una risita. —Le traeré la bata, habrá que trasladarla. Ya verá, la nueva habitación le encantará, está muy cerca de él.

—¿No me digas? —preguntó divertida—. ¿Y allí podré bañarme?

—Por supuesto, milady.

El aroma de lo que había echado Lucy en el agua era tan intenso que el olor a rosas debía estar por toda la casa. Pero a ella le encantaba. Suspiró de gusto cerrando los ojos mientras Lucy le masajeaba el cabello. —Esto es maravilloso.

Reprimió una risita. —Me alegra que le guste, milady.

—¿Pero qué diablos es ese olor, Lucas?

—No lo sé, milord —dijo otra voz de hombre—. Parece que viene de ahí.

La puerta se abrió de golpe y Annaliese gritó cubriéndose los pechos con las manos mientras su doncella se puso de pie de inmediato.

—¿Pero qué hace esta mujer en la habitación de la marquesa? —vociferó él.

—La marquesa viuda me dijo que la trasladara aquí, porque es la más caliente de la casa ya que la chimenea de abajo siempre está encendida. Temía que con el episodio anterior se hubiera enfriado, ya venía algo indispuesta del viaje.

Con los ojos como platos vio como él la miraba de nuevo antes de gruñir y largarse con un portazo que bien podía haber desencajado la puerta.

—No está muy contento.

—Si no estuviera contento la hubiera cambiado de habitación —susurró.

—Estoy en la bañera.

—El marqués cabreado la hubiera trasladado con bañera y todo.

Pensó en ello. —¿Me estás diciendo que ese es su humor normal?

—Sí. Nuestro marqués tiene carácter.

—Pero si es un libertino…

—¿Cree que las conquista con poemas? No milady, lo que atrae de nuestro marqués es que cuando mira a una mujer con deseo, esta no es capaz de decir que no. Una vez hubo una cacería, venía una belleza, y según Tom, que es el encargado de los establos, ambos entraron montados a caballo. Ella seguía al marqués como una corderita mirándole embelesada. La mujer no dijo una sola palabra, solo el marqués habló diciéndole a Tom que se fuera. Este al cerrar la puerta del establo vio como la cogía de la cintura para dejarla en el suelo antes de besarla de una manera que debió hacer que se le cayeran los pololos, porque no los traía con ella cuando la desvestí.

Se puso como un tomate. —Ya veo.

—En todo el tiempo que estuvieron aquí sus invitados, no vi ni una sola vez que hablara con ella. Ni una sola. Y otra que vino una vez…

—Lucy, ya lo he entendido.

—No, no las enamora con su don de gentes, tiene algo que hace que las mujeres se mueran por estar con él.

Ya se había dado cuenta. —¿Y entre el servicio?

—Creo que voy a echarle ya el agua para aclararle el cabello.

Se volvió de golpe. —Venga, no te dejes eso ahora.

—Milady no está bien que hablemos de eso…

—Sí, ya, ahora cállate. ¿Con quién?

Lucy con la jarra en la mano le suplicó con la mirada. —No milady, no me haga decírselo.

—¿Estuviste con él?

—¿Yo? Yo estoy casada —dijo muy decente.

—¿De veras?

—¿Por qué cree que me mudé de Londres? Es Will, el valet del señor cuando está aquí. Y cuando no está aquí, mi hombre ayuda a Hudson en sus tareas, así que será su sucesor si Dios quiere.

—Un buen puesto, estarás orgullosa.

Sonrió encantada. —Y tanto que sí.

—Así que tú no...

—Pues no, y hay alguna otra que tampoco, aunque son feas con ganas y el señor no se fijó en ellas. Pero Alice y Sheila sí.

Una risita en la habitación de al lado la hizo jadear.

—Esa es Alice… Estaba loca porque llegara.

—Sácala de ahí —dijo furiosa.

—¿Yo? —Pasmada negó con la cabeza. —¿Y que me despida?

Vio la jarra que tenía en las manos. —Aclárame y tíramela sobre la cabeza.

—Disculpe, milady, ¿pero está loca?

—Vamos, date prisa.

—¿Está segura de esto?

—Rápido, rápido… Y luego grita, ¿eh?

Lucy gimió aclarándole el cabello, como no había quedado bien cogió otra jarra y terminó de aclarársela. —Esta porcelana es más delgada, milady.

—Pues esa, venga, aprisa.

—Mejor hacerlo sin pensar. —Elevó la jarra sobre su cabeza y la dejó caer haciendo que se rompiera en su coronilla. Menudo porrazo y mientras Lucy gritaba se llevó la mano a la cabeza. La puerta se abrió de golpe y el marqués descalzo y sin camisa entró corriendo acercándose a ella. —Lo siento milord, se me resbaló por el jabón y…

Phinneas se agachó a su lado y ordenó —Que llamen a un médico.

Su cómplice salió corriendo mientras llamaba al señor Hudson a gritos.

—Estoy bien, solo ha sido el golpe.

—Estás sangrando.

—¿De veras? —Elevó el brazo y se tocó, él cogió su mano apartándola.

Alguien entró en la habitación. —Hijo, ¿qué ocurre?

—Madre trae esa bata.

Al mirarla la marquesa jadeó tapándose la boca.

—¿Qué ocurre? ¿Sangro tanto?

El marqués metió los brazos en la bañera y la elevó sin importarle si mojaba todo el suelo. Se sintió tan protegida que se quedó mirando su rostro fascinada. Él no se dio cuenta porque en cuanto la sentó en la cama su madre la cubrió. Phinneas se apartó para coger una toalla que a toda prisa le puso sobre la cabeza apretando la herida y ella no se quejó.

Su madre entró en el dormitorio cerrándose la bata y palideció. —¿Hija?

—Estoy bien, madre. No es nada. —Sonrió. —Ve a dormir, todo está bien.

—¿Cómo va a estar todo bien? —Angustiada se acercó por el otro lado de la cama y se subió. —Déjeme ver, marqués.

—Milady, ¿es aprensiva? Porque tiene un buen corte y no es grato de ver.

—¿Un buen corte? —preguntó Annaliese.

—Dios mío, sangra muchísimo —dijo la marquesa muy nerviosa mientras su madre veía la herida casi desmayándose de la impresión.

Mary Beth entró en la habitación y al ver la situación gritó —¡Christine!

—Ya voy, ya voy —dijo desde el pasillo antes de entrar en la habitación. La sangre de la toalla la hizo apurarse aún más si era posible.

—Que alguien haga algo —dijo su madre muy angustiada.

—Madre…

Angustiada la miró y emocionada sollozó cogiendo su mano. —Te pondrás bien, hija.

—Lo sé —dijo suavemente—. Así que cálmate.

—¿Usted sabe curar? —preguntó el marqués viendo como Christine abría el maletín.

—Sí que sabe —dijo la duquesa—. Ha curado heridas muy graves en mi hacienda, a uno hasta le salvó la vida hasta que llegó el doctor.

Christine se acercó a su cabeza. —Déjeme ver.

Phinneas apartó la toalla. —Hay que coser.

—Perfecto, eso se me da de perlas.

—¿De veras? —preguntó Annaliese sin creérselo del todo porque ella nunca la había visto coser a nadie. De hecho, no hacía ni bordados.

—Esto no es nada. —Sacó un hilo grueso del maletín y antes de que se dieran cuenta estaba enhebrando una aguja curva. —Además ahí no se verá. La cosa es que no se infecte. —Sacó un botecito. —Limpiaré la herida con esto, es mano de santo.

Empapó un paño con ese líquido y se lo pasó por la herida. —Sangra tanto que no sé si valdrá para algo.

—Cósasela ya —dijo el marqués exasperado.

Cogió el hilo. —Te dolerá un poquito.

—Tranquila —dijo muy calmada.

Phinneas frunció el ceño viendo como la mujer pellizcaba la piel para hincar la aguja. De ella no salió un solo quejido cuando cualquier otra mujer estaría llorando o desmayada. Se mantuvo en

silencio mirando sus manos mientras su amiga la cosía. —Ya queda menos —dijo Christine concentrada en su trabajo.

—No hay prisa. Siento todo esto, marquesa.

—Pero niña, ya te he dicho que no hace falta que te disculpes.

—¿Lo ha dicho? No, no lo ha dicho. —Entrecerró los ojos. —¿O sí? ¿Me estoy quedando tonta?

—Madre no la confundas, no se ha disculpado antes.

—Ah, ¿no? Es que estoy de los nervios.

Lucy muy nerviosa entró en la habitación apretándose las manos. —¿Puedo hacer algo?

El marqués la fulminó con la mirada. —Puedes hacer tu equipaje porque te vas de esta casa.

—¡No! —protestó Annaliese—. Fue culpa mía, le metí prisa y…

—Me da igual, su trabajo es ese y si no lo sabe hacer, se irá de esta casa.

—¡He dicho que no! —gritó ella haciendo que todos la miraran con la boca abierta—. ¡Fue culpa mía y no voy a dejar que la responsabilice a ella!

Phinneas apretó los labios y la marquesa forzó una sonrisa. —Si ella dice que no es que no, hijo, no querrás disgustarla.

—Lucy recoge el agua y limpia todo eso —ordenó ella como si fuera su doncella.

—Enseguida, milady.

Otra doncella entró con ella y Annaliese se la quedó mirando porque era realmente bonita con su cabello rubio y esos bonitos ojos azules, pero lo que captó su atención fueron sus labios que estaban realmente enrojecidos como si la hubieran besado. Apretó los labios con fuerza y Phinneas dijo —Ya está terminando.

Intentando no mover la cabeza elevó la vista hacia él. —Siento haberle importunado, marqués.

—Es algo propensa a los accidentes, milady.

—Oh, lo de la bañera fue una suerte, si hubiera estado dentro…

—No quiero ni pensarlo —dijo su madre.

—Esto de la cabeza es un daño menor.

—Sí que lo ha sido —dijo él antes de mirar la herida.

—Ya está —dijo Christine triunfante—. Vamos a limpiar un poco este desastre o la sangre se pegará a su cabello.

—Alice tráele a milady todo lo que necesite —dijo la marquesa.

Así que era Alice. Entrecerró los ojos y él se sentó en la cama obstruyéndole la vista. —¿Te duele?

—No es nada.

—Mi hija es muy fuerte, milord —dijo su madre emocionada —. La mujer más fuerte que conozco.

—Mamá, no exageres.

—No me llamabas mamá desde niña. —Su madre se echó a llorar.

—Es de los nervios —dijo Mary Beth—. Shirley, ¿por qué no vienes conmigo? Te acompañaré a la habitación, necesitas descansar.

—Pero…

—Estoy bien, madre. Vete, han sido unos días muy agitados y lo necesitas.

—Te daré una cucharadita de láudano —dijo Mary Beth—. Te sentará muy bien.

Phinneas no perdió detalle mientras se alejaban. —¿Días agitados? ¿Por qué han sido agitados?

No podía mentirle porque tarde o temprano se enteraría. —Hace tres semanas enterramos a mi padre.

—Entiendo, la acompaño en el sentimiento.

—Gracias.

—Es extraño que habiendo enviudado recientemente, su madre haya hecho este viaje.

Se sonrojó. —Ella no quería, hubiera preferido quedarse en la casa de Londres, pero su heredero no lo consintió. La duquesa ha sido muy amable en acogernos pues es la tía segunda de mi madre.

—Mary Beth ya había quedado en venir cuando su sobrino político murió y no quiso defraudarme. Pensamos que el aire puro le vendría bien a la condesa.

—¿Condesa?

Su madre se dio cuenta de que había metido la pata y la miró de reojo como si quisiera que le echara una mano, pero aquello ya era imposible de parar.

—Condesa de Kirton.

Él separó los labios de la impresión. —Entiendo la razón por la que han salido de Londres.

Agachó la mirada de la vergüenza. Christine tocó su herida y dio un respingo. —Lo siento, pero debo limpiarla bien.

Alice le llevó una palangana con agua limpia. —¿Necesita más, milady?

—No, así está bien. —Mojó el paño de nuevo y lo escurrió. —Ya casi está.

Fue un alivio cuando escuchó el sonido al tirar el paño en el agua. —Ahora te la cubriré, solo por si sangra un poco. Mañana podrás quitártela, pero no podrás peinarte en unos días, lo siento.

—¿Tengo que llevar el cabello suelto?

—Estamos en el campo —dijo la marquesa—. No importa.

Iba a estar horrible si tenía que estar con el cabello suelto, solo a ella se le ocurría hacer aquella tontería. Le miró de reojo, aunque no podía negar que había funcionado, seguía allí. —Por favor, tráeme un camisón, Lucy.

—Oh, sí, por supuesto. —Miró de reojo al marqués antes de ir a toda prisa hacia la cómoda para sacar un casto camisón blanco.

Le miró de reojo de nuevo y carraspeó. —Marqués, ¿le importa si…?

Él chasqueó la lengua y en lugar de salir por la puerta que conectaba con su habitación se fue por la principal. —Hudson, ¿dónde te metes?

—Estoy aquí, milord —gritó desde abajo—. Hay agua en el sótano.

—¿Qué? ¿Pero qué está pasando en esta casa?

Asustada miró a la marquesa. —Deja de destrozar la casa —susurró.

—Tienes razón, mañana hago que quemen unos campos.

Abrió los ojos como platos. —No.

—¿No? Menos mal porque no me gustaría exagerar.

Lucy apartó la bata y la ayudó a ponerse el camisón con cuidado de no rozar su herida.

—Milady deberíamos cambiar las sábanas, están mojadas y tienen sangre.

—Oh... —Se levantó a toda prisa y al ver la sangre en los almohadones bordados con las iniciales del marquesado se sintió muy mal porque debían haber invertido muchas horas para bordarlos. —Lo siento, lo siento…

—Niña, no pasa nada. Alice ven conmigo, que vamos a buscar unas que le valgan a milady.

Ella nunca era tan descuidada, había aprendido a cuidar sus cosas muchísimo y sabía que los había destrozado, costaría muchísimo quitar la sangre sin frotar el bordado.

—No se preocupe milady, no hay mancha que se me resista.

Unos minutos después Alice regresó con unas sábanas igual de finas y Annaliese puso los ojos en blanco, pero no protestó. Quitaron las sábanas y ella sintiendo un dolor horrible en la herida se acercó al tocador. Su cabello humedecido empezaba a rizarse. Se sentó en la butaca y Christine con otra toalla en la mano se acercó

para coger mechones de su cabello y apretarlos para quitar la humedad todo lo posible. —Gracias.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó su amiga emocionada.

—Tienes unas manos para curar maravillosas, no sé cómo agradecer tu ayuda —dijo advirtiéndola con la mirada a través del espejo—. Alice… —Se volvió en la banqueta.

—¿Sí, milady? —preguntó con las sábanas en las manos.

—Tráeme un té y unas pastas, tengo hambre.

—Sí, milady.

Salió a toda prisa y Annaliese miró a Christine. —¿Adivina quién comparte lecho con Phinneas?

Abrió los ojos como platos. —¿La doncella? ¿No me digas? No debes permitirlo, querida.

Hizo una mueca. —Tengo que buscar otra manera de distraerle.

—¿Le he hecho mucho daño, milady? Intenté ser suave al tirársela.

—Bah, ni lo he notado.

—Sí que es dura de pelar.

Christine mostró su confusión. —¿Estás diciendo que esta loca te ha tirado la jarra a propósito?

—Tenía que distraerle, ¿no?

—Ni se te ocurra volver a hacer algo así, ¿me oyes?

La puerta se abrió y la marquesa entró muy contenta. —Le has causado una gran impresión, niña.

—¿Te ha hablado de mí?

Guillermina emocionada se apretó las manos. —Me ha preguntado si conocía a tu padre, le he dicho que en persona nunca había tenido el gusto. Después me ha dicho que si sabía lo que hiciste en el pasado. Por la expresión de su rostro creí que lo mejor era ser sincera y le conté lo que Mary Beth me había dicho, que

habías sido atacada en tu casa y te habías defendido, ¿sabes lo que ha dicho él?

—No, ¿qué...?

—Que fuiste muy valiente.

Su pecho se calentó. —¿De veras? ¿No me desprecia por quien fue mi padre?

—No, querida, te admira, y te aseguro que mi hijo no admira a cualquiera.

Sus hermosos ojos brillaron de la ilusión. —Me admira…

La marquesa se acercó. —¿Te agrada? Es muy apuesto, ¿verdad?

Se sonrojó. —Sí que lo es —dijo tímidamente.

—El plan está yendo estupendamente. Debemos seguir así sin desviarnos ni un ápice.

# Capítulo 3

—¿Cómo que no puedo levantarme de la cama? —preguntó asombrada al médico—. A mis piernas no les pasa nada.

—Milady, con un golpe así debería descansar. Puede marearse y caerse lesionándose aún más.

Entrecerró los ojos pensando en ello y de repente sonrió de oreja a oreja, igual podía hacerse alguna cosilla más ya que tenía excusa. —¿No me diga, buen hombre? ¿Así que puedo marearme y caerme?

—Parece que le alegra.

—No, no… —dijeron las damas a la vez—. Es que ya lo ha entendido —terminó diciendo la marquesa.

—Ah, que es algo lenta de entendederas.

Jadeó desde la cama mientras las demás asentían. El doctor le sonrió como si fuera su abuelo. —¡Nada de levantarse! —dijo bien alto.

—Shusss, ¿está loco? Le van a oír.

—Ah… —Dio un paso hacia ella. —¿Quién, milady?

—¿Por qué pregunta tanto? —le preguntó a Mary Beth.

—Pues no lo sé, será diligente en su trabajo.

—Ese soy yo. ¿Ve cosas que no ve nadie?

Parpadeó. —¿Cree que no estoy bien de la cabeza? ¡Estoy perfectamente! —gritó sin darse cuenta.

—Ya veo…

La puerta de intercomunicación entre las habitaciones se abrió y el marqués entró como si nada haciendo jadear a las damas. —¿Qué ocurre? ¿Mi invitada no se encuentra bien?

—Cree que no estoy bien de la cabeza porque quiero levantarme de la cama —dijo indignada—. ¿Cómo se atreve?

—Doctor Pratt, ¿por qué no puede levantarse?

—Le he explicado a milady que no debe hacerlo por si se marea y se cae, pero parece no entenderme.

—No es que no le entienda, es que no quiero entenderle.

—Ah…

Para sorpresa de todas Phinneas reprimió la risa por la cara de confusión del doctor. —Creo que puede retirarse doctor, es muy tarde y milady debe descansar.

—Volveré a verla mañana para revisar su herida.

—Perfecto. Le acompaño.

Cuando salieron de la habitación la marquesa se llevó la mano al pecho. —Ay, que mi hijo se casa. —Se tambaleó y Christine la cogió del brazo. —Creo que la que se marea de la impresión soy yo.

—No corras tanto, marquesa, que puede que le haya caído en gracia, pero de eso a llegar al altar hay un buen trecho.

—Sí, no nos confiemos. —Mary Beth se acercó y la besó en la frente. —Que tengas dulces sueños, cielo.

—Y tú —dijo con cariño.

—Buenas noches.

Todas fueron hasta la puerta, todas menos Lucy que la arropó como si fuera una niña. —¿Quiere que me quede, milady? No me cuesta nada, yo duermo en cualquier parte.

—Ve con tu marido, se estará preguntando dónde estás.

—Bah, hoy es su tarde libre, seguro que está en la taberna del pueblo con sus amigos. —Entrecerró los ojos. —Creo que tengo que dejarle las cosas claritas, como a su marqués.

—Sí, no dejes que sea indiferente contigo, no te lo mereces. No te lo he preguntado, ¿tienes hijos?

Apretó los labios. —No, y por eso nos estamos…

—¿Distanciando?

—Sí. El otro día discutimos y me dijo que no sabía por qué se había casado conmigo. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y Annaliese le cogió la mano. —No pasa nada.

—Sí que pasa, sus palabras te hicieron daño.

—Me quiere, sé que me quiere y yo a él, pero si tener hijos es tan importante para Will, renunciaré a este matrimonio.

—¿De veras lo harías?

—Si con eso él es feliz me sacrificaría.

—Seguro que los niños llegarán y seréis muy felices.

—Eso espero. —Sorbió por la nariz. —Me gustará tenerla de marquesa.

—Y a mí me gustaría serlo, te lo aseguro.

—¿Le ha robado el corazón?

Suspiró mirando el dosel de la cama de terciopelo rojo. —Me ha robado el alma, Lucy, y no quiero recuperarla.

Bajó las escaleras sujetándose sus voluminosas faldas negras. Como se había acostado con el cabello húmedo sus rizos habían crecido mucho más de lo normal y su cabello había encogido hasta debajo de su trasero. Un lacayo le indicó con la mano. —Por aquí está la sala del desayuno, milady.

—Gracias.

Entró en la sala donde el único comensal era Phinneas. Sorprendida se detuvo y él con la taza de té en la mano la miró. —Veo que no le haces caso al doctor.

—No. —Fue hasta la silla y se sentó ayudada por el lacayo.

—¿Duele?

Le miró de reojo. —No mucho. Té, por favor.

—Enseguida, milady.

Otro lacayo se acercó con una humeante tetera y le sirvió diligentemente.

—¿Qué desea comer, milady? —preguntó el mayordomo acercándose. Le mostró las bandejas en un aparador.

—Oh…

—Siéntate, Annaliese —dijo el marqués cortando una salchicha—. Están aquí para servirte.

Miró su plato y dijo —Lo mismo que come él.

El mayordomo asintió antes de coger un plato del aparador y empezar a servirla él mismo.

—No le he dado las gracias, marqués.

—¿Las gracias?

—Por haberme ayudado ayer.

Él se limpió los labios con la servilleta antes de coger su taza de nuevo. —Si quieres darme las gracias hay una manera.

Su corazón dio un vuelco. —¿De veras? Haré lo que sea.

—No le comentes lo que hice a nadie.

—¿Solo eso? —preguntó algo decepcionada.

—Debes tener en cuenta que tú estabas en una situación algo…

Se puso como un tomate al recordar que estaba desnuda, aunque era una situación de urgencia, muchas personas de la clase alta podrían pensar que era algo comprometida. —Entiendo.

Bebió de su té. —Será lo mejor para los dos. Ahora si me disculpas tengo temas que atender.

—Por supuesto, no se preocupe por… —Él ya se había ido y el mayordomo le puso el plato delante. Molesta porque la había dejado sola susurró —Gracias, Hudson.

—Un placer, milady. Espero que se encuentre mejor y…

—Hudson.

—¿Sí, milady?

Levantó la vista hacia él. —¿Dónde está el piano?

—Tenemos tres, milady.

Sonrió. —¿De veras?

—Sí, milady. Hay uno en la sala adjunta al despacho, otro en la sala de baile y otro en la sala de la marquesa, milady.

Al lado del despacho. —¿Puedo tocar alguno?

—Puede tocar el que quiera, milady. Será un honor oírla.

—No espere demasiado, Hudson, solo voy a calentar.

Phinneas mirando el documento que le había dado su administrador frunció el ceño escuchando las primeras notas al piano. —¿Y qué ha dicho el señor Mills?

—Que no va a firmarlo, considera que la renta es demasiado alta.

—Tiene una renta ridícula comparada con otros arrendamientos.

—Eso le he dicho yo, pero se niega a firmarlo.

Suspiró dejando el documento sobre el escritorio. —Entonces que se vaya.

—Marqués, creo que no es buena idea, el señor Mills es una institución en la zona, conoce a todo el mundo.

—¿Y qué hago? —Frunció el ceño aún más mirando la puerta porque había empezado la escala de nuevo. —¿Le dejo vivir casi gratis en mis tierras? ¿Cuál sería el siguiente? ¿El señor Henderson? También es una institución por aquí.

—Comprendo lo que quiere decir, pero si echa al señor Mills sus detractores empezarán a criticarle.

Le miró como si estuviera mal de la cabeza. —¿Y qué?

Se sonrojó. —Lo que no necesita es más enemigos por los contornos.

—Seamos claros, quiere que el señor Mills viva gratis en mis tierras porque la última vez que estuve aquí tuve más que palabras con su hijo porque lesionó a uno de mis caballos. ¡Todo esto es una provocación!

La escala volvió a comenzar esta vez más rápido.

—Milord, entienda que puede haber un motín entre los arrendatarios, muchos aprecian a ese hombre.

—¡Esto es una declaración de guerra! —La escala volvió a comenzar. —Por el amor de Dios. —Phinneas fue hasta la puerta y la abrió furioso. —Mujer, ¿no puedes tocar otra cosa?

Siguió tocando. —Estoy practicando, lo hago cada día.

—¡Pues toca otra cosa!

Empezó "Para Elisa". —¿Contento?

Gruñó cerrando la puerta. —¡Pues no voy a ceder yo! ¡Soluciónelo!

—Sí, marqués. —Perkins miró hacia la puerta. —Toca bien.

—Le hace falta ensayar más, ha fallado una nota —dijo yendo hacia el escritorio y se iba a sentar cuando Annaliese volvió a empezar "Para Elisa" de nuevo, al fallar en la misma nota volvió a empezar y atónito miró hacia la puerta—. ¿Qué hace?

—¿Insistir?

Fue hasta la puerta y la abrió. —Pero continúa con la melodía.

Ella le miró sin dejar de tocar. —No hasta que esté bien.

—Así nunca acabarás la pieza.

—¿Y? Eso no es lo importante, lo importante es hacerlo bien.

Puso los ojos en blanco antes entrar en el despacho otra vez. —¿Qué más? —Entonces llegó a la nota que siempre fallaba y lo hizo bien. El administrador iba a decir algo y le detuvo con la mano para escuchar el resto de la pieza hasta el final.

—Sí —dijo ella contentísima antes de empezar de nuevo.

El marqués sonrió antes de mirar al administrador y gruñir. —¿Qué iba a decir?

Annaliese empezó con la marcha turca de Mozart y falló en la décima nota.

—Va a ser una mañana muy larga —dijo por lo bajo—. Enséñeme las cuentas, quiero verlas.

Estuvo una hora practicando y ya le dolían los dedos cuando la puerta del despacho se abrió. Sonrió por dentro cuando se acercó a ella y la observó unos segundos. —¿Dónde están las partituras?

Se detuvo y le miró. —¿Qué partituras?

—¿Tocas de memoria?

Asintió.

Él entrecerró los ojos. —¿Y cuántas piezas musicales sabes?

—No lo sé.

—¿Muchas, pocas?

—Unas cuantas.

—Así que sabes más. —Pareció divertirle el juego. —Fantasía en D minor de Mozart.

Ella empezó a tocar el piano y él rio por lo bajo. —¿La sabes entera?

—Con fallos, pero sí.

—Impresionante.

Entonces empezó un juego, el marqués decía una pieza y ella la comenzaba mientras Phinneas pensaba la siguiente. Después de varias se echó a reír tocando las notas y él rio. —¡No puede ser!

—Tengo muy buen oído, milord.

Se la comió con los ojos y ella se sonrojó mirando las teclas del piano sintiéndose más feliz que en toda su vida. Le agradaba,

estaba segura de que le agradaba.

—No lo dudo.

Escuchó un ruido en el exterior que le llamó la atención. —Eso es un carruaje. —Miró hacia la ventana. —¿Esperáis a alguien?

—Sí, había invitado a algunas personas, por eso adelanté mi regreso a casa.

¿Visitas? Y ella con ese aspecto. Se levantó de golpe y nerviosa dijo —No pueden verme así. Mi cabello… —Azorada corrió hacia la puerta y la abrió corriendo hacia la escalera.

Él apretó los labios antes de acercarse a la ventana y ver como sus invitados empezaban a bajar de los carruajes. —Joder…

Annaliese llegó a lo alto de la escalera y escuchó como Hudson abría la puerta. Cuando la cubrió la pared sacó un poco la cabeza para mirar hacia el hall y vio como una dama muy hermosa entraba en la casa riendo. Separó los labios de la impresión porque era la mujer más bonita y mejor vestida que había visto nunca. Tenía un hermoso cabello rubio, su piel era como la porcelana, pero tenía las mejillas sonrojadas. Lucía un maravilloso vestido de terciopelo de un color mostaza, era un tono que no había visto nunca y que a ella le quedaba estupendamente. Evidenciaba que tenía dinero y clase, cualquier hombre se fijaría en ella.

En ese momento Phinneas se acercó a ellos con una sonrisa irónica que le llamó la atención. El hombre que iba con aquella mujer le dio la mano demostrando que era un igual porque ni le hizo una inclinación de cabeza. —¿Qué tal el viaje? —preguntó acercándose a ella y dándole un beso en la mejilla que la tensó.

—No ha sido para tanto —respondió con voz cantarina quitándose los guantes—. Que casa más maravillosa, querido.

¿Cómo que querido? Frente a ella la marquesa salió de su habitación y se detuvo en seco al verla escondida tras la pared. Annaliese señaló hacia abajo y Guillermina frunció el ceño caminando hasta la escalera. No pudo disimular su sorpresa al ver a

aquellas personas. —Oh, ¿tenemos visita? —Cogió su falda con una mano y empezó a descender.

Phinneas se volvió para ver cómo se acercaba. —Madre les he invitado unos días, vamos a aprovechar el buen tiempo para cazar un poco.

La rubia le cogió del brazo con una dulce sonrisa en su rostro y él le palmeó la mano provocando que a Annaliese se le pusiera un nudo en la garganta mientras varios invitados más entraban en el hall. —Creo que ya les conoces a todos.

No podía ver la cara que ponía Guillermina. —Oh, sí. —Alargó la mano hacia uno de los más jóvenes. —Peter, eres un canalla, no te veo desde hace dos años por lo menos.

Este se acercó, cogió su mano y se la besó. —Y es imperdonable, marquesa. Pero el viaje a Europa se retrasó más de lo que quería. Sentí mucho…

—Lo sé, querido. Lo sé. Mi marido te tenía en un alto aprecio y sé que tú también a él.

—Madre, ¿conoces al marqués de Essington?

Ella miró al hombre que se puso al lado de esa rubia que de repente le parecía horrorosa.

—Creo recordar que nos vimos una vez en una boda, ¿no es cierto?

—En la de mi primo, usted era recién casada. —Le cogió la mano y se la besó. —Es un placer verla de nuevo.

—El placer es mío, espero que disfrute mucho de su estancia en Wrochester Hall.

—Estoy seguro de que lo pasaremos muy bien.

—Madre, permite que te presente a la hija del marqués.

La rubia sonrió de oreja a oreja sin soltar su brazo. —Mi prometida Lady Belinda Bittner.

Guillermina jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Qué?

Él sonrió irónico mientras a Annaliese se le rompía el corazón de la decepción. Estaba comprometido, se iba a casar con esa mujer. Sus ojos se llenaron de lágrimas porque le había perdido antes de empezar.

—¿Tu prometida? —preguntó la marquesa viuda casi sin voz.

—Desde hace dos semanas, quería sorprenderte.

—Y vaya si lo has hecho, amigo —dijo Peter haciendo reír a sus invitados—. Solo hay que verle la cara.

—Qué alegría —dijo Guillermina—. Y qué sorpresa. Qué alegría.

—Le dije a su hijo que debía avisarla —dijo Belinda agradablemente—. Pero él se empeñó. Espero que durante estos días podamos conocernos bien.

—Estoy segura de que así será. —Sonrió a los demás y se acercó a ellos saludándoles uno por uno mientras Hudson se encargaba de coger sus sombreros.

Annaliese se volvió apoyando la espalda en la pared intentando retener las lágrimas. Jamás nada le había dolido ni decepcionado más que ese momento. Salió corriendo hacia su habitación y cerró a toda prisa la puerta. Lucy que estaba en el armario colocando la ropa que acababa de planchar se la quedó mirando. —Milady, ¿qué ocurre?

—Está comprometido.

—¿Qué?

Caminó por la habitación sintiéndose desesperada y solo podía recordar su risa mientras jugaban al piano.

Lucy se acercó. —¿Quién está comprometido?

—Phinneas, ¿quién va a ser?

La puerta se abrió de pronto y Guillermina entró a toda prisa. —Dios mío, qué lío, no tenía ni idea de que estaba comprometido, lo siento mucho.

—Quien lo va a sentir es esa porque ya no puedo renunciar a él.

—Pero ya está comprometido —dijo confusa.

—Tú me elegiste a mí, así que arréglalo porque…

La puerta se abrió de nuevo y Mary Beth entró en la habitación con un libro en la mano. —¿Por qué está aquí toda esa gente, amiga? Venía del jardín y no daba crédito al verles subir las escaleras.

—Esto es terrible, les ha invitado mi hijo. Phinneas se ha comprometido.

Mary Beth la miró a ella. —No, no he tenido esa suerte, ¡ya se había comprometido con otra!

La marquesa se acercó. —Shusss, te van a oír.

Frustrada fue hasta el tocador y se sentó en la butaca dándoles la espalda. —¿Y ahora qué hago?

—No podemos hacer mucho, lo siento. —Guillermina se apretó las manos angustiada. —Si se ha comprometido, debe cumplir su palabra.

—Dios mío, Guillermina… —La duquesa se sentó en la cama sin dar crédito.

—Lo siento, lo siento, no sabía que iba a pasar esto.

Lucy no disimulaba su preocupación por Annaliese que gimió. —Y por si eso fuera poco es rica y hermosa. Vamos, que a su lado parezco una pordiosera que mendiga un mendrugo de pan.

—No eres una mendiga —dijo Mary Beth con cariño—. Volveremos a Londres y…

—¡No! —Todas miraron a Lucy que se sonrojó. —Quiero decir que… Perdón marquesa, yo no debo decir nada.

—El marqués ya ha dado su palabra. —Guillermina le suplicó perdón con la mirada, pero estaba tan sumida en sus pensamientos que ni se enteró de lo que había dicho. —Mi hijo ya no cambiará de opinión.

—Deberíamos irnos, estamos de luto y no debemos estar en medio de una celebración, será difícil evitar a los invitados —dijo su protectora.

La puerta se volvió a abrir y su madre entró con cara de susto. —Hija, ha venido mucha gente.

No estaba acostumbrada enfrentarse a sus iguales, llevaba años sin hacerlo y verlos de repente debía ser un shock para ella. De hecho, solo había que ver su cara de angustia y su madre era responsabilidad suya. —Lucy prepara el equipaje, volvemos a la casa de la duquesa y asunto terminado.

—Pero milady, no puede rendirse.

—Ha elegido a otra, no es que me haya rendido es que no tenía ninguna posibilidad. —Intentó no echarse a llorar y se giró queriendo sonar convincente. —Esto fue una mala idea desde el principio. ¿Quién va a querer casarse conmigo? —Su labio inferior tembló. —¿Qué puedo ofrecerle yo a él? Nada, nada en absoluto. Regresamos al campo.

Abrió la puerta de su habitación y entraron dos lacayos para coger los baúles ya preparados. Lucy salió tras ella con el abrigo en las manos. Annaliese empezó a bajar las escaleras y cuando su marqués salió del salón se detuvo. Confundido miró su anticuado vestido de viaje de terciopelo negro. —¿Vas a montar?

Forzó una sonrisa. —Nos vamos, marqués. Regresamos a Netherphield Hall.

—¿Cómo que regresáis a la casa de la duquesa?

Afortunadamente tenía excusa. —Vinimos a visitar a su madre porque aún conserva su luto, pero la llegada de sus invitados lo ha cambiado todo. Nuestro luto es muy reciente y no podemos mostrarnos en público. No es apropiado, milord.

Él apretó los labios. —Eso son tonterías.

—Las cosas son así. —Bajó los escalones y pasó a su lado. Él la agarró del brazo deteniéndola y Annaliese le miró sorprendida.

—No podéis iros —dijo entre dientes provocándole un vuelco al corazón—. Además, el tiempo ha cambiado y han aparecido unas nubes que presagian tormentas.

—Lo soportaremos.

—He dicho que no, soy el responsable de vuestra seguridad y no puedo dejar que vayáis por esos caminos cuando en un par de horas oscurecerá. Y mucho menos en tu estado. Si no queréis relacionaros con mis invitados no tenéis por qué hacerlo. Podéis incluso comer aparte.

—Ya es mucho trastorno para el servicio como para tener que preocuparse de nosotras. No creo que…

—Eso es una tontería. —Miró a la doncella. —Que devuelvan su equipaje a sus habitaciones.

Christine empezó a bajar las escaleras y al ver que la doncella subía con su abrigo miró a Annaliese interrogante. —El marqués se niega a que nos vayamos.

—¿No me digas? —Sus ojos brillaron de la ilusión. —¿Está seguro, marqués? No queremos molestar y su madre estará ocupada…

—Mi madre agradecerá tener aquí a sus amigas como ella deseaba, por eso su invitación.

La dama que era su prometida salió del salón mientras dentro se reían. —Oh, querido, ¿tenías otros invitados?

—Mi madre ya había invitado a unas amigas. Permíteme presentarte a Lady Annaliese Olwood, hija del conde de Kirton.

—Es un placer conocerla. —Sus preciosos ojos brillaron como si supiera algo que nadie más sabía y Annaliese fue muy consciente de lo que estaba pensando, había reconocido el título de su padre, lo que la tensó con evidencia. —Un auténtico placer. Deduzco por su luto que ha perdido a alguien.

—A mi padre.

—Siento mucho su pérdida.

—Milady, ella es mi prometida —dijo él secamente—. Lady Belinda Bittner, hija del marqués de Essington.

—Mucho gusto. —Vio como ella le agarraba del brazo mostrando un gran anillo en el dedo con una hermosa piedra verde que no dudaba que era una esmeralda. Puso una sonrisa en su rostro. —Y felicidades.

—Gracias, somos muy felices.

—Solo hay que verla, irradia felicidad.

Belinda miró su cabello suelto. —Milady, su aspecto es algo desaliñado, ¿no querría ir a arreglarse?

Ella iba a decir algo, pero su prometido la interrumpió. —Sufrió un accidente y por la herida en su cabeza no puede recogerse el cabello. —Por cierto, ¿ha venido el médico a revisarte la herida?

—No, todavía no.

—No pensarás dejar que haga el viaje en balde, ¿verdad?

—No. —Cogió sus faldas. —Si me disculpan.

—Está disculpada —dijo Belinda viendo como empezaba a subir las escaleras—. Hasta la cena.

—Ella no cenará con nosotros —dijo su anfitrión—. Está de luto, solo ha venido a visitar a mi madre y consideran que no es lo adecuado.

—Oh, pero querido, estamos en familia, ¿qué más da esas tonterías? No querrás que se sientan excluidas.

Se volvió en las escaleras y Christine se puso tras ella mientras los novios empezaban a discutir el asunto como si ya no estuvieran. —No se sentirían cómodas, así que no —dijo él firmemente.

—Pero también son tus invitadas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Christine en voz baja para que solo lo oyera ella.

—Quiere que nos quedemos, se ha negado en redondo a que partamos.

Christine asintió sin dejar de observarles. —Extraño, ¿no? Sin nuestra presencia se divertirían mucho más.

—¿No me has oído, Belinda? —preguntó él tenso desde el hall.

—Querido, no te enfades —dijo zalamera acariciando su brazo —. Solo quería que se divirtieran un poquito.

—Tú dedícate a tus amigos y mi madre se encargará de sus invitadas. —Miró hacia ellas que seguían en las escaleras. —Annaliese deberías prepararte para la llegada del doctor.

Ella asintió antes de volverse y con Christine subió el resto de las escaleras. Se dirigieron a su habitación y Lucy cerró la puerta tras ellas. —Qué emocionante, no ha querido que se fuera.

Se quitó los guantes pensando en ello. —¿Lo habrá hecho por amabilidad? Ha dicho que mi estado…

—¡No! —exclamó la doncella—. Fue evidente que simplemente no quiere que se vaya.

Se sentó en la butaca de al lado de la ventana. —No entiendo, está comprometido. ¿Eso no es mostrar demasiado interés? —Bufó. —La verdad es que no sé qué pensar. Igual me estoy haciendo ilusiones para nada y solo ha sido amable y protector.

Christine sonrió. —¿Entonces por qué sigues aquí?

La miró sin comprender.

—Estás en la habitación de la marquesa, querida. Y no ha hecho que te trasladen con su prometida bajo el mismo techo.

Lucy jadeó. —Es cierto, anda que como se enteren menudo lío. Pensarían que es extraño con todas las habitaciones que hay en la casa.

—Es que ni se cómo él se creyó eso de la chimenea —dijo ella exasperada.

—Se lo creyó porque es totalmente cierto que es la habitación más caliente de la casa.

Gruñó. —Bueno, ¿y ahora qué?

Christine se acercó a ella para mirar por la ventana. —Vamos a dejarnos llevar. Él ha querido que te quedes, ¿no? Veamos a dónde nos lleva eso. Lo bueno es que no tendremos que hacer más sabotajes para que permanezca en la finca porque ya sabemos que se quedará hasta que se vayan sus invitados. Y si hay suerte, eso será en unas cuantas semanas.

Se mordió el labio inferior. Unas cuantas semanas, durante unas semanas podría verle y seguramente perdería su corazón para siempre, pero merecería la pena y en los años venideros recordaría esos días con felicidad.

# Capítulo 4

—El doctor le ha dicho que la herida está muy bien —dijo Mary Beth a Guillermina, que sentada a su lado en el sofá de seda azul sonrió satisfecha antes de beber de la copita de jerez que tenía en la mano. —Aunque sé que por mucho que lo niegue le tiene que doler muchísimo.

—Mi hija es muy dura. —Shirley bebió de su copita de cristal tallado. —Cada vez que recuerdo lo que hizo…

—Admirable —dijo Guillermina—. Ya me lo había contado Mary Beth, pero cuando esta tarde mi hijo me lo contó de nuevo me quedé de piedra porque ciertos detalles son solo la muestra de las agallas de la chica.

Shirley sonrió orgullosa. —Su padre le enseñó a defenderse, ¿sabe? A la hermana pequeña de mi marido la mataron unos asaltantes de caminos. Mi pobre marido nunca lo superó y cuando la niña era pequeña le dijo que tenía que aprender a defenderse. Hace unos años teníamos una pequeña propiedad cerca de Bath y allí le enseñó a disparar. Y a pegar, porque cuando una se defiende no hay que ser una dama. Es cuestión de vida o muerte. —Hizo una mueca. —Debió ser la única cosa que hizo bien siendo su padre.

La marquesa sonrió con tristeza. —Seguro que hizo muchas otras cosas bien.

Asintió intentando controlar las lágrimas. —Sé que fue un marido pésimo en muchos aspectos, pero nunca dejé de amarle. Aunque arruinó nuestras vidas, siempre le quise.

La puerta se abrió y Annaliese se detuvo en seco al ver el rostro de su madre. —¿Qué ocurre?

—Nada, querida —dijo la marquesa—. Al parecer el doctor dice que todo va bien.

—Sí. —Se sentó en el sofá frente a ellas. —¿Y bien?

—¿Y bien qué, hija?

—¿Qué pensáis de lo ocurrido con Phinneas?

Todas encantadas de la vida se pusieron a hablar a la vez. Hasta la marquesa estaba loca de contenta. —Esto va muy bien —dijo Guillermina con los ojos brillantes de la ilusión.

—Pero está prometido.

—Un error lo comete cualquiera.

—¿Te gusto más yo para ser tu nuera? —preguntó incrédula.

Miró a las demás algo incómoda. —Supongo que si no te hubiera conocido antes Belinda me hubiera parecido muy bien, tiene postín y es realmente hermosa. Pero tú tienes otras cualidades.

—Ah, ¿sí? —Sonrió. —¿Cuáles?

—Pues… —Miró a sus amigas que hicieron un gesto para que continuara y Annaliese casi pudo ver cómo le salía humo por las orejas intentando encontrar algo en lo que superara a esa rubia que le había robado el novio. —¡Eres valiente!

—¿Valiente?

—No te quejas, sabes matar muy bien.

Perdió la sonrisa de golpe. —¿Y eso es importante para ser marquesa?

—Niña, siempre hay gente que se querrá aprovechar de vosotros. Tú ya conoces esas triquiñuelas y los descubrirás de inmediato.

Entrecerró los ojos pensando en ello. —Si mienten como mi padre los descubriré, lo he mamado desde pequeña.

—Exacto, a tu marido no le timarán.

Miró a su madre que forzó una sonrisa. —¿Tú qué opinas, madre?

—¿Qué opino? Que no puedes dejar escapar a este marqués porque te hace suspirar, que lo he visto. Por eso te advierto que no te vea suspirar nadie que no esté en esta habitación, porque sino estarás en problemas. —Se acercó mirándola fijamente. —Toda esa gente de ahí fuera quiere que fracases en tus propósitos. Son amigos de esa Belinda y quieren esa boda tanto como ella. Son tus enemigos, así que no les des pistas.

—Mmm… —Pensó en ello. —Tienes razón, madre. No debo ir dejando pistas.

Escucharon risas en el salón y todas gruñeron porque mientras estuvieran allí no se podría relacionar mucho con Phinneas. —Bueno, ¿cómo los echamos? —preguntó Mary Beth yendo al grano —. Tenemos que cancelar ese compromiso y que se larguen de aquí. Y cuanto antes mejor.

Todas se quedaron en silencio. Annaliese se levantó y caminó hasta la chimenea. —¿Ese Peter cómo es?

La marquesa la miró confundida. —¿Cómo es? Alegre, dicharachero, es el mejor amigo de mi hijo.

—¿Entonces es un libertino como tu hijo?

—Pues… —Miró a las demás. —No lo sé muy bien, supongo que sí.

—Hija, Dios los cría y ellos se juntan, ya sabes cómo es. Seguro que eran compañeros de correrías.

—Sí, seguro que sí —dijo pensativa—. ¿Y cómo creéis que le sienta a él perder a su compañero de armas?

—Pues mal —dijo su madre—. Es su cómplice y le fastidiará tener que buscarse otro para sus escapadas.

—Sí, eso mismo pienso yo.

—Ya entiendo por dónde vas —dijo Christine divertida.

—Ah, ¿sí? Porque yo no veo nada —dijo su señora.

—Quiere que Peter se meta en la cama de Belinda para que tengan que romper el compromiso.

Atónitas miraron a Annaliese que se sonrojó. —¡No me miréis así! ¡Esto es la guerra!

—Pero destrozaremos su reputación —dijo Guillermina—. Y mi hijo quedará como un cornudo. Ah, no, eso no.

—¿Prefieres que todo el mundo hable de tu hijo como un desgraciado que ha plantado a la novia? ¿Y llevarse mal con el padre de ella? No, tenemos que hacer que él sea el agraviado, para que se gane a la buena sociedad y que así cuando llegue yo no se lleven las manos a la cabeza de la impresión.

—Hija, tienes una mente privilegiada.

—Gracias, madre.

—¿Y qué pasará con ella? —preguntó Guillermina sin bajarse de la burra.

Annaliese se miró las uñas. —¿Ella? Pues tendrá que casarse con Peter, lo que me vendrá muy bien para que no tire de Phinneas hacia esas bacanales que tanto les gustan.

Dejaron caer la mandíbula del asombro porque se había librado de dos problemas a la vez.

—Dos pájaros de un tiro y la reputación de mi hijo intacta —dijo la marquesa. Guillermina sonrió de oreja a oreja—. Me encanta tu plan.

—Eso es un objetivo, el plan hay que parirlo ahora. ¿Cómo convencemos a Peter para que nos libre de la rubia? —No dijeron ni pío. —Venga, pensad un poco.

Christine entrecerró los ojos. —Hace unos meses leí una novela de Pierre Choderlos. Era como una especie de reto para acostarse con una mujer de buena reputación.

—¿Un reto? —Annaliese se acercó. —¿Insinúas que tenemos que retarle a que lo haga?

—El orgullo masculino se basa en estas cosas, querida.

—Sí… —Guillermina pensó en ello. —Además, hace una hora les vi hablando juntos y ella reía como una estúpida. Me pareció raro que se comportara de esa manera tan absurda con mi hijo delante.

—Así que le gusta que le regalen los oídos.

—Es hermosa, seguro que está acostumbrada a que la halaguen —dijo Christine—. Los pretendientes debían atosigarla con palabras lisonjeras.

—Dudo que mi hijo le haya regalado mucho los oídos. —La marquesa se bebió lo que le quedaba del jerez y pensando en ello Annaliese cogió la botella del mueble. Sirvió las copitas de las damas. —Gracias, querida.

—Phinneas no le regaló los oídos, empiezo a entender lo del reto. Ella se comprometió con él porque no era como los demás, no demostraba su interés como los demás hombres, era un reto y lo consiguió, ya tiene un anillo en su dedo, un futuro marido rico y un título que cualquiera desearía.

—Cierto —dijo Guillermina asombrada.

—Ahora tenemos que conseguir que Peter quiera conquistar lo que conquistó su amigo.

—Hay algo que me preocupa —dijo Mary Beth—. Si esa muchacha ya ha compartido lecho con nuestro marqués, puede que Peter no quiera tocarla. Y también temo que aunque no haya sido así, no quiera tocarla por la amistad que le une a Phinneas. Si le tentamos tiene que ser con algo que desee mucho.

Sus ojos brillaron de la ilusión. —Me acabo de dar cuenta de que no necesitamos siquiera su colaboración.

—¿No necesitamos su colaboración para que acaben juntos en la cama? —preguntó Christine—. Niña, sorpréndeme.

—Solo necesitamos un poco de láudano.

Lucy entró en la habitación de la duquesa y aplaudió en silencio loca de contenta. —Ya está.

—¿A los dos?

—Alice le ha llevado a él una copa de brandy de parte de su gran amigo y a ella le he llevado un vaso de leche caliente de parte de su siempre entregado prometido. Ella ha dicho, cómo me cuida, y como no salí de la habitación se lo empezó a beber. Protestó porque sabía raro y yo le dije que llevaba un poquito de brandy, mano de santo para dormir de un tirón. Se bebió hasta la última gota.

Sonrió. —Perfecto.

—¿Cuánto deberemos esperar? —preguntó Christine—. ¿Una hora?

—Con el láudano que hemos echado, en diez minutos estarán tan dormidos que ni se enterarán. —Shirley sonrió. —Os lo aseguro, comprobado.

—¿Y si ella se despierta en el traslado? —preguntó Guillermina.

—Solo son dos habitaciones de distancia, milady —dijo Lucy —. Si tenemos cuidado ni se dará cuenta.

—Pero hay que ser cautelosas, en cuanto la pongamos en la cama no podemos dar la voz de alarma para que les sorprendan —dijo su madre—. Hay que esperar a que pase un poco el efecto del láudano y no parezcan muy dormidos.

—Sí, debemos esperar. —La duquesa se levantó. —Niñas, quiero dormir un poco.

Jadearon asombradas. —¿No nos vas a ayudar? —preguntó Guillermina.

—Sería un poco extraño que a las tres de la mañana aún estemos vestidas.

—Uy, eso es cierto. —La condesa se levantó. —Además, yo también quiero dormir un poco, que luego no tengo buena cara.

—Mamá, ¿tú también?

—Niña, no puedo resistir más escándalos, así que procura que no te pillen.

—Muy bonito. —Miró a Lucy y a Christine que estaba a punto de decir algo —Ni se te ocurra echarte atrás.

—No, yo ayudo, pero si me pillan la culpa es tuya, que yo debo tener una reputación intachable. La vieja no va a durar para siempre y necesitaré trabajo en el futuro.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Mary Beth escandalizada. Las tres rieron por lo bajo—. Muy graciosas.

—Pero lo de seguir vestidas es cierto, lady Annaliese. A su habitación, voy a ayudar a la duquesa y luego iré a ayudarla a usted para que se ponga el camisón.

—Hecho… —Abrió la puerta y sacó la cabeza para ver si había alguien en el pasillo.

Cristine salió tras ella y susurró —A las tres ven a buscarme.

—Vale.

Caminaron en dirección contraria y Annaliese dio la vuelta a la esquina. Entró en su habitación sin hacer ruido y cerró la puerta lentamente para no despertar a Phinneas si es que estaba dormido. Al volverse se detuvo en seco porque estaba al lado de la chimenea encendida. Él carraspeó. —La puerta al balcón estaba abierta y escuché como se golpeaba con el viento. Al cerrarla me di cuenta de que la chimenea estaba apagada.

—Oh, gracias por encenderla.

Él asintió y rodeó la cama para ir a la puerta de comunicación que estaba al lado de la mesilla. —Buenas noches.

Era su oportunidad de hablar con él y la estaba desaprovechando. —¿Lo pasáis bien, marqués? —Se detuvo para mirarla. —Con sus amigos, ¿lo pasáis bien? ¿Su visita está siendo agradable?

—Son entretenidos —dijo como si le diera igual.

Ella sonrió. —Tenía razón, va a llover. —Escucharon un trueno.

—Sí, y mis amigos me están maldiciendo por prometerles buen tiempo y una gran cacería.

Sonrió. —Ha sido muy osado, milord. Sobre todo viviendo en Inglaterra.

—Cierto, pero suelo ser osado.

Intentó pensar de qué hablar. —¿Ya han arreglado el suelo? Se lo he preguntado a su madre, pero dijo que se encargaba usted.

—El carpintero vino esta mañana —dijo dando un paso hacia ella—. ¿Y el médico qué te ha dicho?

—Todo está bien, solo hay que tener paciencia.

Se miraron a los ojos durante varios segundos. —¿Puedo preguntarte algo? —dijo él.

—Sí.

—¿La decisión de venir aquí tiene que ver con que tu primo ha renegado de vosotras?

Se sonrojó, pero decidió ser sincera. —La duquesa me acogió hace algo más de tres años, después de…

—Sé lo que ocurrió.

—Me ha apoyado en todo en este tiempo y cuando mataron a mi padre se hizo cargo de nosotras. La invitación de su madre fue antes de su funeral y creyó que venir aquí nos vendría bien antes de irnos a su casa de campo. No vimos a mi primo antes de salir de Londres, nos envió una carta muy desagradable donde nos echaba de la casa, solo recogimos nuestro equipaje y nos fuimos a la residencia de mi madrina en la ciudad. —Apretó los labios sin darse cuenta del dolor que expresaban sus hermosos ojos azules. —No sabía que había renegado de nosotras, aunque no me extraña porque he escuchado por boca de mi madre que nos dio la espalda hace mucho tiempo.

Él asintió muy serio. —Entonces seguramente no sabes lo que está diciendo de vosotras.

Palideció. —¿De nosotras?

—El día antes de salir de la ciudad estuvo en mi club, el White ´s. Yo no formaba parte de la conversación, pero no pude evitar oírla. El nuevo conde despotricaba de su tío y de la vergüenza que en vida había ocasionado a la familia. Alguien le indicó que a vosotras también os había avergonzado y puesto en peligro. Él dijo

que tu madre era tan culpable como él y que seguramente tú habías heredado su mala sangre, que la muerte de esos hombres que no se pudieron defender en su momento, es buena prueba de ello.

Casi sin aliento susurró —¿Va diciendo eso?

—Intenta quedarse totalmente al margen de vuestra vida como el conde que reformará el título y lo salvará de la corrupción de tu padre. Lo siento, pero eso es lo que va diciendo.

—Gracias por decírmelo, pero…

—No tienes que justificar nada, nada de lo que ha pasado es culpa tuya.

—Mi madre nunca tuvo nada que ver con su vida y lo demuestra que en los últimos ocho años no se ha atrevido a salir de casa por la vergüenza que le hacía pasar su marido. Ese primo mío es un ser deleznable —dijo con rabia—. No voy a negar que mi padre hizo miles de cosas mal, pero cuando Henry las hizo terriblemente mal a quien pidió ayuda fue al conde.

—¿Le pidió ayuda?

—Yo era una niña, pero aún le recuerdo llorando y suplicándole su ayuda para no acabar en prisión.

Dio un paso hacia ella. —¿Y sabes por qué?

—Algo de una taberna donde había habido heridos y un muerto. ¡Había testigos y pensaban acusarle y fue mi padre quien pagó a todos ellos para que cerraran la boca! ¡Y muchos de esos que ahora reniegan de mi padre eran como él! ¡Cuando tenía dinero eran muy amigos, pero en cuanto se convirtió en un apestado le dieron la espalda!¡Mi padre no podía evitarlo! ¡No se controlaba! ¡Acabó con su fortuna y su reputación, pero no podía evitarlo! Y lo pagó con su vida, ¿no es bastante?

—Lo que ya es bastante es que esos cobardes lo paguen con vosotras.

Sentir su compasión la emocionó al punto de que se puso a llorar. Avergonzada se volvió tapándose el rostro con las manos y él

se acercó con la intención de acariciar su hombro, pero antes de tocarla se apartó. —No te aflijas, todo se resolverá.

—¿Cómo? Ya he pagado por sus pecados toda mi vida, ¿tengo que seguir pagando? —Sollozó. —Hasta que mi madrina me acogió ni salía de casa. No tuve la educación necesaria, los profesores se iban en cuanto no cobraban, así que duraban una semana. Después dejaron de llegar. —Se volvió para mirarle con rabia. —¡Todo lo que aprendí lo aprendí con la poca ayuda que tenía a mano! ¡Mi madre estaba tan triste y decepcionada con su vida, que me dejó al cuidado de la cocinera, llegó un punto que ni se levantaba de la cama! ¿Cómo alguien que te ama y al que amas, destroza así tu vida?

—No lo sé. No puedo entender que no odiara a ese hombre que le había hecho tanto daño.

—No dejó de apoyarle hasta el día de su muerte —dijo recordándoles juntos—. Era tan feliz cuando llegaba a casa…

—¿Qué sucedió aquella tarde, Annaliese?

Recordó cómo se abría la puerta y entraban esos hombres en casa. —Me di cuenta de sus intenciones de inmediato y el miedo me atenazó. Ese cerdo amenazó a mi madre con su arma, la golpeó, sentí tanta rabia en mi interior…

—¿Qué pasó?

—Intenté ayudarla y me agarraron. Mi padre me lo dijo…

—¿Qué te dijo?

Miró sus ojos. —Que nunca mostrara miedo, que nunca me dejara intimidar por nadie. Ese cerdo me agarró del cabello y me forzó a agacharme. Pegó mi cara a su miembro por encima del pantalón y el olor me repugnó. Abrí la boca intentando respirar y no pensé. Ni sentí su sangre, simplemente me levanté arrebatándole la pistola y disparé a sus hombres antes de golpearle a él. Ni sabía que estaba muerto, ¿y sabes qué? Me da igual. Porque era un cerdo que amenazaba con volver y sabía que la siguiente vez que le viera mataría a alguien que me importaba.

Phinneas se la quedó mirando, de repente la agarró por la nuca pegándola a su cuerpo y Annaliese se quedó sin aliento. —Después de oír de tu boca lo que ocurrió, estoy más convencido de que eres una mujer que merece la pena.

—¿De veras piensas eso?

Él miró sus labios y apretó los suyos con fuerza antes de decir —Nunca dejes que nadie te menosprecie y mucho menos por los actos que hicieron otros, preciosa.

Se derritió de gusto. —¿Me juzgarás por mis acciones?

—Eso no lo dudes.

Sus ojos brillaron de la alegría. —Gracias.

Se acercó poco a poco y Annaliese sintió que su aliento la mareaba. Cerró los ojos y cuando casi rozó sus labios él se apartó de golpe. Sorprendida le miró. Phinneas juró por lo bajo antes de ir hacia la puerta de comunicación. —Esto no debería haber pasado.

Ella se molestó por sus palabras y replicó mientras cerraba la puerta —Lo que no debería haber pasado es tu compromiso con esa mujer.

Se detuvo en seco y se giró fulminándola con la mirada. —No te conocía.

Su corazón dio un vuelco. —¿Eso significa que si me hubieras conocido antes no te hubieras comprometido?

—No he dicho eso —dijo entre dientes.

Puso los brazos en jarras. —Casi lo has dicho, ¿o no?

—No.

Jadeó. —¡Marqués, no mientas!

—Shusss.

—A mí no me chistes.

Se volvió a acercar a ella. —No te imagines cosas, solo he dicho que no te conocía, no significa que hubiera cambiado algo —siseó.

Sintiendo un impulso le dio un beso en los labios y le retó con la mirada. —Muy bien, pues cásate con ella —dijo con rabia.

Él parecía confundido y frunció el ceño. —Pues muy bien, es lo que voy a hacer.

—Espero que sea muy feliz, marqués —dijo con ironía.

Gruñó yendo hacia la puerta.

—Ya buscaré otro marqués que sepa apreciarme.

Se detuvo en seco, respiró hondo antes de salir con un buen portazo de despedida.

La otra puerta se abrió de golpe y Lucy metió la cabeza antes de entrar a toda prisa. —Le he oído y no me he atrevido a interrumpir —susurró.

Sonrió ilusionada. —¿Has oído lo que me ha dicho?

—Casi ha reconocido que si la hubiera conocido antes…

—Y casi me besa, pero al final le he besado yo.

—Bien hecho, milady.

Frunció el ceño. —No me ha sabido a mucho, la verdad, estaba muy nerviosa.

—Pues no se notaba nada —dijo admirada.

—Es que siempre he disimulado muy bien.

Lucy se puso a su espalda y empezó a desabrocharla. —Ahora que ya sabe que la cambiaría por la otra si pudiera, más razón para liberarle.

—Claro que sí, le estamos haciendo un favor. —Dejó caer el vestido y ella misma se desató el nudo de los faldones. Salió de ellos y se giró para que Lucy desatara su corsé. Estaba loca de contenta, en cuanto se librara de la rubia aquello acababa en el altar.

De repente la puerta de su habitación se abrió y ambas miraron hacia allí para ver a lord Peter con cara de estar aun medio dormido. Entró en su dormitorio y tambaleándose caminó hacia la cama para caer sobre el edredón a plomo. Con los ojos como platos se miraron asustadas. —¿Qué hace aquí?

—Ni idea, milady, pero yo le sacaría cuanto antes porque sino nos va a salir el tiro por la culata y la que acabará casada con él será usted.

Casi chilla de miedo y corrió hacia él cogiendo a ese tipo por la muñeca para tirar de su cuerpo. Nada, no se movía. Entró en pánico. —Ayúdame —siseó tirando de él. Gimió—. Pesa muchísimo —dijo con esfuerzo.

Lucy se puso a su lado agarrándole del brazo y entre las dos le dieron un tirón, apenas le movieron y ambas bufaron soltándole. Pusieron los brazos en jarras. —Muy bien, ¿qué hacemos?

—No hay otra opción, vamos a hablar con el marqués.

—¿Estás loca?

—Acaba de irse a su habitación, sabe que no estaba acompañada, milady. Él lo sacará de aquí discretamente.

—Tendremos que abortar el plan de esa usurpadora y eso sí que no. —Miró decidida al amigo de Phinneas y se subió a la cama.

Lucy puso los ojos en blanco. —No es buena idea que se acerque tanto a él, si entrara alguien…

—Agarra su brazo —dijo decidida antes de coger el otro brazo y empujar su hombro. Nada, no podían. Decepcionada se sentó en la cama y entrecerró los ojos empujándolo con los pies.

—Sí, sí, se mueve.

Al llegar al borde se deslizó cayendo a plomo en el suelo. Ambas miraron hacia el tabique que separaba la habitación del marqués.

—Annaliese, ¿estás bien? —Abrió la puerta de golpe. —¿Te has mareado?

—¡Sí! ¡Digo, no! —Se puso de rodillas rezando porque no le viera al otro lado de la cama. —Estoy muy bien, se ha caído la butaca. Lucy ha tropezado con ella.

—Pero estoy bien, milord, no se preocupe.

Él la miró y gruñó antes de salir de la habitación. Lucy soltó una risita y susurró —Mi marido hace eso cuando quiere lecho.

Se sonrojó de gusto. —Saquémosle de aquí.

Saltó de la cama y entre las dos cogieron sus brazos. Afortunadamente había caído sobre la alfombra y esta las ayudó a que se deslizara sobre el suelo de madera. Lucy abrió la puerta y sacó la cabeza. —Despejado, milady. —Antes de salir le preguntó —¿A dónde le llevamos? No podremos subirle a ninguna cama y yo no voy a desvestirle.

—Rayos, no había pensado en desvestirle, se suponía que ya estaría en la cama. —Estiró el cuello para mirar el pasillo. —Vamos a seguir con el plan. A la habitación de la rubia.

Tiraron de él deslizándolo y cuando llegaron ante la habitación de Phinneas escucharon un ruido al final del pasillo que las detuvo en seco. Entonces escucharon unos pasos. Al darse cuenta de que venía alguien, soltaron los brazos que cayeron sobre el suelo de madera haciendo un ruido horrible y las dos corrieron hasta su habitación cerrando la puerta. —Rápido, el camisón —susurró.

—¿Pero qué haces ahí tirado? —preguntó Phinneas enfadado —. ¿Estás borracho otra vez?

Ambas corrieron por la habitación y Lucy le tiró el camisón mientras se metía en la cama. Se lo puso en tiempo récord antes de dejarse caer sobre las almohadas mientras su doncella se escondía bajo la cama. La puerta de su habitación se abrió y ella cerró los ojos, Phinneas se acercó unos pasos contemplándola hasta ponerla de los nervios.

—Preciosa, no te has quitado el corsé antes de meterte en la cama, no conozco a ninguna dama que haga eso. Además, aquí falta una alfombra que eligió mi madre hace unos años y he escuchado como corrías de un lado a otro.

Abrió un ojo y suspiró. —No sabía qué hacer. Se metió en mi habitación y se desmayó, sería un escándalo.

Él apretó los labios y Lucy sacó la cabeza de debajo de la cama. —Le juro que es cierto, milord. Entró y se metió en la cama mientras estaba ayudando a milady, debió confundirse.

—¿Y por qué no me avisasteis? —dijo entre dientes.

—Me asusté.

—Milady se asustó muchísimo, doy fe.

Gruñó yendo hacia la puerta. —Ya me encargo yo.

—Gracias —dijo como una niña buena y una dulce sonrisa en el rostro—. Hasta mañana. —Se la quedó mirando y ella sonrió aún más. —Que tengas dulces sueños, milord.

—Buenas noches —dijo a regañadientes antes de cerrar la puerta.

Sonrió a Lucy que se puso de pie de un salto. —¿La ayudo a cambiarse?

—Sí, quítame el corsé. Mientras tanto pensemos en otro plan para la rubia.

# Capítulo 5

Bajó a desayunar contenta y aunque escuchó a los invitados de su marqués en el comedor principal, ella fue a la sala de desayuno donde estaban las que llevaban luto. La duquesa ya casi había desayunado y las demás charlaban.

—Hoy te has levantado tarde, querida —dijo la marquesa desde la cabecera de la mesa.

—Me costó un poquito dormirme. —Se sentó a toda prisa al lado de su madre y miró de reojo al lacayo que les estaba sirviendo un té. —Estoy algo inquieta.

—Milady, ¿le sirvo?

—No, gracias, ya me sirvo yo. —Cogió su plato y fue hasta el aparador para servirse unos huevos con beicon. Cuando llegó a la mesa cogió dos tostadas.

—Hoy estás radiante, hija. —Su madre sonrió cogiendo la taza del té. —Esta noche de descanso te ha sentado especialmente bien.

—Gracias, mamá.

Shirley sonrió. —¿Qué vas a hacer hoy, cielo?

—Practicar, hay que practicar todos los días, lo dice mi profesor.

—Nosotras vamos a dar un paseo. —La duquesa puso mala cara mirando los restos del pastel de pasas que se había comido. —Últimamente estoy engordando un poco, ¿no quieres venir?

La miró como si hubiera dicho un disparate. —No puedo salir de la casa, tía.

Christine se acercó a su oído y susurró —Si eres la única que te quedas se dará cuenta.

—No si practico. Quiero comprobar una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó su madre en voz baja.

Miró de reojo al lacayo que en una esquina miraba al frente como si no se enterara de nada, pero ella sabía que no era así y no podía dejar que Phinneas se enterara de sus planes porque el servicio se chivara.

—Lo hablamos luego, mamá —susurró.

Shirley asintió.

La puerta del comedor se abrió y su marqués apareció alegrándole aún más la mañana. —Buenos días.

—Hijo, buenos días —dijo su madre encantada—. Me he enterado de que tu amigo tuvo un problemilla anoche.

La miró de reojo. —Sí, al parecer soy demasiado generoso con el coñac.

La marquesa soltó una risita. —Este chico.

—Sí, ni se ha despertado todavía. ¿Y cómo os encontráis vosotras?

—Estupendamente —dijo la duquesa encantada—. Vamos a aprovechar este buen día para dar un paseíto hasta el pueblo. Me han dicho que hoy es día de mercado.

—Sí.

—¿Y vosotros qué vais a hacer? —preguntó su madre—. ¿Saldréis a cazar?

—No, el viejo Curtis dice que mañana hará mejor tiempo, así que hoy aprovecharemos para ir hasta el pueblo también. Pero algo más tarde cuando Peter se levante, si es que se levanta. Nos quedaremos a comer en la posada y después los carruajes nos recogerán allí. Dudo que las damas quieran volver caminando.

—Buena idea, le diré a mi cochero que nos recoja, no quiero agotarme —dijo la duquesa.

—¿También comeréis en el pueblo?

La marquesa las miró. —Como queráis.

—No, regresaremos a comer con la niña —dijo Shirley a toda prisa—. Se quedará practicando, ¿sabe marqués? Es muy disciplinada.

—Y me parece muy bien —dijo mirándola fijamente haciendo que se sonrojara—. Que pasen un buen día, miladies.

—Lo mismo digo, marqués —dijo Mary Beth con una sonrisa de oreja a oreja.

Salió del comedor y todas la miraron. —Hija, he notado…

—No, madre no has notado nada —dijo entre dientes.

—Ah, ¿no?

—No.

—Pues yo creo…

—Mamá…

—Déjennos solas —dijo la marquesa haciendo que el servicio saliera de inmediato. Guillermina se acercó sobre la mesa para susurrar —He notado su interés.

—Lo hemos notado todas, querida. —Mary Beth sonrió. —Vamos, cuéntanos.

—Ayer… —Se mordió el labio inferior. —Me dijo que si me hubiera conocido antes no se casaría con ella.

La marquesa jadeó llevándose la mano al pecho. —¿De veras? Qué buena noticia.

—Pero ella llegó primero.

—Tranquila querida, podremos deshacernos de esa mujer, lo de ayer fue un inconveniente inesperado, pero lo solucionaremos intentando que no sufran ninguno de los implicados. —Su madrina asintió. —No será difícil. Lord Peter se llevará una belleza y ella será condesa en el futuro, no podrá quejarse con el partido que le hemos buscado.

Su madre soltó una risita. —¿Estás segura de que quieres quedarte? Irá al pueblo.

—Ahora no puedo retractarme, madre. Me quedaré, practicaré un poco y después leeré. ¿Puedo ir a cortar unas flores?

—Dispón del jardín como más te guste, niña.

—Gracias, lo haré.

Sentada en el banquito del piano tocaba una pieza que ya se sabía muy bien. Esa mañana solo quería escuchar la música no corregir errores. Pasó de una pieza a otra totalmente relajada y disfrutando de su momento. Cuando tocó la última nota sonrió y alguien aplaudió tras ella. Sorprendida se volvió para ver a Phinneas sentado en un sillón. —Estás aquí.

—Sí, al parecer esta casa se está cayendo a pedazos y ha habido un problema en el desván, lo que me ha impedido unirme a mis invitados.

—¿Qué problema? —preguntó levantándose.

—Se ha caído una viga del ala sur, se ha hundido un pedazo del tejado.

—Sí que se cae a pedazos. —Se acercó a él. —Debe ser difícil mantener esta casa.

—No lo sabes bien, preciosa. Lo que me extraña es que se reparó el tejado hace dos años.

—Pues algo no se hizo bien.

—Eso parece.

—¿Estás supervisando el arreglo?

—Hudson se encarga.

—Aún puedes irte con tus invitados, si vas a caballo…

La miró fijamente acelerando su corazón. —Puede que no quiera. Puede que prefiera quedarme contigo. —Alargó la mano.

Se mordió el labio inferior mirándola, sabía que si la cogía la convertiría en su amante y ella quería mucho más. Elevó la vista hasta sus ojos. —Cancela el compromiso.

—Preciosa, no puedo hacer eso.

—Pues no me ofrezcas nada —dijo empezando a enfadarse—. No tienes ningún derecho.

Dejó caer la mano y se levantó. —Sé que no lo tengo, pero es esto o nada.

Ofendida dio un paso atrás. —¿Porque no me lo merezco? Ella es mucho mejor que yo, ¿no es cierto? Rica, hermosa y con una reputación intachable. —Sin poder evitarlo sus ojos se llenaron de lágrimas. —Eres un farsante que como todos se dejan llevar por las apariencias.

—Solo soy realista —dijo entre dientes—. He llegado a un acuerdo con su padre y no puedo desdecirme ahora, no sería justo para ella cuando todos conocen nuestro compromiso ya. No puedo hacerlo y no lo haré.

Fue tan tajante que se le partió el corazón. —¿Y yo? ¿Y lo que tú deseas?

—Tengo una responsabilidad con mi apellido.

—¿Y convertirme en tu amante no es mancillar tu apellido? —preguntó con rencor sintiendo unas ganas enormes de gritar de la frustración—. Creo que para que te caliente el lecho necesitas algo mejor, una con más postín. —Le escupió en la cara. —Gracias por su hospitalidad, marqués. Si me disculpa voy a preparar mi equipaje.

Se alejó de él, pero Phinneas la agarró por el brazo volviéndola de golpe atrapando sus labios. La abrazó por la cintura pegándola a su pecho y Annaliese protestó. Él aprovechó para entrar en su boca y saborearla. Annaliese jamás se imaginó que esa caricia le hiciera sentir mil maravillas y aunque le golpeó con el puño en el hombro también le saboreó sin darse cuenta siguiendo su instinto. Phinneas gruñó cogiéndola por los glúteos y ella jadeó en su boca. La sentó sobre un aparador tirando unos adornos y apartó sus

labios. Con las respiraciones agitadas se miraron y él levantó sus faldas de golpe mostrando sus medias y sus pantalones interiores. Acarició sus pantorrillas acelerando su sangre de manera alocada y esos ojos le dijeron que harían lo que fuera por tenerla. Se sintió tan embriagada que cerró los ojos disfrutando de sus caricias. Él besó su cuello. —No te arrepentirás, preciosa.

Esas palabras la espabilaron de golpe y le apartó por los hombros. —¿Qué haces?

—¿Perdón? Creía que estaba claro.

—Ah, ¿sí? —Entrecerró los ojos. —¿Te estás aprovechando de mí?

—Preciosa, a pesar de que fuiste un poco torpe al inicio del beso, te aseguro que después has participado en esto activamente.

Se puso como un tomate. —¿He sido torpe? ¿Cómo te atreves? ¡Jamás había tocado a un hombre!

—Pues lo haces muy bien y si me tocas un poco más…

Annaliese puso un pie en su hombro apartándole de golpe y el marqués gruñó. —Preciosa, ¿esas tenemos?

—Mi padre me enseñó que nunca le diera a un hombre lo que no se merece. —Saltó del aparador dejando caer las faldas. —No vuelvas a acercarte a mí mientras sigas comprometido, milord. —Con la cabeza muy alta fue hasta la puerta muriéndose por dentro por las ganas que aún tenía de tocarle.

—Preciosa, ve a peinarte.

—¿Qué?

Él suspiró. —Te he despeinado un poco más de lo que ya estabas.

Se puso como un tomate. —Gañán. —Salió de allí a toda prisa y escuchó su risa. Palideció con la mano en la barandilla. ¿Se estaba riendo de ella? Claro que sí, idiota, ¿no le oyes? Sintiendo que la rabia la recorría subió los escalones de dos en dos y se metió en su habitación dando un portazo.

Lucy se volvió asustada. —¿Qué ha pasado, milady?

Se apretó las manos pensando en ello y caminó por la habitación mientras su doncella la seguía con la mirada. —¿Está bien? Parece acalorada y disgustada.

—Se ríe de mí —susurró—. Se está riendo de mí.

Lucy dio un paso hacia ella. —Explíquese, milady.

—¡Se ríe de mí! —dijo furiosa—. Ha intentado seducirme en el salón, pero no piensa cancelar su compromiso. Quiere convertirme en su amante.

Lucy se tapó la boca de la impresión. —No.

—¡Sí! Y cuando le he rechazado se ha reído de mí. —Apretó los labios del disgusto. —Solo quiere burlarse como todos los demás.

—No milady, el marqués no es así.

—Se ha reído.

—Algo le habrá hecho gracia.

—¿Ahora soy graciosa?

—Milady, está disgustada porque quería compartir su lecho y su buena educación le ha impedido hacerlo, pero el marqués no se ha reído de usted.

—¿Eso crees?

—No es un hombre cruel, se lo juro, lo que ocurre es que todo lo que ha pasado en estos años la tiene muy sensible y cree que su rechazo a cancelar su compromiso es porque no la considera suficiente.

—Es que no me considera suficiente.

Lucy negó con la cabeza. —Le conozco bien y estoy segura de que si esa mujer no hubiera llegado primero ya le habría pedido matrimonio a usted, milady. Es evidente que se siente muy atraído.

—¿Eso piensas? —Se dejó caer en la butaca. —No ha ido al pueblo. —Entonces recordó algo. —¿Has serrado una viga del techo de la casa?

—¿Una qué?

—Una viga, al parecer se ha derrumbado parte del techo en algún lugar de la casa. ¿Has sido tú?

—¿Yo? No. Y dudo que la marquesa sepa coger una sierra.

—¿No lo sabe nadie más?

—No, milady. Y es raro, acabo de estar abajo y nadie me ha dicho nada de eso.

Entrecerró los ojos. —¿No se ha derrumbado parte del techo?

—No que yo sepa y si hubiera pasado el servicio no hablaría de otra cosa.

—Ve a averiguar dónde está el mayordomo. Si le encuentras pregúntale por los arreglos del suelo de la habitación, dile que he preguntado yo.

Lucy salió de inmediato y Annaliese se acercó a la ventana para ver a su marqués cabalgando campo a través. Apretó los labios porque al final había decidido ir al pueblo para reunirse con su prometida. Furiosa se volvió. —Ahora sí que me has enfadado.

La marquesa entró en la casa y se detuvo en seco al ver un gran centro de flores en la mesa del hall. —Qué maravilla, Hudson.

—Lo ha hecho lady Annaliese, milady. Tiene unas manos maravillosas.

Su madre sonrió orgullosa. —Sí, tiene mucho gusto para las flores, desde pequeñita.

—Pues no ha visto el que ha puesto en el centro de la mesa del comedor, milady. Sus invitados van a quedar maravillados.

Todas las damas corrieron hacia el comedor muertas de la curiosidad y dejaron caer la mandíbula del asombro al ver un hermoso centro que medía casi un metro de altura. Había trenzado las flores alrededor del asa de la canasta. Era el centro más increíble que habían visto nunca. —¿Son las flores del invernadero?

—No, milady. Las ha recogido en el campo. Dijo que iba a dar un paseo para templar los nervios y volvió cargada de flores. Ni sé cómo le cabían en las manos.

—¿Dice que fue a templar los nervios? —preguntó Christine preocupada.

—Eso dijo.

Las mujeres se miraron inquietas antes de que la duquesa preguntara —¿Dónde está ahora?

—En la biblioteca, milady.

Las cuatro corrieron hacia allí y cuando entraron la vieron con un libro sin abrir en las manos mirando el cuadro de la primera marquesa de Wrochester que estaba sobre la chimenea. —Era hermosa, ¿verdad? Y se ve que tenía clase. Mirad qué porte, toda una marquesa.

—Niña, ¿qué ocurre? —preguntó Mary Beth.

Miró a Guillermina. —¿Era muy rica?

—Sí, aportó mucho con su dote. Esta casa se hizo con su dinero, por eso nadie se ha atrevido a quitar ese cuadro de ahí.

Rio sin ganas. —Sí, claro. Y con la dote de Belinda también aumentará su fortuna, es lógico. Así son los matrimonios de los nobles desde que el mundo es mundo.

Su madre se acercó preocupada sentándose a su lado. —¿Qué te ocurre, cielo? —Apartó la melena de su hombro. —¿Te encuentras bien?

—Muy bien madre, estoy perfectamente. ¿Por qué no os sentáis? Tengo algo que contaros.

La rodearon atentas a sus palabras. —Cuéntanos —dijo Christine.

—Ha intentado hacerme su amante. —Jadearon escandalizadas. —Ha mentido a sus invitados para quedarse en la casa diciendo que había habido un problema en el tejado y ha intentado seducirme en el salón, quiere que sea su amante.

—¿Cómo se atreve? —preguntó su madre indignada.

—No sé qué decir —dijo la marquesa avergonzada—. ¿Con la hija de una amiga? ¿Y en nuestra propia casa? No tengo palabras.

—¿Te besó? —preguntó Mary Beth.

—Sí, y conseguí resistirme, aunque os aseguro que no fue fácil.

—Lo entiendo —dijo Christine—. Ha debido ser difícil privarte de lo que te hacía.

—Oh, sí, te lo aseguro.

—¿Pero cómo se atreve? —volvió a preguntar su madre.

—Shirley no sé qué decir.

—Eso ya lo has dicho, bonita. —Shirley se levantó furiosa. —¡Exijo reparación!

Todas la miraron con los ojos como platos. —Mi hija no tiene varón que la proteja con la muerte de su padre, así que lo haré yo. ¡Nadie trata a mi hija como a una fulana cualquiera!

—¿Pero tú sabes disparar? —preguntó Mary Beth asombrada.

Se sonrojó. —Pues no.

—La debe desear muchísimo para hacer algo así —dijo Christine pensativa—. En su propia casa, en el salón donde puede verle cualquier doncella que entre, eso por no mencionar que su prometida podría enterarse.

—Estaba pensando lo mismo —dijo la duquesa—. No la cambió de habitación, le llega a confesar que si no hubiera estado Belinda todo sería distinto y ahora esto, nuestro marqués está mostrando mucho sus cartas.

—Sí, está tan desesperado que la convertiría en su amante, interesante.

—¿Qué es tan interesante? —preguntó sin entenderlas.

—No quiere perderte, niña —dijo la duquesa encantada—. Está dispuesto a lo que sea con tal de que sigas en su vida.

—¡Pues que suspenda el compromiso!

—Para llegar a eso debemos tener paciencia, acaba de conocerte —dijo Christine.

—Y tendrás tiempo. Si esto sigue así de bien en una semana se subirá por las paredes y estará más que contento de que Peter le quite la novia. —La duquesa sonrió. —Que haya intentado seducirte es una noticia tan buena que deberíamos celebrarlo.

—¿Celebrarlo? ¿Y qué vamos a celebrar, que prefiere casarse con ella que conmigo? —Todas fruncieron el ceño. —¿Que no soy lo suficientemente buena como para ser su esposa, pero sí su amante? —Su madre gruñó. —¿Que se ha reído de mí?

—¿Se ha reído de ti? —preguntó Shirley indignada—. ¡Bueno, esto es el colmo!

—¿Cómo que se ha reído de ti? —preguntó Christine.

—Al parecer encuentra muy divertido mi enfado por sus insinuaciones.

Guillermina gimió como si su hijo fuera un desastre. —Tiene un humor peculiar, pero estoy segura de que no se quería burlar de ti.

—¡Sí que quería! Le llamé gañan y se echó a reír de mi indignación. ¡Se estaba burlando, que no soy tonta!

—¿Y no pudo ser que simplemente le resultó divertida la situación? —preguntó la duquesa intentando calmarla.

Frunció el ceño. —¿Y por qué le iba a resultar divertida? ¿Qué tenía de graciosa?

—Igual le hizo gracia que le insultaras, los hombres son muy raros —dijo Mary Beth.

Viéndose de nuevo en la situación frunció el ceño. —¿No creéis que se riera porque se burlaba de mí? ¿Porque está jugando conmigo? Lucy dice que no, pero…

—Oh, Dios, ¿se lo has dicho a la doncella? —preguntó su madre escandalizada.

—Ella no va a decir nada.

—Más nos vale, porque como alguien se entere de eso que sucedió en el salón, sí que acabaremos en la calle cuando muera la duquesa porque ningún noble querrá casarse contigo.

Mary Beth jadeó. —¡Me quedan muchos años de vida, bonita! —Hizo una mueca. —Pero lo que has dicho después es tan cierto como que el sol saldrá mañana. Con todo lo que tu familia tiene detrás sería imposible encontrarte marido. Esta es nuestra mejor opción y no debemos desaprovecharla.

Se mordió el interior de la mejilla y su madre la miró. —Uy, uy…

—¿Qué? —preguntó Christine.

—De pequeña siempre ponía esa cara cuando hacía una travesura.

—¿Yo? —preguntó inocente.

—¡A mí no me engañas! ¿Qué has hecho?

—Madre, ¿no querías vengarte?

—Niña, no estás como para andar jugando. —Mary Beth se levantó. —¡Confiesa!

La puerta se abrió y el marqués entró en la habitación.

—Hijo, ¿ya estás aquí?

Qué mal disimulaba Guillermina, tenía una cara de culpable que no podía con ella.

—Sí, al final no fui al pueblo.

Su corazón dio un vuelco.

—Perkins me recomendó ir a hablar con mis arrendatarios y es lo que he hecho —dijo mirándola fijamente—. ¿Has llorado?

Se le cortó el aliento porque de eso ya hacía unas horas. —No, ¿por qué iba a llorar?

—Exacto, ¿por qué?

Le miró con rencor antes de levantarse e irse del salón. Él apretó los labios antes de mirar a su madre que seguía intentando

disimular. —Mis invitados están al llegar, madre, al final han decidido comer en la casa. ¿Hoy podrás acompañarnos?

—Sí, por supuesto. Será un placer.

—Entiendo que tengas invitadas, pero mi futuro suegro empieza a pensar que no estás de acuerdo con este matrimonio porque apenas te has relacionado con ellos. Madre, ¿estás de acuerdo con este matrimonio?

La marquesa se sonrojó. —Pues…

—¿Madre?

Se levantó. —No puedo negar que Lady Belinda es una candidata muy buena para ser marquesa, hijo.

—¿Pero?

—No hay peros, siempre que sea lo que tú quieres. —Se acercó y cogió su mano. —La esposa que elijas te acompañará el resto de tu vida y si no estás plenamente convencido…

Tenso dijo —Lo estoy.

Shirley separó los labios de la impresión antes de fulminar a sus amigas con la mirada.

—Pues muy bien —dijo su madre muy incómoda antes de besarle en la mejilla—. Será mejor que vaya a cambiarme de vestido. Si me disculpáis.

—No te preocupes por nosotras, querida —dijo Mary Beth algo tensa.

—Yo también me retiro. —Inclinó la cabeza y se volvió para irse.

—Marqués… —dijo Shirley deteniéndole en seco—. Aléjese de mi hija si tan convencido está, mi niña merece ser feliz.

Él muy tenso salió de la biblioteca y las tres se miraron. —No cambiará de opinión —dijo Christine—. Ha venido a dejárnoslo muy claro porque sabía que la niña nos lo diría.

—Pues entonces tendremos que emplearnos a fondo en destruir ese compromiso —dijo la duquesa—. Porque con esta

conversación, lo que me ha quedado claro es que el marqués está enamorándose de nuestra Annaliese y no sabe cómo salir del atolladero. La ha mirado de una manera que me lo ha dejado muy claro.

# Capítulo 6

Al día siguiente Annaliese seguía furiosa, no podía evitarlo. Se sentía rechazada y dolida, solo quería gritar de la frustración. Aunque no podía negar que la noche anterior había disfrutado un poco al escuchar al marqués chillar al meterse en la cama, al parecer los cardos que le había puesto en el colchón le habían pinchado su aristocrático trasero, pero luego volvió la decepción porque no fue a echárselo en cara. Sentada en el asiento de la ventana miraba al exterior pensando en qué hacer, cuando Lucy entró en su habitación. —Milady… —Corrió hacia ella. —Milady, me he enterado de algo.

—¿De qué?

—El hijo del marqués de Essington acaba de llegar, y es soltero.

—¿Y?

—Es muy apuesto, milady. Mucho. Pero que mucho, mucho.

Sonrió, no pudo evitarlo. —Debe ser una maravilla para la vista.

—Y que lo diga. ¿He dicho que es soltero? Y muy rico. —Entrecerró los ojos. —Estaría a la par con nuestro marqués.

Miró hacia la ventana. —¿De veras? —preguntó sin ningún interés.

—Si su padre le permitiera casarse con usted…

—No, no se lo permitiría, depende de él hasta que su padre muera y pueda decidir por sí mismo.

—¿Entonces no le interesa?

—No, gracias. —Suspiró mirándola. —Si por un milagro me aceptara, ¿crees por un momento que me gustaría emparentar con lady Belinda y ver su dichoso matrimonio con Phinneas? No, no me interesa en absoluto.

La doncella bufó. —Entonces sigo con el plan. —Fue hasta la puerta de comunicación y pegó la oreja.

Se levantó del asiento de la ventana. —¿Qué haces?

—Shusss… Tengo que averiguar si el valet del marqués está dentro —susurró.

—¿Tu Will? ¿Para qué?

Sacó una botellita del bolsillo del mandil. —Unas gotas en la botella de coñac que tiene en la habitación y listo. Siempre le gusta tomarse uno antes de la cena mientras se viste.

—¿Unas gotas de qué? —Fue hasta ella y le cogió la botella. —¿Más láudano?

—Es para que no se entere de cuando salimos de la habitación, que tiene el oído muy fino.

—Si se lo echas en la botella antes de la cena, se dormirá sobre el plato.

—Es que después es más difícil.

—Llamaría muchísimo la atención después de lo que ocurrió ayer con lord Peter.

Lucy entrecerró los ojos. —Tiene razón. ¿Entonces que hacemos?

Se escuchó un estruendo en el piso de abajo que las sobresaltó. Con la mano en el pecho dijo —¿Qué ha sido eso?

—No lo sé, milady.

Fueron a toda prisa hacia la puerta y cuando llegaron al pasillo vieron correr a los sirvientes en el piso de abajo. —¿Qué ha pasado? —preguntó Lucy a un lacayo que pasaba.

—¡Algo ha ocurrido en la cocina! ¡Ven a ayudar!

—¿Hay heridos?

—Sí, milady.

Corrió escaleras abajo al lado de Lucy y cuando pasaron el comedor que ya estaba preparado para la cena llegaron hasta la puerta que daba a las cocinas. El humo era espeso y al pasar a la estancia principal vieron el fuego en la cocina de carbón, pero ya se había extendido al vajillero de madera que había a unos metros. Las llamas eran altísimas y todos tiraban agua intentando que no quemara las vigas del techo. Annaliese vio a una joven en una esquina sentada en el suelo sangrando por un brazo y corrió hacia ella. —¿Estás bien?

—Sí, milady, solo me he herido en el brazo.

Tenía un buen corte en la parte de arriba del antebrazo. —Sangras mucho. —Miró a su alrededor, pero no encontraba un trapo. Se levantó la falda y se rasgó el bajo del faldón.

—¡No, milady!

—Shusss. —Rodeó su brazo con la tela varias veces y sonrió. —Supongo que tendrá que valer hasta que llegue el doctor. —La cogió por el otro brazo. —Ven, salgamos de aquí, hay mucho humo. —La ayudó a salir cogiéndola por la cintura porque estaba algo débil seguramente de los nervios. La llevó hasta el hall y allí se encontró a su madre. —Sujétala, voy a por una silla.

Shirley la cogió por la cintura mientras ella corría hasta el comedor para coger una de las sillas. Cuando la hubo sentado se agachó ante ella. —¿Qué ha pasado?

La miró arrepentida. —Me equivoqué, milady. Estaba en la cocina calentando el brandy para la salsa de la carne y tapé la olla cuando la cocinera me ha dicho mil veces que no la tape. Se calentó la olla y de repente explotó, la tapa salió disparada cortándome el brazo. —Sollozó. —No puedo perder este trabajo, por aquí no hay casi empleo.

—No te preocupes por eso, ha sido un accidente. —Acarició su hombro y Hudson se acercó en ese momento. —Envíe a por el médico.

—Ya ha ido un lacayo, milady. ¿Estás bien, Rose?

—Sí, puedo trabajar si quieren —dijo angustiada.

—No es necesario.

—¡Pero qué diablos ocurre en esta casa últimamente! —gritó Phinneas desde la cocina.

La chica gimió mientras los invitados estaban en distintos puntos del hall intentando enterarse de lo que ocurría. Shirley dijo —Está furioso.

No le extrañaba, entre lo de la bañera, la inundación y eso, no era como para estar contento. Phinneas apareció en el hall. —¡Hudson!

—¿Sí, marqués?

—Quiero saber que ha ocurrido. ¡Y lo quiero saber ya!

Annaliese se agachó al lado de Rose y susurró —No tapaste la olla.

—¿Qué?

—¿Quieres conservar el trabajo? Tú no tapaste la olla, te cortaste con un cuchillo que salió volando.

Rose entrecerró los ojos y entonces Hudson dijo al servicio —Todos a la cocina, hay mucho que limpiar.

Los invitados murmuraron y Annaliese miró hacia donde estaban para ver que Belinda no dejaba de cuchichear con un hombre rubio que estaba de espaldas a ella. Por la cara que ponía esa bruja, era evidente que consideraba que el servicio no era eficiente.

—Milady, me descubrirán. Encontrarán la tapa manchada de sangre. —Rose se echó a llorar.

—Madre quédate con ella. —Fue hacia la cocina y al ver a todo el servicio hablando con el mayordomo, estiró el cuello para buscar a Lucy que de inmediato se acercó. La cogió del brazo y la sacó de la cocina. —Tienes que encontrar la tapa con la que Rose ha tapado la olla.

—¿La olla? ¿La que explosionó?

—Esa. Tiene que estar por algún sitio y tiene sangre, eso la delataría.

Lucy entrecerró los ojos. —¿Fue culpa suya? La cocinera no deja de decir que algo malo ha debido hacer. La olla se ha partido en dos y dice que eso no es normal. Que nunca ha visto algo igual.

—Al parecer echó alcohol a calentar y tapó la olla. No sé lo que ocurrió después.

—Está bien, pero necesito una distracción para llevármela.

—De acuerdo, dame un minuto. Entra.

Lucy no se demoró en cumplir su encargo. ¿Y ahora qué hacía? Se mordió el labio inferior.

En ese momento se abrió la puerta del comedor y el marqués entró en el pasillo que llevaba a las cocinas. Al verla se detuvo en seco. —¿Qué haces aquí?

—Iba a coger un vaso de agua.

—Tienes agua en el mueble bar.

—Sí, claro, qué tonta… —Pasó a su lado y de repente gritó con todas sus fuerzas sobresaltándole antes de gritarle a la cara, llevarse una mano a la frente y haciendo que se desmayaba se dejó caer en sus brazos.

El servicio llegó corriendo. —¿Qué ocurre, milord? —preguntó Hudson.

—Pues no tengo ni idea, de repente se puso a gritar.

—Milord, ¿a ver si la ha mordido una rata?

—¿Pero qué dice, hombre?

El mayordomo se sonrojó con fuerza. —Desgraciadamente no es la primera vez que ocurre, milord.

—¡Joder!

Hudson empujó la puerta para que pasaran y Shirley chilló al verla en sus brazos. Les siguió. —¿Qué le ocurre a mi hija?

—No lo sé, señora. ¡Hudson, el médico!

—Tiene que estar cerca, milord.

Varios de los invitados que ya estaban en el salón con sus copas en la mano salieron a la puerta para verles subir las escaleras. —¿Todo bien? —preguntó Peter.

—Sí, tranquilos, bajo enseguida. Demasiado estrés estos últimos días.

Peter les observó subir y detrás de él iban aquellas mujeres vestidas de negro incluida la marquesa. Belinda se acercó y mirando a su prometido dijo —Esa mujer es como su padre…

—¿Qué quieres decir?

—¿No es evidente? Intenta robarme a mi prometido.

—Por Dios, Belinda, tu compromiso ya no hay quien lo rompa.

Ella soltó una risita. —Por eso esa mujer es tan patética, pero qué podíamos esperar de la hija de un ladrón.

Christine que estaba saliendo de la biblioteca miró a Belinda con rencor antes de subir las escaleras y entrecerró los ojos por la risa de esa estúpida. Cuando llegó a la habitación de Annaliese todas la rodearon. El marqués estaba tumbándola en la cama y la marquesa decía —¿Dónde está su doncella?

Phinneas levantó sus faldas haciéndolas jadear y sin importarle que estuvieran escandalizadas empezó a revisar sus piernas. —No veo nada.

—¿Pero qué busca? —gritó su madre.

—¡No lo sé, señora! Hudson ha dicho que igual la ha mordido una rata.

—¿Una qué? —preguntó histérica antes de desmayarse de la impresión y asombrados miraron hacia ella.

Christine se arrodilló a su lado. —Duquesa, las sales.

—Están en mi habitación, sobre el tocador.

Salió corriendo y Annaliese con los ojos cerrados gimió por dentro porque la había hecho buena. ¿Y ahora qué inventaba? Se

negaba a decir que había visto una rata, no era tan impresionable como para desmayarse por eso. ¡Ya lo tenía! Gimió llevándose la mano al vientre y se abrazó girándose sobre la cama.

—¿Annaliese?

Abrió los ojos. —Me duele mucho.

—Oh, Dios… —dijo la duquesa—. ¡Qué venga un médico ya!

Alguien la cogió de los brazos poniéndola boca arriba y era el marqués. Gimoteó. —Me duele.

—¿Dónde? ¿Dónde te duele?

Se tocó el vientre. —Aquí.

Escuchó gemir a su madre y levantó la cabeza, Christine la estaba ayudando. —¿Qué ocurre?

Lucy llegó en ese momento. —Milady, ¿está bien? —Corrió hacia ella. —¿Qué le ha pasado?

—Me duele —dijo quejumbrosa.

El duque le puso la mano sobre la frente. —Está caliente. —Apretó los labios. —Ayuda a milady a desvestirse —dijo muy serio—. Iré a ver si ha llegado ya el…

Llamaron a la puerta y él gritó —¡Adelante!

Hudson entró en la habitación. —Marqués el doctor va a tardar, ha ido a casa del señor Plimbut, al parecer le ha dado un ataque y según la esposa del doctor Pratt es algo grave. Al parecer tendrá que operarle la pierna, se le volcó el carro y se le cayó encima, puede que la pierda.

—Joder… —Se volvió hacia Christine. —Lady Roberts, ¿sería tan amable de curar a la ayudante de cocina? Sigue sangrando y al parecer el corte es muy feo.

—Sí, por supuesto. Iré a por mi maletín.

—Gracias.

La duquesa se apretó las manos muy nerviosa. —¿Y la niña? Le duele mucho.

—Bueno, ahora ya no me duele tanto. —Gimió. —Solo un poquito.

—Tiene que haberte dolido terriblemente —dijo él—. Gritabas de manera desgarrada.

—Ah, ¿sí?

—Hudson, que alguien vaya de nuevo en busca del doctor y que le diga que venga en cuanto pueda.

—Sí, milord.

Se volvió hacia ella que le observaba desde la cama. Gimió de nuevo. —Me encuentro mejor.

—No lo creo, pero te revisará igualmente. —Fue hasta la puerta. —Voy a atender a mis invitados.

—Sí, hijo, no te preocupes que ya me encargo yo de Annaliese, te avisaré con las novedades.

—Sí, hazlo.

En cuanto salió de la habitación Annaliese se sentó de golpe sobresaltando a su madre que estaba algo pálida. —¿Estás bien? —preguntaron a la vez.

—Sí, madre, estoy bien, tuve que fingir para que Lucy salvara a Rose.

—¿A quién?

—Déjalo, estoy bien. ¿Y tú?

—No es nada. Ya sabes que me desmayo al menos una vez al año, estos corsés son insoportables.

—Siempre te desmayas cuando te pones nerviosa, igual deberíamos consultarlo con el médico. —Preocupada por ella la abrazó con fuerza. —No puedo perderte.

Shirley sonrió emocionada. —No me vas a perder. —Acarició su espalda. —¿De veras estás bien?

—Siento haberte asustado.

La duquesa suspiró del alivio. —Menos mal que no te ha pasado nada, creí que te habías hecho daño en la cocina con ese

incendio.

Todas miraron a la marquesa. —Yo no tengo nada que ver, os lo juro. Ha sido una casualidad.

—Rose lo hizo sin querer.

Guillermina sonrió. —No pasa nada, es buena chica, no voy a echarla por eso.

Suspiró del alivio. —Bien, pues asunto solucionado. —Sacó los pies de la cama.

—¡No! —dijeron todas deteniéndola en seco. Las miró sin entender.

—No puedes salir de la cama, va a venir el médico —dijo Mary Beth.

—¿Y qué le digo? ¿Que ya no me duele?

—No bonita, tú a mentir como una bellaca —dijo su madre—. Que el marqués tiene mucho interés porque te pongas bien.

Entrecerró los ojos. —Sí, ¿verdad?

—Así que a seguir fingiendo que es una baza que no podemos descartar.

El doctor salió de la habitación y preocupado se pasó la mano por la espesa barba.

—¿Y bien? —preguntó el marqués rodeado de Christine, Mary Beth y su madre.

—Un caso complicado, marqués, muy complicado.

Se tensó. —¿Qué quiere decir?

—Tendré que operar, tiene una inflamación en el apéndice que hay que atajar cuanto antes.

—¿Qué? —gritaron las mujeres sobresaltándole.

—Es un caso de vida o muerte, no puedo mentirles, será complicado que salga adelante.

Asombradas se miraron la una a la otra antes de correr dentro de la habitación dejando al hombre con la palabra en la boca.

El marqués apretó los labios. —¿Tan grave es? Su grito fue desgarrador y es una mujer que aguanta muy bien el dolor.

—Es que le duele mucho, milord. Debemos hacer algo cuanto antes.

—¿Cuántas veces ha realizado esa operación?

—Dos veces.

—¿Y sobrevivieron?

—Siento decir que no, milord. La infección posterior acabó con ellos.

Phinneas se llevó las manos a la cabeza. —¿Y si la llevamos a Londres?

—No creo que lleguen a tiempo. El dolor irá a más y el mal llegará al intestino. Ahí no sobrevivirá. Le estamos dando una oportunidad.

La puerta se abrió de golpe y Annaliese en camisón miró al médico furiosa. —¿Pero a usted qué le pasa?

Parpadeó sorprendido. —¿Perdón?

—¡Si piensa que me va a abrir para revolver en mis entrañas está muy equivocado! ¡Largo de aquí, matasanos! —Cerró de un portazo y el médico miró al marqués con los ojos como platos.

Phinneas carraspeó. —Está algo alterada, espere un momento que hablaré con ella.

El doctor iba a decir algo, pero el marqués entró en la habitación sin llamar. Annaliese se volvió. —¿Pero estás loca, mujer? —gritó cerrando de un portazo—. ¡Vas a hacer caso al doctor!

Jadeó. —¡No!

—¿Cómo que no? Si no te operas, morirás, ¿quieres eso?

—¡Estoy bien! Ya no me duele nada.

—Estás mintiendo, lo dices para no operarte.

Bufó frustrada cruzándose de brazos. —No voy a dejar que me abra, así que no malgastes saliva.

El marqués asombrado miró a su madre. —Diga algo.

—Yo estaré de acuerdo con lo que decida mi hija.

—¿Incluso a costa de su vida?

Shirley la miró preocupada. —Hija…

—Madre, estoy bien, no te mentiría en algo así.

—Bien. Ya lo ha oído, marqués. ¡Y por cierto, deje de entrar en la habitación de mi hija como si tuviera derecho! ¡Puede que sea su casa, pero si no guarda las formas nos veremos obligadas a irnos!

—Oh, no Shirley —dijo Guillermina preocupada—. No podéis iros, me alegra mucho teneros aquí y me llevaría un disgusto.

Todas las mujeres miraron al marqués que era evidente que tenía la última palabra sobre su permanencia en aquella casa. Él gruñó antes de salir de la habitación sin decir ni pío.

Sonrió antes de volverse hacia sus amigas y Lucy dijo —Muy bien, milady.

—¡Hudson!

Miró hacia la puerta, pero no se escuchó nada más.

—Está furioso —dijo Guillermina con desconfianza—. Mi hijo es algo cabezota y se ha rendido demasiado fácilmente.

—¿Eso crees? —preguntó la duquesa.

—Dróguela, haga lo que quiera, pero opérela y sálvele la vida —ordenó el marqués enfadadísimo.

Sin aliento miró hacia la puerta y en ese momento se abrió. El doctor y varios lacayos entraron en la habitación. Annaliese dio un paso atrás. —¡No! —La agarraron de los brazos y gritó —¡No! —La levantaron en volandas y las mujeres corrieron hacia ella.

—¡Detenedlas!

—¡No, no, suelten a mi hija!

Annaliese cayó sobre la cama agarrada por las piernas y los brazos. —¡Soltadme! —Vio como dos lacayos sacaban a su madre a rastras de su habitación. —¡No, dejadla!

—Tranquila, milady, es éter, no sentirá nada.

De repente vio un paño que se acercaba a su rostro y volvió la cara intentando impedir que la drogaran. Muerta de miedo gritó cuando le taparon la boca, pero un sopor tomó posesión de su cuerpo y fue perdiendo las fuerzas poco a poco hasta que todo se volvió negro.

El dolor la despertó y gimió abriendo los ojos. —Oh, mi niña. —Su madre agarró su mano. —Mami está aquí, mi cielo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó agotada y sintiendo mucho calor—. Me duele.

—Ese carnicero te ha operado. —Sollozó. —Por no llevarle la contraria al marqués te ha operado. —Se acercó aún más. —Al abrir se dio cuenta de que estabas sana y no cortó nada. El marqués le echó de la casa a golpes y ha mandado venir a su médico personal de Londres porque tienes fiebre. Resiste, cielo, en cuanto llegue te dará lo que necesitas para ponerte bien. —Angustiada besó su mano. —Todo irá bien, mi niña.

Alguien lloró en alguna parte de la habitación y Annaliese volvió su rostro para ver a Mary Beth sentada en una silla. Parecía demacrada. —¿Estás enferma? Haz que te revise el doctor. —Sus ojos se cerraron de nuevo. —Estoy muy cansada.

—Cielo, bebe un poco de agua. —Acercaron un vaso a su boca y ella bebió con ganas antes de apartar los labios. Alguien limpió su barbilla con cuidado, pero no se enteró porque se había quedado dormida.

Christine en la ventana vio como los invitados se acercaban montando a caballo. —Vuelven de la cacería. —Phinneas y Belinda se acercaban hablando. Ella iba realmente hermosa con su falda

negra, su chaqueta roja de terciopelo y su sombrerito de copa con una redecilla que tapaba parte de su cabello rubio. Apretó los labios con rabia. —Esa zorra…

La marquesa se puso a su lado y suspiró. —Disimula ante él, pero cuando mi hijo no está, muestra su verdadero carácter y ataca a Annaliese sin piedad llamándola de todo. Dos personas del servicio se lo han dicho a mi doncella y esta que me tiene mucha confianza me lo ha contado.

—En cuanto mi hija se reponga nos iremos de aquí —dijo Shirley firmemente.

La duquesa asintió. —Sí, creo que ya es hora de abandonar la casa. Él no dará su brazo a torcer respecto a su compromiso, pero aunque fuera así ya no creo que sea la persona adecuada para ser el esposo de la niña.

—No sabéis cómo lo siento.

—Ya es bastante malo este compromiso —dijo la duquesa—. Pero lo que ha hecho es imperdonable. No respetó su decisión. —Indignada se levantó. —Es inaudito, mi esposo hubiera tomado en cuenta mi negativa.

—Mi marido también lo hubiera tomado en cuenta, no puedo negarlo —dijo Guillermina—. De hecho, lo hizo.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando iba a dar a luz a mi hijo, el doctor me dijo que seguramente no sería capaz, llevaba dos días con dolores y ya estaba agotada. El médico le dijo a mi marido que debía abrir mi vientre para que sobreviviera el bebé, pero que yo seguramente perdería la vida. Que si seguíamos adelante podía morir el bebé y probablemente yo también, eso sin contar que no podríamos tener más, porque por todo lo que sangraba algo no iba bien en mí. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Y mi Phinneas me preguntó qué quería hacer y yo le respondí que no íbamos a morir ninguno de los dos. Que sería capaz de traerlo al mundo yo misma y a pesar de la posibilidad de perder a su hijo aceptó mi decisión. Una hora después tenía a mi bebé en brazos. —Pensativa miró a su hijo. —La mayor

alegría que tuve nunca porque el doctor tenía razón en una cosa, no pude tener más hijos. No puedo creer todavía que utilizara al servicio para echarme de la habitación.

Su hijo miró hacia arriba y sus ojos se encontraron. Phinneas apretó los labios porque su madre no le hablaba desde hacía tres días.

Belinda miró hacia allí y sonrió con cinismo. —Esa habitación debe ser muy divertida.

—No tiene que serlo. Como el doctor no llegue pronto tendremos que celebrar un funeral, así que deja de bromear con eso.

Belinda perdió la sonrisa de golpe. —Solo constataba un hecho.

Él la fulminó con la mirada y su prometida se envaró. —Yo no tengo la culpa de que te excedieras en tus funciones de anfitrión, querido, no se te ocurra pagar tu mal humor conmigo.

—No lo hago, si te expresara mi mal humor ya te hubiera echado de aquí por burlarte de mi madre. —Belinda palideció y negó con la cabeza. —¿Me lo niegas? Recuerda que varios de los invitados son mis amigos.

—Peter —siseó.

—Esas burlas continuas llamando cuervo a las mujeres que respetan el duelo, me da que pensar que en caso de que a mí me pasara algo, respetarías muy poco a tu marido muerto. —Volvió las riendas de su caballo para quedar casi pegado al suyo. —Como vuelva a ver en el futuro una actitud similar, cancelaré el compromiso. Compórtate como la marquesa que vas a ser.

—Lo que te pasa es que estás buscando una excusa para quedarte con esa zorra que finge en la cama solo para ganar tu compasión —dijo con rabia—. Es tu amante, reconócelo, por eso está durmiendo en la habitación de la marquesa.

—No estamos casados, no tengo que darte ningún tipo de explicación, pero lo voy a hacer para que te quedes tranquila. Esa

zorra como tú la llamas, fue a parar a esa habitación por una casualidad y no he hecho que la cambien porque ya sería su segundo cambio de alcoba y mi madre me pidió que no la trastornara más, debido a que su estancia sería breve. Las habitaciones que no son de la familia suelen estar cerradas normalmente y cuando hubo que cambiarla de habitación no había otra preparada para recibirla. Y no, si quieres saberlo no he compartido lecho con ella.

—Te importa demasiado —dijo con rabia.

—Como me importa cualquier invitado en mi casa.

—¡Mientes!

—Mirad, están discutiendo —dijo Christine.

Todas corrieron a la ventana para ver la acalorada discusión que tenían los novios. Él dijo algo firmemente y Belinda volvió su caballo para salir a galope hacia el establo. Phinneas miró hacia la ventana y todas se apartaron de golpe. Christine susurró —¿Creéis que nos ha visto?

—No, claro que no, hemos sido muy rápidas —dijo Mary Beth pegada a la pared. Estiró el cuello y vio como el marqués se alejaba sobre su caballo—. Me parece que tu hijo empieza a darse cuenta de cómo es su prometida.

—Pues espero que sí, porque aunque no estuviera Annaliese no me gustaría de nuera. Sus comentarios solo demuestran que no es buena persona. —Se volvió hacia su protegida y vio como su madre no soltaba su mano. —No puedo creer lo que ha hecho mi hijo.

Christine se acercó a ella y susurró —Marquesa, he pensado mucho en ello y creo que actuó por pánico a perderla.

Entrecerró los ojos. —¿Eso crees?

—Piénselo bien, su interés ha quedado patente desde que la conoció y Lucy esta mañana me ha dicho algo que es una señal inequívoca de su interés.

—¿Qué te ha contado? —preguntó impaciente.

—Sabe que esa doncella se queda cada noche con ella para que su madre pueda descansar.

—Sí, por orden mía.

—Pues esta noche salió de la habitación unos minutos para ir a buscar agua, cuando regresó el cabello de Annaliese no estaba colocado igual que cuando se fue.

—Pudo haberse movido.

—No, ella estaba en la misma posición, pero su cabello había sido colocado sobre las almohadas como si alguien quisiera evitar que le diera calor. Y cuando la doncella miró hacia la puerta de comunicación, se dio cuenta de que no estaba cerrada del todo, había una pequeña rendija.

La marquesa separó los labios de la impresión y se llevó la mano al pecho. —¿Qué está haciendo este hijo mío?

—No lo sé, pero ha empeorado mucho las cosas. Shirley y la duquesa ahora se niegan en redondo a esta relación.

Se apretó las manos. —Tenemos que hacer algo.

—Yo solo encuentro una solución.

—Dímela, por favor, estoy deseando oírla.

Miró de reojo a la condesa. —Si sobrevive y ruego a Dios para que así sea, debemos hacer que su convalecencia sea lo más larga posible, así que hable con el doctor para que estén juntos más tiempo. Ahora no tenemos que retener en la finca a su hijo, sino que debemos evitar que nos vayamos de aquí.

Guillermina entrecerró los ojos. —Déjalo de mi mano, no será difícil convencer al doctor Martinson de mis deseos.

Christine asintió e iba a alejarse cuando la marquesa la cogió del antebrazo. —¿Por qué me ayuda, milady? Sé que quiere Annaliese, eso es evidente, ¿por qué me ayuda cuando es más que patente que mi hijo no ha actuado bien?

Sonrió con tristeza. —En el pasado perdí al amor de mi vida, la oportunidad de ser feliz, no pienso consentir que ocurra lo mismo. Ella le ama, lo sé, no está acostumbrada a mostrar su amor porque

sus padres la defraudaron desde su más tierna infancia, pero he visto como le mira, he visto como sus ojos brillan cuando él está cerca, no pienso dejar que todo lo que hemos hecho para que se unan no lleve a ningún sitio. Su situación no ha cambiado, necesita un buen matrimonio y ya ha entregado su corazón. Ya no hay marcha atrás, así que pienso hacer lo que sea para que tu hijo cancele el matrimonio con esa zorra sibilina y que mi niña sea feliz.

La marquesa asintió. —Pues tienes una aliada. —Ambas se volvieron hacia la cama. —Aunque los enemigos a esta unión han aumentado, pienso luchar por la felicidad de mi hijo.

# Capítulo 7

Llamaron a la puerta y el marqués impaciente se levantó de detrás de su escritorio. —Adelante.

El mayordomo abrió la puerta. —El doctor Martinson, milord.

—Que pase.

Su doctor de confianza en Londres entró en el despacho. —Milord… —Inclinó la cabeza.

—Vamos hombre, dígame cómo está mi invitada.

Él apretó los labios. —Tiene fiebre muy alta, milord. Su herida puede envenenar su sangre.

—¿Qué se puede hacer?

—Le he dado quinina para bajar la fiebre y le he aplicado una cataplasma en la herida de miel, ajo y esencia del árbol del té, que es efectiva contra las infecciones. Pero han pasado varios días desde su operación y no sé los daños internos que milady puede tener, milord.

Él tensó las mandíbulas. —¿Tiene posibilidades?

—Marqués, tendremos que esperar.

—¿Las tiene? —exigió saber.

El doctor suspiró agachando la mirada. —No creo que milady sobreviva a esta noche, milord.

Se volvió yendo hacia la ventana intentando no mostrar lo que estaba pensando. Mirando sin ver el jardín donde estaban sus invitados apretó los puños con fuerza antes de decir —Haga lo que sea por ella, doctor.

—Le aseguro que así será. Si me disculpa, volveré con mi paciente para aplicarle paños fríos.

—Gracias.

—Es un placer, le informaré con cualquier novedad.

—Hágalo.

Salió de su despacho y Phinneas vio como su prometida reía con la esposa de uno de los invitados mientras jugaban al criquet.

La puerta se abrió de nuevo y se volvió para ver que era su madre que no le había hablado en días. —Madre, ¿deseabas algo?

Tensa dijo con la cabeza muy alta —Estoy muy disgustada.

—Eso ya lo sé, madre. Y te aseguro que si hubiera sabido lo que iba a pasar no hubiera ocurrido, pero ya no puedo hacer nada para enmendar mis errores.

—Sí que puedes.

Dio un paso hacia ella. —¿Qué quieres decir?

—Has obviado los deseos de mis invitadas y has actuado como un déspota cuando su madre se negaba y era la persona responsable de decidir la operación de su hija. Te has excedido de todas las maneras posibles y debes reparar el daño.

—¿Y qué sugieres?

—La condesa ha quedado desamparada, no tiene rentas que las mantengan, depende de la generosidad de la duquesa.

—Lo sé, madre.

—La casa del antiguo rector está vacía, solo necesita una reforma me lo ha dicho el administrador, tiene tierras que podrían arrendar y podrían llevar una vida medianamente cómoda con dos personas de servicio. Eso les daría independencia y Annaliese no se vería abocada a un desastroso matrimonio por precipitarse con su elección para salir de la miseria.

Enderezó la espalda. —¿Matrimonio?

—Es una mujer hermosa en edad casadera. Es el único recurso que le queda para un buen matrimonio, hijo, no me digas

que no lo habías pensado.

—Está de luto, madre. No, no había pensado en que estuviera buscando marido.

—Y no lo está buscando, de momento, pero es algo que tendrá que llegar más pronto que tarde dadas sus circunstancias. La duquesa me ha dicho que el conde de Notford mostraba interés antes del fallecimiento de su padre, pero está segura de que se habrá retirado debido a las circunstancias de su muerte. Habrá huido en dirección contraria, pero no dudo que en el futuro habrá otro hombre que muestre interés en ella. —Caminó por la habitación. —De hecho, había pensado que el hijo de lord Presley sería perfecto para ella.

—¿Collin?

—Vive aquí cerca y su negocio de telas sube como la espuma. Además, es muy atractivo y educado, se llevarán bien. —Su hijo apretó los labios. —¿Y bien?

—¿Y bien qué, madre?

—¿Les darás la finca?

—Igual la duquesa no está de acuerdo, puede que piense que las estoy despreciando al ofrecerles la simple casa de un rector.

Frunció el ceño. —¿Eso piensas? Ahora no tienen nada.

—Déjame pensarlo, madre. —Rodeó el escritorio. —Discúlpame, pero tengo cosas que hacer y cartas que responder.

—Hijo…

Con unos papeles en la mano la miró.

—Espero que esa actitud que vi hace cuatro días no vuelva a darse nunca más y lo digo por tu bien. Dentro de unos meses te casarás y por el bien de tu matrimonio te aconsejo que jamás fuerces a tu mujer a hacer algo que no quiere, porque eso solo sembrará rencores difíciles de sortear. Piénsalo también porque en un matrimonio no hay marqués que valga. Debéis ser solo uno. Creía que tu padre te había dado buen ejemplo.

Se molestó. —Padre fue el mejor ejemplo que podía tener, madre.

—¡Pues al menos discúlpate! —gritó ella mostrando lo disgustaba que estaba antes de salir dando un portazo.

Era bien entrada la noche y los invitados ya se habían ido a la cama hacía horas. Lucy cosiendo uno de sus desgastados calzones dio una puntada iluminada por la luz de la lámpara de aceite que había sobre la mesilla de noche. Miró distraída a milady y al ver al marqués observándola al lado de la cama se levantó de golpe. —Lo siento, milord, no le había visto.

Él no contestó observando a Annaliese.

Dejó los calzones sobre la silla y se acercó. —Está algo mejor, ¿sabe?

La miró sorprendido. —¿De veras?

—Ya no suda tanto, lo que le ha hecho el doctor parece que funciona. —Vio el alivio en su rostro. —Es una gran noticia.

—El doctor no me ha dicho nada.

—Aún teme por la vida de milady, supongo que no ha querido darle esperanzas en vano, aún hay que esperar. —Pensó en lo que iba a hacer, la presencia de su señor allí solo le confirmó que era lo correcto. —¿Le importaría quedarse con ella unos minutos? Aún no he cenado y los demás se habrán acostado, si usted la vigila…

—Ve, yo me quedaré con ella.

Sonrió internamente y dijo —Volveré lo antes posible, milord. —Hizo una reverencia antes de ir a toda prisa hacia la puerta.

—No te apures, no hay prisa.

—Gracias, milord. —En cuanto cerró la puerta sonrió. —Esa rubita no tiene nada que hacer. —Corrió hasta la habitación de Christine intentando no hacer ruido y llamó suavemente. La puerta

se abrió de golpe y allí la tenía aún vestida con su sempiterno vestido gris. —Están con ella y tengo coartada.

—Bien, vamos.

Ambas caminaron por el pasillo hasta la habitación de lady Belinda y Lucy llamó a la puerta suavemente. Nada, no hubo respuesta. Abrió lentamente y la vieron espatarrada en la cama con la boca abierta roncando de manera muy poco femenina.

Se había quedado totalmente grogui con el láudano que Rose le había echado en la leche antes de dormir. Entraron en la habitación y cada una caminó a un lado de la cama como lo habían ensayado. Lucy le dio palmaditas en el rostro. —¿Milady?

Christine sonrió maliciosa. —Totalmente fuera de combate.

Lucy se subió a la cama y la cogió por los brazos elevándola. Christine la cogió por las piernas para acercarla al borde sentándola antes de ponerse de espaldas. La doncella rodeó su cuello con los brazos de Belinda y su cómplice los agarró. —Lista. —Se levantó con esfuerzo y Lucy saltó de la cama para coger las piernas de la prometida de su señor. Salieron por la puerta abierta y Rose en la escalera de servicio les hizo un gesto para que continuaran, lo que indicaba que no había nadie cerca. Llegaron a la puerta de Peter y Rose al darse cuenta de que ambas tenían las manos ocupadas corrió hacia ellas para abrirla. —Haz la cama de lady Belinda —dijo Lucy en voz baja.

Asintió y corrió hacia la habitación mientras ellas entraban en la alcoba de Peter que se había quedado dormido sentado en la cama con un libro sobre el vientre. Entre las dos rodearon la cama y cuando iban a tirar su carga al lado del lord, este gruñó. Se detuvieron en seco reteniendo el aliento, pero al cabo de unos segundos se dieron cuenta de que no se movería, así que Lucy dejó caer los pies de Belinda sobre el colchón mientras Christine se sentaba en la cama muy lentamente haciendo que se tumbara al lado de su nuevo prometido. Ambas sonrieron mirándoles, pero entonces las dos fruncieron el ceño porque él aún estaba vestido y

ella con el camisón puesto. Se miraron y Lucy susurró —¿Y ahora qué hacemos?

—¿Qué vamos a hacer? Desvestirlos.

Gimió. —¿En serio, milady?

—Oye, hay que terminar el trabajo.

—Estoy casada.

—Estupendo, así lo que veas no te va a asustar.

—¿Y usted?

La miró sin entender.

—¿Se va a asustar?

Christine se sonrojó. —No seas cotilla, niña.

Soltó una risita. —Ya veo…

—Vamos, vamos.

Entre las dos empezaron a quitarle el camisón a Belinda y cuando se lo sacaron por la cabeza lo dejaron tirado en el suelo al lado de la cama. Ahora venía lo más difícil porque Peter tenía camisa y pantalones, para desvestirlo del todo iban a tener que moverle mucho.

—Quitémosle solo el pantalón. Mi marido es lo único que se quita cuando, ya sabe.

Christine asintió y fue hasta sus piernas. Le cogió por los tobillos y tiró de él lentamente tumbándolo en la cama, mientras Lucy cogía su libro con cuidado para dejarlo sobre la mesilla de noche. Lucy le desabrochó el pantalón y miró a Christine que empezó a tirar de sus perneras. Para sorpresa de ambas no llevaba ropa interior y su sexo estaba semirrígido. Se miraron y Christine dijo —Anda, que menudo favor le estamos haciendo a la rubia.

Lucy reprimió la risa y su cómplice tiró de los pantalones hasta sacárselos del todo.

Suspiraron del alivio cuando terminaron el trabajo y se volvieron, pero antes de salir Lucy se detuvo en seco.

—Vamos, no te detengas.

—Tenemos que hacerlo bien, milady, no pueden quedar dudas.

—No creo que nadie tenga dudas viendo eso.

Lucy miró hacia la cama y sí que parecía que habían tenido relaciones. —Pero no hay sangre.

Christine frunció el ceño porque era cierto. —¿Y si Phinneas ya la ha tocado?

—Esa bruja es muy lista, no se dejaría tocar hasta el día de la boda.

Lo pensó bien y se dio cuenta de que tenía razón. Para alguien como Belinda la virginidad era una moneda de cambio. Christine se acercó al escritorio y cogió el abrecartas para clavárselo en la palma de la mano sin pensarlo mucho. La cerró en un puño y se acercó a la cama para llegar a los muslos de Belinda. Unas gotas cayeron sobre ellos. Lucy susurró —Ahora él.

Estiró la mano y una gota cayó sobre la colcha antes de caer sobre su miembro dos gotas más. —Frótaselas.

Lucy la miró con los ojos como platos. —¿Cómo?

—No pueden secarse así.

—Yo no toco eso.

—Shusss…

Christine gruñó antes de rodear la cama, pero antes de que pudiera tocarle Belinda se volvió poniendo su pierna sobre el miembro y él suspiró poniendo una mano sobre su muslo. Ambas sonrieron encantadas antes de ir hacia la puerta.

Rose suspiró del alivio al verlas. —¿Todo bien?

—Sí, puedes irte a la cama —dijo Lucy—. Tengo que volver a la habitación, el marqués está cuidando a lady Annaliese.

Christine sacándose un pañuelo de la manga se cubrió la mano antes de mirarla con sorpresa. —¿Cómo has dicho? ¿Es el marqués quien te ha dado la coartada?

—Fue a verla.

—Espera, espera… —Pensó en ello unos segundos. —Ahora cuando vuelvas le dices que has escuchado quejidos en la habitación de Peter, que igual está enfermo, pero que no te has atrevido a llamar.

—¿Y si piensa que está con una mujer? No va a ir, puede creer que es alguien del servicio, que Peter es un libertino.

—Déjame pensar.

Lucy entrecerró los ojos. —Al lado de la cocina están las campanillas de los llamadores. ¿Y si digo que sonó la de la habitación de lady Belinda, que cuando llegué allí no había nadie y que después escuché los ruidos y los gemidos…?

—Pero no exageres mucho, pregunta si llamas al doctor.

Sonrió alejándose y corrió por el pasillo. Abrió la puerta lentamente para no despertar a milady y vio como el marqués soltaba su mano levantándose de la cama. —¿Ya has cenado?

—No milord, apenas acababa de empezar y…

—Dime.

—Hubo una llamada de la habitación de su prometida. Para que no se levantara Sara fui yo, pero no está en su habitación, milord. Me preocupa.

—¿Cómo que no está en su habitación?

—El vestido que llevaba esta noche, esa hermosura rosa sí que estaba en la butaca, pero ella no. De hecho, la cama está sin deshacer.

Él se tensó antes de ir hacia la puerta y salir de la habitación de milady. Lucy le siguió a toda prisa. —Por cierto, milord, he oído que su amigo lord Peter gemía, ¿llamo al médico?

Gruñó acelerando el paso y fue directamente a la habitación de su amigo abriendo la puerta de golpe haciendo un ruido que despertaría a un muerto. Lucy jadeó tapándose la boca con la mano y Peter le miró medio dormido mientras el marqués con rabia decía mirando a su prometida —¿Cómo has podido? ¿Y tú te llamas mi amigo? ¡Te espero al amanecer en el bosque!

—¿Qué? —Miró a su lado y palideció. —No, no… —La empujó y Belinda cayó de la cama gritando de la sorpresa.

—¿Qué ocurre, marqués?

El padre de su prometida en camisón y con gorro de dormir apareció en la puerta. Lucy sonrió por dentro viendo como su hija se levantaba al otro lado de la cama con cara de no enterarse de nada.

—¡Por Dios, hija!

—¿Padre? ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? ¡Que eres una Jezabel como tu abuela!

—¡Oh, por Dios, cúbrete! —gritó Peter antes de mirar a su amigo—. Te juro que no la he tocado.

Todos miraron su entrepierna y él miró hacia allí para ver la sangre. Peter palideció. —Te juro por lo más sagrado que no recuerdo…

—Al amanecer en el bosque, no te retrases —dijo con rabia antes de salir.

Lucy se quedó de piedra y salió corriendo hasta la habitación de Christine. Abrió sin llamar y esta ya poniéndose el camisón dijo —Sí, ya he oído el alboroto. —Sonrió. —No podía haber salido mejor.

Preocupada se apretó las manos. —Le ha retado a duelo.

Christine parpadeó. —¿Qué has dicho?

—Va a matar a su mejor amigo por nuestra culpa, porque el marqués tiene mucha puntería. Pero mucha, mucha.

—Muy bien, tranquilidad. —Caminó de un lado a otro. —¿Qué podría distraer lo suficiente al marqués para que no acuda a la cita?

—Pues… que lady Annaliese se despierte y quiera verle, pero dudo que eso pase.

—Rayos. —Siguió caminando de un lado a otro mientras la doncella la observaba.

—¿Pero qué haces durmiendo, hermana? —gritó el hijo del marqués escandalizado—. ¡Sal de esa cama!

—¿Ves como no es culpa mía, Michael? ¡Seguro que se metió en mi habitación!

—¿Y cayó encima de ti? ¡Eres un libertino indecente, espero que el marqués te dé tu merecido!

—¡Pues a ver quién se casa con esta bruja entonces!

—¿Cómo te atreves?

Entonces se oyeron golpes como si se estuvieran peleando.

—Menudo escándalo están montando —dijo Lucy con los ojos como platos.

—Hay una enferma en la casa —escucharon que decía el marqués y estaba furioso—. Os calláis ahora mismo o vais a dormir en el establo, eso os lo juro por mis muertos.

—Tenemos que despertar a Annaliese.

—Está enferma.

Christine salió de la habitación y corrió hacia la de su protegida. Entró a toda prisa y allí estaba la duquesa. —Quería comprobar si la habían despertado.

—Hijo, ¿no pensarás en casarte con esa mujer? —dijo la marquesa escandalizada desde el pasillo.

—¡Madre, te aseguro que no pienso hacerlo! ¡Tendría que estar loco!

Los ojos de Annaliese se movieron ligeramente mientras varios de los invitados empezaron a gritar defendiendo a unos y a otros. El escándalo ya no podía pararse, se enteraría toda Inglaterra. El llanto de Belinda se oía en toda la casa. Annaliese abrió los ojos justo cuando su madre entraba en la habitación. —¿Mamá?

—¡Silencio! —gritó el marqués a lo lejos.

—Annaliese…

—Voy a avisar al doctor —dijo Lucy antes de salir corriendo. Cuando llegó al exterior gritó —¡Marqués, se ha despertado! ¡Que venga el doctor!

Shirley se sentó a su lado y la besó en la frente. —Mi niña…

—Me duele mucho el costado.

—Pero estás mejor.

—¿De veras?

El marqués llegó corriendo y se detuvo ante la puerta para ver con alivio que hablaba con su madre. La duquesa y Christine se miraron disimulando una sonrisa.

—El doctor te dará algo para que te duela menos. Un poco de láudano…

—No, láudano no —dijo Christine porque eso la dormiría de nuevo y necesitaba poder despertarla en unas horas—. Ya está tomando la quinina y no creo que sea bueno.

—Si Christine dice que no, es que no —dijo con esfuerzo. Gimió intentando ponerse más cómoda—. Me duele todo.

—Es normal, hija, llevas mucho tiempo en cama.

Acarició su mano, pero algo distrajo a Annaliese que vio a Phinneas en la puerta. —Marqués…

En ese momento llegó el doctor en bata y con el maletín en la mano. —Milady, qué alegría…

—¿De veras? —preguntó mirándole con desconfianza.

—Hija, este es el doctor Martinson, te ha salvado la vida.

—¿No me digas? —Era evidente que no se creía una palabra.

—Sí —dijo Christine—. Gracias a él te ha bajado la fiebre.

Annaliese miró al doctor. —Gracias.

—No tiene que darlas. Si me permiten un momento, voy a revisar a la paciente.

Lucy entró en la habitación y empezó a cerrar la puerta. Annaliese miró hacia allí y sus ojos se encontraron con los de Phinneas. Parecía ansioso y preocupado, entonces recordó cuando los lacayos entraron en su habitación y la agarraron. Sus hermosos ojos mostraron el miedo, la decepción por su traición y en apenas un segundo su desprecio antes de que Lucy cerrara la puerta.

—Sé que es tarde, pero ya que está despierta voy a cambiarle la cataplasma.

—Haga lo que tenga que hacer.

# Capítulo 8

Se quedó dormida de nuevo antes de que terminara el doctor, que estaba muy satisfecho. Shirley no dejaba de llorar de la emoción porque según él lo peor ya había pasado. Christine miró a Lucy que en silencio estaba en una esquina mientras tía y sobrina estaban radiantes de felicidad porque la niña se recuperaría.

El doctor cogió su maletín. —Seguiremos vigilantes y continuaremos con el tratamiento.

—Gracias, gracias —dijo Shirley.

—No tiene que darlas, condesa, es un placer. —Miró a Christine. —¿Podemos hablar de los puntos que le puso en la cabeza?

—Sí, por supuesto.

—Dejémosla descansar, podemos hablar fuera.

Christine le acompañó.

—Por cierto, un trabajo excelente, milady.

—Es muy amable.

—No, no hablo por hablar, he visto también la herida de la sirvienta y me he quedado impresionado, ¿le importaría enseñarme su técnica? —preguntó antes de salir de la habitación.

Mary Beth hinchó el pecho orgullosa. —Mi Christine tiene mano para la medicina.

—Sí, tía —dijo Shirley sentándose de nuevo al lado de su hija.

—Querida deberías descansar, llevas días prácticamente sin dormir.

—No, me quedo aquí por si se vuelve a despertar.

—Milady, ya me quedo yo —dijo Lucy—. Esa es mi obligación.

—Pero…

—No discutas, no te separas de ella durante todo el día, no querrás caer exhausta y preocuparla cuando empiece a recuperarse, ¿no?

—¿Preocuparla? No, claro que no.

Mary Beth se acercó para cogerla del brazo. —Vamos, te acompañaré a tu alcoba. Me aseguraré de que te acuestas.

—No es necesario —dijo levantándose—. ¿Crees que tardará mucho en recuperarse?

—Es muy fuerte, antes de que nos demos cuenta estaremos de camino a mi casa. ¿Sabes qué? Le voy a comprar un caballo nuevo para que se alegre. A ver si así se le quita el disgusto por lo de Phinneas.

—Tía no es necesario.

Lucy se acercó para cerrar la puerta y miró a Annaliese. —Bien, milady, justo a tiempo.

Alguien tocó su hombro y se despertó sobresaltada. Christine hizo una mueca. —¿Cómo te encuentras?

Al ver la habitación tan oscura susurró —¿Tengo que levantarme?

—No, no… —Se sentó a su lado. —Tú no tienes que irte a ningún lado.

—¿Es de noche?

—Amanecerá en una hora, por eso necesito algo de ti.

—¿De mí?

—Es que ha ocurrido algo que… —Miró a Lucy de reojo que negó con la cabeza para que no se lo contara todo. —El marqués y

lord Peter se van a retar a duelo.

Entrecerró los ojos. —¿Por qué?

—Desavenencias tontas de caballeros. Lord Peter es un tirador impecable. Ya ha matado a dieciséis hombres, tira a matar.

Se quedó en silencio y Christine carraspeó. —¿Me oyes bien?

—Sí.

—Pues di algo.

—¿Tengo que decir algo?

—Sí.

—No iré a su entierro.

Soltó una risita. —Lo dices de mentirijilla.

—Pues no. —Cerró los ojos. —Quiero dormir, estoy cansada.

—No, no, espere milady.

Volvió la cabeza hacia Lucy y suspiró. —¿Qué…?

—Hágalo por mí, si el marqués muere a saber lo que será de nosotros cuando el primo segundo del marqués tome el mando de la casa —dijo angustiada—. Por favor.

—¿Y qué puedo hacer yo? Es evidente que a mí no me hace caso, no va a suspender el duelo.

Christine negó con la cabeza. —No, si se supone que tú no sabes nada del duelo. Solo tienes que retenerle para que no acuda al bosque.

—Entonces quedará como un cobarde.

Su amiga hizo una mueca. Cornudo y cobarde, no iba a salir muy bien parado de esa, las cotillas iban a cebarse con él en las fiestas londinenses. Intentó buscar una solución rápidamente. —Piensa en Guillermina, menudo disgusto se llevará.

Entrecerró los ojos. —Solo le queda él.

—Exacto, se moriría de la impresión. No deja de llorar.

—¿De veras? Antes no me di cuenta. —Frunció el ceño. —¿Antes estaba en la habitación?

—No cielo, intentaba calmar a los invitados del marqués que no salen de su asombro con lo que ha pasado.

—Es que tiene muy mal carácter y es un mandón. —Cerró los ojos. —Siempre quiere tener razón y eso no puede ser.

—Muy bien, tú díselo para que le quede muy claro.

—¿Quieres que le regañe?

—A ti no podrá retarte a duelo. Ahora tienes el poder de decir lo que te venga en gana.

Abrió los ojos mostrando lo agotada que estaba. —Es que…

—Por favor, inténtalo. Por Guillermina. Sé que tienes la fuerza necesaria.

Suspiró. —Está bien.

Entonces escucharon ruidos en la habitación de al lado. —Ya se está preparando. —Christine se alejó. —Lucy le llamará.

—Está bien —susurró intentando mantener los ojos abiertos. La verdad es que no podía concentrarse en todo lo que le estaban diciendo, igual eran las fiebres.

Sus ojos se cerraron y escuchó —Marqués, milady quiere verle. Pide hablar con usted.

Sintió como la cama se hundía a su lado y abrió los ojos para verle allí a su lado como si estuviera ansioso por saber lo que tenía que decirle y su corazón se retorció de dolor por lo que le había hecho.

—Annaliese, ¿me oyes?

—Sí —susurró mirando sus ojos—. ¿Qué haces?

—Nada.

—¿Cómo que nada? —Ella bajó los ojos hasta su camisa. —¿Te vistes? ¿No es algo temprano para eso?

—Tengo asuntos que atender.

—Eso creo.

Él se tensó. —Te lo han dicho.

—¿Has pensado en tu madre? ¿En lo que le sucederá si a ti te ocurre algo?

—Tengo ciertas obligaciones y debo limpiar mi nombre.

—¿Qué ha hecho tu mejor amigo para que os tratéis así? —preguntó con esfuerzo.

—Eso no importa, lo que importa es que debes descansar.

—¿Te arrepientes de lo que me has hecho a mí?

Él enderezó la espalda y apretó las mandíbulas antes de contestar —Sí, debí haberte hecho caso.

—Pues te arrepentirás de hacer daño a alguien que quieres aún más. Retráctate.

—No pienso hacerlo, ha mancillado mi nombre.

—No puede ser tan grave.

—Se ha acostado con mi prometida.

Se le cortó el aliento y volvió la cara hacia Lucy que estaba en una esquina. Aquellas locas habían seguido con su plan.

—Pero tú no debes preocuparte por eso, debes recuperarte.

Era suyo, ahora era suyo para hacer con él lo que le viniera en gana, porque estaba en deuda con ella. ¿Pero después de lo que le había hecho aún quería casarse con él? Le miró a los ojos y su corazón dio un vuelco, pero algo en su interior le hizo decir —Jamás me casaré contigo.

Entonces el marqués sonrió de medio lado provocándole que la sangre fluyera por sus venas. —Preciosa, ahora que me he librado de ella ya nada nos separará.

—¿Cómo te atreves?

La puerta se abrió de golpe y lady Belinda entró en la habitación en camisón con los pelos revueltos y cara de loca. —¡Lo sabía! —gritó fuera de sí señalándola. Su padre entró tras ella. —¡Todo ha sido cosa suya! ¿Ves, padre? ¡Ellos lo orquestaron todo para cancelar el compromiso! ¡Son amantes! ¡No sé cómo lo

hicieron, pero te aseguro que fueron ellos! ¡Han destrozado mi reputación para que puedan casarse!

Phinneas se levantó. —Lord Michael, creo que debería llevarse a su hija a su habitación para que prepare el equipaje, se irán de mi casa hoy mismo.

—¡No hasta que les digas a todos lo que has hecho!

La miró fríamente. —¿Lo que he hecho yo? ¿Te recuerdo donde te encontré hace unas horas?

—Una casualidad enorme, ¿no? ¡Te aseguro que yo me acosté en mi cama y no hice nada! ¡Si ocurrió algo, tu amigo abusó de mí! —Entonces se echó a llorar tirándose al pecho de su padre que la abrazó con fuerza. —Padre, tienes que matarle, tienes que matarles a todos.

—Conozco muy bien a mi hija y sé que no está mintiendo. Jamás hubiera puesto en riesgo vuestro matrimonio, porque te quiere. Asegura que fue drogada y yo la creo. ¡Por Dios, si después de ser sorprendida se quedó dormida! ¡Eso no es normal!

—Ese ya no es problema mío —dijo entre dientes.

Belinda sollozó y desde su cama Annaliese sintió pena por ella. Su reputación estaba destrozada, aquello sería un escándalo mayúsculo y Belinda no había hecho nada. Pero no podía exculparla porque Lucy pagaría las consecuencias y en realidad todo había sido idea suya, así que mejor mantener la boquita cerrada que estaba más guapa.

—Peter también dice que él no la tocó, si un médico la revisara…

Belinda se apartó señalándola. —¡Fue ella, padre, ella quiere quedarse con Phinneas y ha organizado todo esto para hundirme y que él rompiera el compromiso! —Furiosa dio un paso hacia ella. —¿Cómo lo hiciste? ¿Has sobornado al servicio?

—¡Deja de decir disparates! ¡Annaliese lleva días inconsciente! —gritó Phinneas.

—Y se despertó esta noche, qué casualidad, ¿no? Días dormida por la fiebre y ha tenido que suceder esto para que despierte. ¡Y te encuentro aquí con ella! ¡Esta zorra lleva intentando seducirte desde que llegó porque no tiene donde caerse muerta! ¡Es igual que su padre, una ladrona! ¡Pero yo te cortaré algo más que las manos, eso te lo juro por mis muertos!

—¡Basta! —gritó Phinneas.

Sin aliento Annaliese susurró —¿Cómo sabes que le cortaron las manos? —Belinda la miró sin comprender. —¿Cómo sabes algo así?

—Oh, por Dios, ¡lo sabe todo el mundo! ¡Era un ladrón y le dieron su merecido!

—No se contó nada en la prensa de eso. Mi tía me lo dijo.

Phinneas muy tenso vio como Belinda se sonrojaba y miraba de reojo a su padre. Todos miraron hacia él que carraspeó. —Es de dominio público, ¿verdad hijo?

Entonces Annaliese vio a un hombre rubio en la puerta que la observaba fijamente y su mirada no podía mostrar más odio. —Cierto, padre, es algo que sabe todo Londres.

—Yo no lo sabía —dijo Phinneas observándoles con desconfianza—. Y estoy muy bien informado de lo que pasa en la ciudad. Un detalle así es lo bastante escabroso para que se comente en cualquier club durante días y no fue así.

Michael miró a su hija como si fuera idiota antes de decir —Tengo mucha amistad con el jefe de policía, me lo contó en confianza.

—¡Y tú se lo dijiste a tu hija que es la persona menos discreta que existe! —Miró a Belinda furioso. —Se lo has contado a todos, ¿no es cierto?

Levantó la barbilla orgullosa. —¡Sí, y ahora pienso contar mucho más!

—¿Mucho más? —preguntó desde la cama mientras su madre asustada entraba en la habitación.

—¡Sí, como que tu padre apareció desnudo de cintura para arriba y tenía en el pecho grabada con un cuchillo la palabra ladrón! ¡El muy cobarde se meo encima antes de morir! —Rio como una loca mientras su madre palidecía. —Tenía la cara desfigurada de miedo. ¡Jugó con quien no debía y este le dio su merecido!

Phinneas fue hasta ella para agarrarla de la cintura y sacarla de la habitación.

—¡El cabrón de tu padre recibió su merecido por ladrón y te juro que a ti te va a pasar lo mismo, zorra! ¡Esto lo vas a pagar!

Peter al otro lado de la puerta apretó los labios al ver como la sacaba a rastras de allí y cuando Phinneas la empujó contra él, la agarró por la cintura reteniéndola. —Suerte con esta bruja —dijo furioso.

Mary Beth se santiguó viendo como Belinda fuera de sí intentaba golpear al que sería su marido, pero Phinneas entró en la habitación y la duquesa le siguió a toda prisa para encontrarse a su niña llorando rota de dolor. El marqués se acercó con grandes zancadas y se sentó a su lado mientras su madre intentaba consolarla desde el otro extremo de la cama. —Shusss… —dijo Shirley—. Ya ha pasado.

—¿Quién es el monstruo que le hizo eso? —dijo entre sollozos —. ¿Lo sabes, madre? ¿Sabes quién le mató?

—No, y ya no importa.

—Sí que importa. —Cogió la mano de Phinneas. —¿Tú lo sabes? ¿Lo sabes?

—Preciosa…

—¡Dímelo! ¡Dime quién le mató! ¿Por qué nadie hace nada?

—Doctor, dele algo para que se calme.

Miró al médico que ya tenía algo en la mano y gritó con desesperación —¡Quiero saberlo! —Le acercó una cucharilla a la boca y ella apartó su rostro. —¡No, Phinneas dímelo!

El marqués la agarró de los mofletes con firmeza y el doctor pudo meter la cucharilla en su boca. Se atragantó porque no dejaba

de gritar.

—Hija por Dios, cálmate.

Lucy sollozó por lo que sufría su señora y era culpa suya.

Agarró a Phinneas de la camisa. —¡Le voy a encontrar y recibirá su merecido! ¡Nadie podrá impedirlo!

—Dejadnos solos —dijo el marqués intentando contener su rabia—. ¡Ahora!

Shirley iba a negarse, pero la duquesa la cogió del brazo. —Deja que él lo solucione, querida.

—Pero…

—Sal, es lo mejor para todos.

Asombrada vio como su madre se levantaba de la cama. —¿Madre?

—Hija, otro escándalo nos enterraría con tu padre, ahora el marqués es quien manda.

Se le cortó el aliento antes de mirarle. —¿Qué quiere decir?

—Que después de lo que ha gritado Belinda ya no hay más remedio que casarnos para acallar cualquier rumor. Acaba de decir a los cuatro vientos que eres mi amante y aunque estás enferma me ha encontrado en tu habitación, la habitación de la marquesa que está al lado de la mía.

Empezando a sentirse confusa susurró —¿Y qué? No hemos hecho nada.

Se agachó sobre ella. —Belinda tampoco ha hecho nada y va a pagar las consecuencias.

No pudo disimular su sorpresa. —Lo sabías.

—Claro que lo sabía. La otra noche dejé a Peter y estaba perfectamente bien. Y de repente aparece sin sentido ante mi puerta. Le drogasteis. Y sé que fue cosa de mi madre. Jamás había tenido contacto con tu madre, no la conocía y de repente aparecéis aquí, no hay que ser muy listo para darse cuenta de que queríais tenderme una trampa. Pero fuisteis listas, no me di cuenta hasta que

apareció Belinda. Te vi escondida en el piso de arriba, tu cara de sorpresa fue evidente, preciosa. No te lo esperabas y había que hacer algo. —Se agachó aún más. —Y ya está hecho, ahora vas a obtener lo que tanto querías. —Elevó la vista y acarició uno de los rizos hasta apartarlo de su frente. —Y no me importa, porque jamás había deseado a nadie tanto como te deseo a ti.

—¿Quién le mató?

—Preciosa, me estoy declarando.

Parpadeó sorprendida. —¿De veras?

Él hizo una mueca. —El maldito láudano… —Acarició su sien. —Será mejor que duermas.

—Sí, estoy muy cansada. Y confundida.

—Es lógico —susurró.

Sus ojos se fueron cerrando. —Pero si esa mujer vuelve, me matará. Me odia, toda su familia me odia.

—Tranquila, no me separaré de tu lado hasta que se vayan.

—Me odia, lo he visto en sus ojos.

—No dejaré que te pase nada.

—Mi padre también decía eso, dijo que lo arreglaría, que cambiaría y que seríamos felices. Me rompió el corazón.

Phinneas apretó los labios mientras el sueño se la llevaba y la besó suavemente en los labios. Escuchó un sollozo y vio en una esquina a su doncella que arrepentida dio un paso hacia él. —Lo siento milord, no queríamos esto, no queríamos que milady sufriera.

—Ahora ya no hay marcha atrás. No quiero que se hable de su padre bajo ningún concepto, ¿me has entendido? Con suerte entre la fiebre y el láudano no se acordará de lo ocurrido, puede que crea que todo ha sido un sueño. Y si no es así, eso le haremos creer.

Lucy asintió. —Como diga, milord.

Él miró su camisa y vio que su puño seguía aferrado a ella. Con cuidado la soltó y puso su mano sobre su pecho antes de tocarla en la frente para comprobar cómo tenía la fiebre. No parecía

que hubiera subido, aunque estaba más sonrojada, puede que fuera del disgusto. Se levantó lentamente de la cama.

—¿Va a celebrarse el duelo? —preguntó Lucy preocupada.

—Por supuesto.

—Pero ella…

—No pienso matar a mi mejor amigo y Peter lo sabe. Una herida superficial será suficiente para salvar el honor de ambas familias y asunto cerrado. —Fue hasta la puerta de su habitación, pero antes de irse se detuvo. —Lucy…

—¿Sí, milord?

—¿Ella estaba de acuerdo con el plan de mi madre?

Lucy sonrió. —No tenía otra opción, milord, no le quedó nada después de que muriera su padre. —Le miró fijamente a los ojos como si fuera un igual. —Pero usted no quiere saber eso, lo que quiere saber es si ella le ama por usted mismo y no por quien es.

Phinneas carraspeó. —No me ama, no soy tan ingenuo como para pensar eso y menos después de lo que hice.

—Se equivoca, marqués. Milady perdió su corazón en el mismo momento en que entró en la casa.

Se tensó. —¿Le impresionó lo grande que es?

Sonrió. —Le impresionó el retrato de la escalera, su retrato. —Phinneas no disimuló su sorpresa y ella asintió. —Y a veces le habla.

—¿De veras?

—Murmura cuando pasa a su lado como si se lo dijera a usted. —Soltó una risita. —No sé lo que le dice, pero varios nos hemos dado cuenta. Una vez Hudson se la encontró ante su retrato simplemente contemplándole. Es como…

—Continúa.

—Igual es una tontería, pero Hudson tuvo la sensación de que ya que no podía estar con usted al menos le tenía en el cuadro. Eso es lo que él cree. —Miró a su señora. —Es buena, ¿sabe? Hace

lo que sea por ayudar a los menos favorecidos, a Rose, por ejemplo. Sí, es una buena persona que no ha tenido la vida que se merecía.

—Ahora la va a tener —dijo decidido antes de irse.

—Eso espero, milord, eso espero.

Se despertó con hambre y vio que las enormes cortinas de terciopelo estaban abiertas, lo que la hizo cerrar los ojos de nuevo intentando acostumbrarse a la luz que se filtraba por las ventanas. Cuando consiguió abrirlos se dio cuenta de que su madre miraba hacia el jardín y tenía una tensión en su rostro que la hacía parecer más mayor, lo que la preocupó. —¿Mamá?

Se volvió y una dulce sonrisa apareció en su rostro. —Te has despertado.

—¿Estás bien?

—Sí, claro que sí —Se acercó a toda prisa. —¿Y tú?

—Tengo hambre y sed.

A toda prisa cogió un vaso de encima de la mesilla y se lo acercó a los labios. —Aquí tienes, cielo. —Ella bebió ansiosa. —Despacio.

Cuando no quiso más apartó la barbilla y Shirley sonrió. —En nada de tiempo estarás recuperada.

—Claro que sí.

Su madre se acercó al llamador para tirar de la tela de terciopelo rojo. —Enseguida comerás algo.

Annaliese escuchó que alguien hablaba en susurros en la habitación de al lado. —¿Phinneas se ha levantado?

Hizo una mueca. —¿El marqués? No creo, hija.

Miró hacia la ventana, parecía mediodía por la posición del sol. —Es tarde.

—Es que ayer no durmió mucho.

Entonces recordó. —El duelo. Fue al duelo, ¿verdad?

Su madre gimió. —¿Qué duelo? Has debido soñarlo.

Entrecerró los ojos. —Madre, eres una mentirosa pésima.

Jadeó. —¡Con tu padre tenía que mentir continuamente y nunca lo notaba!

—¿Está bien? ¿Le han herido?

—Bueno…

Palideció de golpe. —Dios mío, Peter consiguió darle, ¿verdad?

—Digamos que está un poco molesto por la novia que le hemos buscado. Llegó a pensar que Phinneas tenía algo que ver. Qué tontería, ¿no?

—¿Es grave?

—Bueno…

—¡Madre, dímelo ya! —Como Shirley no se decidía apartó las mantas dispuesta a levantarse.

—¡No!

—¡Voy a verle! —Sus piernas casi no la sostenían, pero consiguió ponerse en pie sujetándose a la mesilla.

—Le ha herido en el muslo, ahora vuelve a la cama.

Alargó la mano para abrir la puerta y le vio dormido en la cama cuyas sábanas estaban llenas de sangre. —Dios mío…

El doctor se volvió. —Tranquila milady, se recuperará.

Phinneas abrió los ojos. —Preciosa, vuelve a la cama.

—¿Estás bien? —Dio un paso hacia él y su madre asustada la cogió del brazo para que no cayera al suelo.

—Esto no es nada.

—¡Así que has ido! —gritó de repente muy enfadada—. ¡A pesar de lo que te dije, has ido! ¿Y tu madre y…?

—¿Y? —preguntó intentando disimular una sonrisa—. ¿Quién más te preocupa, preciosa?

—¿Es que no piensas?

—Desde que te conocí no mucho, la verdad.

Se sonrojó de gusto. —¿De veras?

Él sonrió. —Vuelve a la cama.

—Vamos hija, estás descalza y no debes enfriarte.

Insegura preguntó —¿Estás bien?

—Esto no es nada, ya te lo he dicho. En un par de días podré levantarme de la cama.

—No creo, milord —dijo el médico divertido—. No debe forzar la herida, se quedará en cama al menos una semana.

Él gruñó como si eso no le gustara un pelo y ella le exigió —¡Le harás caso al doctor!

—Sí, preciosa. Ahora vete a la cama.

Le daba la sensación de que lo decía por decir y molesta entrecerró los ojos. —Te vigilaré. Lo oigo todo y tengo espías en la casa. ¡No te levantarás hasta que lo diga el doctor!

—Ya ha oído a milady, marqués. Ahora milady, vuelva a la cama, son órdenes mías.

Se sonrojó antes de mirarle. —Tengo hambre.

—Me alegro mucho, pero no se exceda comiendo que no quiero que le siente mal. Pero antes veamos cómo va su herida.

Se volvió y antes de salir de la habitación le miró sobre su hombro y se dio cuenta de que Alice estaba allí con unas sábanas limpias en la mano. Entrecerró los ojos deteniéndose y dijo —Alice bonita, ¿no tienes nada que hacer abajo?

La doncella se sonrojó. —Me han ordenado…

—Vete a por mi desayuno.

Alice miró al marqués como buscando su opinión y este tenso asintió con la cabeza. —Enseguida, milady. —Molesta dejó la sábanas en una silla y fue hasta la puerta.

Annaliese dijo —Y no vuelvas a entrar en la habitación del marqués.

—Entendido —dijo entre dientes antes de salir sin hacerle la reverencia acostumbrada.

Asombrada miró a Phinneas que carraspeó. —Hablaré con ella.

—No, ya hablaré yo —dijo entre dientes—. Déjame el servicio a mí. ¿Tengo que hablar con alguna más? —Él iba a decir algo. —Tranquilo, que ya descubriré quienes son. —Sonrió al doctor como toda una marquesa y cogió la mano que le ofrecía. —¿Qué tal está su amigo Peter?

—Oh, perfectamente.

—Al parecer mi prometido tuvo piedad por él, ¿no es cierto?

—Y tanto que sí, la puntería del marqués es bien conocida.

—Lo sé, cuando me hablaron de él por primera vez me lo comentaron —dijo antes de que Shirley cerrara la puerta.

El marqués suspiró mirando el techo, al parecer había esquivado otra bala. Su valet entró en ese momento con una jarra de agua y parpadeó porque estaba solo. —¿Y los demás, milord?

—Eso da igual. Llama enseguida a Hudson, tenemos que hablar de las doncellas cuanto antes.

Will suspiró. —Milord, su futura esposa ya lo sabe, mi Lucy no ha sido muy discreta y me disculpo por ello.

—Ya sé que ya lo sabe, lo que quiero evitar es que la mitad de las doncellas de la casa la odien cuando las reprenda.

—Ah…

La puerta se abrió y su madre entró en la habitación. —Madre, ¿no sabes llamar?

—Te he traído al mundo, ya lo he visto todo. ¿Por qué están las sábanas así todavía?

Will se sonrojó. —La doncella ha desaparecido, milady.

—¿Y eso?

—Madre, habla con ellas, Annaliese sabe que…

—¿Qué? —Entrecerró los ojos antes de llevarse la mano al pecho con sorpresa. —¡No! —Miró a Will. —Se lo ha dicho tu esposa, ¿no?

El pobre no sabía dónde meterse de la vergüenza. —Lo siento marquesa, hablaré con ella y seré firme.

Guillermina miró a su hijo con horror. —¡No puedo quedarme sin la mitad de las doncellas de la casa!

Él agotado cerró los ojos. —Lo sé, madre.

La marquesa se volvió y agarrando su falda fue hasta la puerta de comunicación.

—No, madre… —Gimió cuando entró en la habitación de su futura nuera dejando la puerta abierta.

—Niña, tenemos que hablar.

—¿Sí? —preguntó con voz inocente, lo que indicaba que lo había oído todo.

—Antes era soltero.

—De hecho, todavía lo es.

—Paparruchas. No puedes poner al servicio en tu contra por esos pequeños rencores.

—Te aseguro que no son pequeños, Guillermina.

—¡No puedo quedarme sin servicio y si están incómodas se irán! ¡En Londres ganarían mucho más!

—¡No las quiero cerca de él ni a cien millas! ¿Me he expresado con claridad? ¡No quiero a sus amantes ante mis ojos siquiera! ¡Como si tengo que hacerme yo la cama o lavar mi ropa, no!

Guillermina exasperada entró en la habitación de su hijo. —¡Mira lo que has hecho!

Él sonriendo por su ataque de celos se encogió de hombros. —Se hará lo que mi prometida decida. Ya puedes empezar a buscar

más personas de servicio e intenta colocar a las que se vayan en buenos puestos de trabajo, ¿quieres?

—Gracias, cielo —dijo ella desde su cama.

—Tiene la herida muy bien, milady.

—¿De veras?

Su madre iba a cerrar la puerta, pero él negó con la cabeza haciéndola sonreír. —Will tendrás que cambiar tú las sábanas.

—Por supuesto, marquesa.

# Capítulo 9

Sentada en la cama de lo más aburrida, se acomodó para que su herida no se resintiera. Lucy levantó una ceja y dijo algo por lo bajo —¿Qué?

—Ya empieza.

—¿Empiezo a qué?

—Aún tiene algo de fiebre, no puede levantarse.

—Ni hablar —dijo su prometido desde su habitación.

—¿Qué haces?

—Leer.

—¿El qué?

—Los sonetos de Shakespeare.

—El amor no es amor si cambia cuando encuentra un cambio.

—O se aparta cuando el otro se aleja. No, es un faro siempre firme.

Ella sonrió. —Que contempla la tempestad sin estremecerse, es una estrella guía de toda alma errante.

—Lo recuerdas muy bien, preciosa.

—Y tú… —Se quedaron en silencio y ella se apretó las manos porque puede que estuviera mostrando mucho sus sentimientos. —Es un verso precioso.

—Y muy cierto.

—¿Crees que el verdadero amor sobrevive a las adversidades?

—Sí, lo creo. ¿Y tú?

Se miró las manos. —No sé. Nunca he visto el verdadero amor. Mi madre amaba a mi padre, pero él solo la hacía sufrir con su conducta, eso no es amor verdadero. Y no he visto ningún otro, así que no sé.

—Mis padres se amaban y mientras estuvieron juntos fueron muy felices. Se respetaban y se comprendían.

Ella entrecerró los ojos. —Pues tú no has empezado muy bien.

—Lo sé. ¿Me perdonas?

—Dime quién le hizo eso a mi padre y te perdono.

—¿Le hizo eso? ¿De qué hablas?

Volvió la vista hacia la puerta. —Ya lo sabes, ¿quién mató a mi padre?

—Preciosa, eso no lo sé.

—Sí que lo sabes, lo sabe mucha gente menos yo, así que...

—¿De dónde sacas eso?

—Esa bruja dijo cosas que ni yo sabía.

—¿Hablas de Belinda?

—¡Pero qué te pasa, dímelo!

—No sé de qué hablas.

Confundida se enderezó.

—Debes haberlo soñado, preciosa. Y es lógico con toda la medicación que te han dado.

—No, ella vino a mi habitación y dijo que a mi padre le habían cortado las manos.

—¿Cómo iba a saber ella eso? Yo no lo sabía. ¿De veras le cortaron las manos?

Se pasó la mano por la frente pensando en ello. Últimamente había tenido sueños de lo más raros. —¿Lo he soñado?

—El láudano puede jugar malas pasadas, preciosa. No te preocupes.

—Pero ella estuvo aquí.

—Sí, y te increpó e insultó, pero no habló de tu padre más allá de decir que era un…

—Ladrón.

—Sí, lo siento.

Miró a Lucy que sentada en su silla hacía que cosía. —¿Tú no la oíste? Tuviste que oírla.

—Lo siento, milady. Pero lo que yo oí no tenía que ver con esas circunstancias que usted menciona sobre la muerte de su padre.

—Oh… Así que no es cierto —dijo decepcionada—. Creía que al fin descubriría quién fue.

—Son tus deseos de saberlo los que te hicieron imaginarte eso en sueños —dijo su marqués desde su habitación—. Además, preciosa, aunque hubiera sabido eso de las manos, ¿por qué iba a saber quién le mató? No tiene sentido.

—Bueno, terminaré descubriéndolo —dijo decidida—. Y pagará por su muerte.

—Por supuesto, si me entero de algo te lo diré, preciosa.

Sonrió. —Gracias.

—¿Por qué no duerme un poco, milady? Después le enseñaré ese punto de bordado que le gusta tanto.

—Sí, estoy algo cansada —dijo aún confundida—. Y me duele un poco.

—¿Quiere tomar algo de…?

—No —dijo tajante—. No lo necesito. —Se deslizó sobre el colchón para tumbarse pensando en ello y se preguntó si le mentían. Recordaba perfectamente las palabras de esa mujer y sabía cómo había muerto su padre, lo sabía todo, así que tuvo la sensación de que le estaban ocultando esa conversación a propósito. Se preguntó por qué y esa pregunta no dejó de rondarle durante la siguiente hora y la siguiente.

Lucy la observaba con el ceño fruncido y cuando empezó a dolerle la cabeza se levantó exasperada. —Milady, si no va a dormir no hace falta que se quede ahí sin moverse mirando el techo.

La miró y la doncella vio en sus hermosos ojos que no se había creído una palabra de su conversación con el marqués respecto a su padre. —No —vocalizó para que no la escuchara el marqués.

Levantó una ceja y Lucy señaló hacia el otro lado de la pared, lo que indicaba que Phinneas no quería decirle la verdad. Su doncella se subió a la cama y se acercó a su oído. —No quiere que recuerde nada.

—¿Por qué?

—No quiere que sufra más con ese tema, milady. Es algo muy gordo como para que recuerde lo que esa bruja va diciendo por ahí de la muerte de su padre.

Se le cortó el aliento. —¿No quiere que sufra?

—Le ha robado el corazón, milady. —Se apartó lo suficiente para mirar su rostro y sonrió de oreja a oreja mientras a ella le daba un vuelco al corazón.

—¿Qué hacéis tan juntas?

Ambas gritaron del susto mirando hacia la puerta de comunicación. Phinneas estaba allí en bata mirándolas con desconfianza y Lucy se levantó a toda prisa. —Nada milord, le quitaba una pestaña a milady.

—Una pestaña.

—Sí, hacía que guiñara el ojo.

—Que guiñaras el ojo, ¿eh? ¿No duermes?

—No me entra el sueño. —Se incorporó con cuidado para apoyar la espalda en las almohadas. —¿Qué haces de pie? —Miró hacia sus piernas y al ver sus pies desnudos se le encogió el estómago porque los tenía muy bonitos. —No llevas zapatillas, te vas a enfriar.

Se acercó a la cama. —Déjame sitio.

Sorprendida le miró a los ojos. —¿No irás a tumbarte aquí?

—Déjame sitio, me duele la pierna —dijo molesto.

—Pues vete a tu cama —dijo firmemente—. ¿Qué pensaría la gente?

—¿Y qué más da si nos vamos a casar?

—Ah, ¿sí? ¿Cuándo me lo has pedido?

—Preciosa…

Lucy soltó una risita llamando la atención del marqués. Esta carraspeó. —Ya que el marqués está aquí, voy a ver a mi marido, que le tengo abandonadísimo.

—Oh, ¿de veras? —preguntó ella sintiéndose muy mal por haberla apartado tanto tiempo de su esposo—. Pídele disculpas de mi parte.

—Bah, seguro que para él ha sido como tener días de fiesta. —Le guiñó un ojo antes de salir de la habitación.

Al mirar a su supuesto prometido él levantó una ceja. —Se está tomando muchas confianzas, ¿no?

—¿De veras?

—Estaba muy cerca de ti, mucho.

Le miró sin comprender y él gruñó. —Déjalo. —Se sentó a su lado y subió las piernas gruñendo.

—¿Te duele mucho?

—Es soportable. ¿Y a ti?

Se encogió de hombros.

—¿Lucy te parece agradable?

—Sí, mucho. —Sonrió. —Es muy servicial y divertida.

—Sí, ¿verdad? —preguntó entre dientes—. Preciosa, tú eres muy…

—¿Muy?

—Inocente.

—¿Yo? No.

—Sí, preciosa. Y no conoces todas las realidades de la vida.

—¿Hay muchas?

—¿Muchas qué?

—¿Realidades? Creí que solo había una.

—Ya me entiendes.

—Pues no, no entiendo nada. ¿Qué realidades no conozco?

Él gruñó. —Realidades sobre las relaciones humanas.

—¿Las relaciones humanas? ¿De qué hablas?

—Déjalo.

—¿No te gusta Lucy?

—¿Por qué piensas eso?

—No lo sé, parece que no te gusta.

—¿Te gusta a ti?

Parpadeó. —Ya te he dicho que sí. —Entonces se dio cuenta de que había dicho que estaban muy juntas y esa insistencia con que si le gustaba era desconcertante. —¿Estás insinuando que Lucy y yo...?

—¿No?

—¡No!

—¿Sabes lo que quiero decir?

—Pues sí, en casa de la duquesa ocurre.

Frunció el ceño. —¿Cómo que ocurre?

—La cocinera y el ama de llaves.

—Así que sabes lo que quiero decir.

—Pues sí. Un día las vi besándose en un pasillo a oscuras. No dije nada, sabía que no está bien visto y no quise meterlas en problemas. Y no, Lucy no me gusta así. —Le miró interesada. —¿Por qué has pensado que sí? ¿Porque aquel día no quise que me tomaras en el salón?

El marqués se sonrojó y ella se echó a reír. —Ya veo, no estás acostumbrado a que te rechacen.

—Pues no, la verdad.

—Pues vete acostumbrando porque no me voy a casar contigo.

La miró como si tuviera dos cabezas. —¿Qué has dicho?

—No puedo casarme con un hombre que no me respeta, así que no.

—Preciosa, ¿quién dice que no te respeto?

—Pues tú, o sino, ¿por qué razón estoy en esta cama?

—Ah, que ha llegado el momento de tener esta conversación.

—Pues sí.

—Hice lo que creía mejor para ti.

—¡Te equivocaste, casi me matas y no tenías derecho a tomar esa decisión!

—Por eso me caso contigo, para tener derecho.

Se quedó sin palabras y él sonrió. —Para tener derecho a todo.

Se puso como un tomate y su marqués rio.

—No tiene gracia. —Sonrió y él pasó el brazo por su espalda para pegarla a su torso. —El doctor me quitará los puntos de la cabeza esta tarde.

—Lo sé, ¿te preocupa?

—No, al fin podré lavarme el cabello.

—Hueles maravillosamente.

Sonrió porque sabía perfectamente lo que le preocupaba e intentaba quitarle importancia. Puede que tuvieran un futuro juntos y eso la ilusionó de tal manera que creyó que aquello no era real. Pues si no era real, iba a disfrutar de ese sueño todo lo que pudiera.

Suspiró de gusto por estar tan cerca de él. —Tú hueles muy bien.

—Gracias, milady.

—Llevo días sin practicar al piano.

—Y los que te quedan.

Soltó una risita. —¿No cuela?

—Pues no. Vas a estar mucho en esta cama antes de que puedas ver el piano siquiera.

Elevó la vista hacia él. —¿Cómo es?

—¿El qué, preciosa?

—Ser tan mandón y que todo el mundo te haga caso.

Rio por lo bajo. —A todo se acostumbra uno. Llevo haciéndolo desde pequeñito, es lo que se espera de mí. Si hay algo que nos enseñan a los marqueses es a mandar.

—Pues yo no pienso hacerte caso.

—Sí que lo harás, serás mi esposa y será tu obligación.

—¿Y cuándo será el gran acontecimiento?

—En cuanto te recuperes.

—¡Cállate! —gritó una mujer fuera de la habitación—. ¡Ni se te ocurra dirigirme la palabra, mentiroso!

Asombrada miró a Phinneas que hizo una mueca. —Todavía no se han ido mis invitados, al menos no todos.

—¿La rubia sigue aquí?

—Sí, preciosa, y con peor carácter que nunca. —Ella abrió la boca. —Y si te preguntas la razón, es porque su padre sufrió un pequeño accidente.

—¿Qué accidente?

Gruñó. —Se rompió la pierna. Era el padrino de Peter y cuando le di…

—¿Le diste?

—Oh, sí, en el brazo. Lo suficiente para desarmarle, un roce sin importancia.

—Cuanto trabajo le estás dando al pobre doctor.

—Y que lo digas. Pues como estaba diciendo, cuando le di a Peter se le cayó el arma sobre la hierba entonces mi amigo se dejó caer de rodillas y en sus ojos vi que me suplicaba perdón. El marqués desde el exterior del campo de tiro debió pensar que le había matado y no se tomó muy bien que yo siguiera vivo, así que intentó rematarme. Cogió la pistola que llevaba escondida bajo el gabán y Will se tiró sobre él con tan mala suerte que cayeron hacia atrás donde estaba mi caballo, que pateó al marqués rompiendo su pierna. No me da ninguna pena.

—Será cerdo, échalo de la casa.

—Cielo, Peter es mi mejor amigo y ahora son su familia. Me ha pedido que los tolere hasta que puedan irse.

—¿Y cuándo será eso?

—Cuando su suegro deje de delirar.

—¿Delirar? ¿Pero qué le pasa a esa familia?

—El doctor dice que lo que necesita es descanso, que todo lo sucedido le ha alterado los nervios.

—Ha intentado matarte, le quiero fuera de esta casa.

—Y yo también, te lo aseguro. Pero… —Se apartó para mirar su rostro. —Preciosa, es mi mejor amigo y no es que le hayamos arreglado la vida precisamente.

Jadeó. —Te ibas a casar con ella, tan mala no puede ser.

—Ha mostrado una parte de su carácter que ocultaba muy bien.

—Todas tenemos carácter cuando nos enfadamos.

Él entrecerró los ojos. —Cierto.

—Solo tiene que enamorarla.

—Ahora lady Belinda no está por la labor.

—¿De veras no se siente capaz?

—Él tampoco está por la labor, aunque al principio creía que yo tenía algo que ver para librarme de una prometida indeseada, ahora cree que todo fue orquestado por ella para humillarme a mí

por fijarme en ti y de paso conseguir un futuro conde. Conde que será tan rico como yo.

—Así que no le has dicho la verdad a tu amigo.

—¿Que todo fue cosa vuestra? No soy tan valiente, además no quiero que te odie por utilizarle.

—No todo fue cosa nuestra, tú también lo aprovechaste porque no dijiste la verdad en su momento, cielo. Te subiste a nuestro carro para librarte de ella.

—Debo decir que tienes toda la razón.

Suspiró. —Me dices todo esto para que me sienta culpable y lo arregle, ¿verdad?

—Peter merece ser feliz.

—¿Y qué sugieres?

—Vosotras sois las de la mente maquiavélica.

—Ja, ja. —Pensó en ello. —Lo más fácil sería que se enamoraran.

—En los sentimientos no manda nadie. Eso surge o no surge. —Él cogió su mano y la acarició. Emocionada le miró a los ojos. —Se siente o no se siente. Se ama o no —dijo con la voz enronquecida. Fascinada se acercó a sus labios y Phinneas los acarició suavemente haciéndola suspirar. —Preciosa, si estuvieras sana te enseñaría lo que es el verdadero placer.

Ella besó sus labios disfrutando de lo que le hacía sentir. —Si estuviera bien estaría practicando al piano.

La risa del marqués se escuchó hasta en la planta baja. —¿En serio has dicho eso?

Mareada con su proximidad le besó de nuevo. —¿Qué?

La besó. —Nada, preciosa —dijo ansioso antes de besarla de nuevo entrando en su boca.

Alguien carraspeó y ambos separaron sus labios para ver a su madre a los pies de la cama. —Marqués, ¿su cama no es cómoda?

Él carraspeó. —Mucho.

—¡Pues arreando!

Phinneas suspiró apartando su brazo y se levantó cojeando.

—¡Y cierre la puerta al salir!

—¡Madre!

—Se toma demasiadas libertades cuando aún no te ha puesto un anillo en el dedo. ¡Y sepa usted, marqués, que no la traslado por no molestar a mi hija!

—Ella no se moverá de aquí —dijo él firmemente antes de entrar en su habitación sin cerrar la puerta.

Jadeó yendo tras él. —¡Pues cásese!

—Annaliese merece una buena boda y es lo que tendrá. ¡No me avergüenzo de casarme con ella!

Se sonrojó de gusto y miró a su madre que aunque lo disimulaba estaba encantada, pero aun así cerró la puerta. Shirley la miró levantando una ceja.

—Madre no seas tan rígida.

—¿Rígida? Si estuvieras bien, ya te hubiera desvirgado.

—Seguramente.

—¡Hija!

Soltó una risita. —Me desea, no hay nada de malo en ello.

Shirley se sentó a su lado y cogió su mano. —Si pasara algo…

—¿Qué va a pasar?

—A Belinda le pasó.

Gruñó. —Pues agárrate que esto te va a encantar, porque mi prometido quiere arreglarlo.

—¿Arreglar el qué?

—La felicidad de su amigo.

# Capítulo 10

Las mujeres rodeaban su cama sentadas en distintas butacas y llevaban varios minutos en silencio intentando encontrar la solución.

—Imposible, esto no hay quien lo arregle —dijo Mary Beth—. El pobrecito de Peter tendrá que conformarse.

Escucharon que algo se estrellaba contra una pared. —¿Pero estás loca, mujer? —gritó el amigo de su marqués—. ¡Me tienes harto!

—¡Largo de mi habitación o te pego un tiro!

—Solo quería hablar.

—¡Pervertido!

Shirley gimió. —Menuda vida le espera.

—Sí, no se la ve muy dispuesta a colaborar —dijo Annaliese desde la cama—. ¿Pero qué más quiere? Será conde y es rico.

—Tiene mal perder, eso es todo —dijo Christine.

—Pero será lord Peter quien pague las consecuencias —dijo Lucy pensativa.

La miró con los ojos entrecerrados. —¿Se te ha ocurrido algo?

—Está claro que este matrimonio ya no puede detenerse, ¿no?

Todas negaron con la cabeza. —Si no se casara con ella sería repudiado de cualquier casa decente del país —dijo la duquesa.

—Exacto, su reputación caería hasta el barro, ya no hay vuelta atrás, tiene que quedarse con ella.

—Sí —dijo Shirley—. Eso ya es inamovible, todo ha sido demasiado público para retractarse ahora.

Lucy asintió. —Cierto, condesa, por eso lo que tenemos que hacer es que se enamoren.

Annaliese sonrió. —Eso mismo le he dicho yo a mi prometido. Pero ella no va a colaborar.

—¿Y si…? —Todas se adelantaron y Lucy soltó una risita. —Es un poco drástico lo que se me ha ocurrido, pero mi padre decía que el roce hace el cariño.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—A que no hay nada que una más que las adversidades compartidas, milady. Hay una casa a unas millas de aquí que no tiene ventanas, se usaba para guardar la carne en sitio fresco y solo se puso la puerta para que no entraran las alimañas. Es de varios miembros de la familia del tío de mi marido desde hace muchos años, pudo comprar las tierras asaltando caminos. —Hizo una mueca. —Mi marido intentó comprarlas porque su sueño es tener sus propias tierras, pero… Bueno, eso da igual, que me voy por las ramas, el hecho es que el tío de mi marido ya falleció y sus hijos se fueron a Londres hace mucho tiempo, las tierras están abandonadas. Les encerramos en esa casa y les sacamos dentro de… ¿Tres semanas? Sí, creo que será suficiente para que ella salga con otro carácter y preñada.

Con los ojos como platos se miraron las unas a las otras. —¿Creéis que…?

—Igual se terminan matando —dijo Christine.

Annaliese pensó en ello. —No, Lucy tiene razón, se apoyarán el uno en el otro, es la naturaleza humana. En una situación así su enfado no durará mucho, se unirán para salir de esa.

Lucy chasqueó la lengua. —Pues les costará salir, porque la puerta es bien gorda.

Todas se echaron a reír. —La cara que va a poner Belinda cuando se vea ahí dentro —dijo su madre—. Con lo fina que es.

—Hay que llevar suministros, mantas y todo lo que puedan necesitar —dijo la marquesa.

Annaliese asintió. —Sí, sí, pero no puede enterarse nadie. Su padre y su hermano removerán cielo y tierra para encontrarles.

—Creerán que se han escapado —dijo Christine—. Cada uno por un lado, pero creerán eso.

—¿Entonces estáis de acuerdo? —La puerta de comunicación se abrió y Phinneas ya vestido apoyó el hombro en el marco. —¿Lo has oído?

—Sois maquiavélicas.

Sonrieron radiantes. —Gracias —contestaron todas a la vez.

—¿Y cómo les vais a llevar hasta allí?

—Querido, igual que la trasladamos a ella a su cama. Con el milagroso láudano.

—Necesitaré al menos dos días para organizarlo todo —dijo Guillermina.

—Will y yo trasladaremos las cosas, puede decir que son para el nuevo orfanato.

—Perfecto, tienes una mente brillante, niña.

—Gracias, marquesa.

—Haremos una lista, no debe faltarnos nada que puedan necesitar.

—Madre ponles varias botellas de brandy, eso les relajará los nervios.

Guillermina rio por lo bajo. —Qué malo eres.

—Que a mi amigo no le falte de nada.

Llamaron a la puerta y todos miraron hacia allí. La marquesa se levantó. —Adelante.

Hudson apareció. —Marquesa, el administrador está abajo, al parecer ha habido un problema con algún arrendatario.

Miró a su hijo que gruñó. —Le atenderé yo, Hudson. Dame unos minutos.

—Pero tú estás convaleciente, el doctor te ha dicho que…

—Preciosa, son mis obligaciones.

Se acercó a ella y la besó en la frente antes de ir cojeando hasta la puerta. En uno de los pasos perdió todo el color de la cara demostrando hasta que punto le dolía y si sufría así era por culpa de Peter, menudo amigo. Entrecerró los ojos. —Suegra.

—¿Sí, querida?

—El coñac que sea del malo.

Guillermina sonrió maliciosa. —Por supuesto.

Después de quitarle los puntos en la cabeza estaba agotada, había sido un día en el que casi no había descansado, así que se durmió sin cenar hasta el día siguiente. Cuando Lucy entró en la habitación se la encontró en el escritorio con la pluma en la mano. —Milady, ¿qué hace fuera de la cama?

—Shusss, le vas a despertar. —Siguió escribiendo y Lucy se acercó. —Es la lista.

—La marquesa ya está haciendo la suya.

—Sí, pero es para contrastar la una con la otra por si se nos olvida algo. Es importante que seamos concienzudas.

—Pues ponga paños, milady está en sus días.

—Cachis… —Los apuntó.

—Y ponga también bombones, le pirran.

—¿De veras?

—Sí, así endulzará algo el disgusto.

—Sí, eso igual viene bien. —Escribió con su impecable letra.

—Agua, mantas, comida y ropa de abrigo porque en ese lugar puede hacer frío. La casa está sobre un montículo en la montaña y

allí corre el viento.

—A ver si se constipan.

—Oh, solo hará frío cuando lleguen porque les dejaremos mucha leña y cerillas para que hagan fuego.

—Bien visto —dijo sin dejar de apuntar.

—Una buena cama, bien grande.

—No, no muy grande, que así se tienen que arrimar por la noche.

Lucy sonrió. —Pues es cierto. —Se puso a su lado para mirar sobre su hombro. —Y un cubo. Ya sabe, milady, tendrán que hacer sus cositas.

—¿Y dónde las van a tirar?

—Uhmm, tendremos que pensar en eso. ¿Un barril?

—Olerá fatal en unos días.

—Cierto.

—¿El sitio es grande?

—No demasiado. Mi marido me lo enseñó cuando quiso comprar aquellas tierras y no era muy grande, aunque yo no miré mucho, me dio algo de miedo por si se derrumbaba.

—¿Eso puede pasar?

—Nunca se sabe, aquello tiene muchos años.

Bufó. —Pues ahora no podemos dar marcha atrás, debemos intentar que todo salga lo mejor posible. Sobre el orín, podemos hacer un agujero en el suelo.

—¿No olerá igual?

—No lo sé. Puaj, qué asco, solo de pensarlo me pongo enferma, ese olor me revuelve las tripas. Ya sabes que en Londres hay sitios donde el olor llega dentro del carruaje y no lo soporto.

—Para eso nada mejor que un pañuelo bañado en perfume.

Lucy y Annaliese se miraron sorprendidas antes de volver las cabezas sobre sus hombros para ver a Lady Belinda tras ellas

preciosa con un vestido de mañana de muselina azul claro. Esta forzó una sonrisa. —Venía a disculparme. —Incómoda se apretó las manos. —Peter me ha hecho darme cuenta de que es imposible que tú estuvieras implicada en mi… aventura de la otra noche.

Se giró en la silla. —No tienes que disculparte.

—No, quiero hacerlo, dije cosas horribles sobre ti y tu padre, lo siento.

—No se fíe, milady —dijo Lucy por lo bajo haciendo que Belinda se sonrojara.

Iba a levantase, pero Belinda le hizo un gesto con la mano para que se detuviera. —Por favor no te levantes, estarás agotada. —Incómoda dio un paso atrás. —Siento haberte odiado desde el principio, pero me di cuenta del interés de Phinneas en ti y no pude evitarlo.

—Ya se había comprometido contigo cuando me conoció, debía respetar su palabra y pensaba hacerlo —dijo intentando que las culpas no recayeran en él.

—Lo sé, es un hombre íntegro y de honor. Peter me ha dicho que igual algo nos sentó mal en la cena y nos comportamos así sin ser conscientes de ello. Recordé que había tomado dos copas de jerez antes de la cena y tres copas de vino mientras cenaba, jamás bebo tanto —dijo muerta de la vergüenza—. Debió nublar mi juicio.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, por supuesto.

—¿Cómo te enteraste de lo que le sucedió a mi padre en ese camino?

—Oí una conversación de mi padre con un buen amigo suyo cuando estaban su despacho. Yo estaba en la sala de música leyendo un libro y les oí comentarlo. También hablaron de ti y de lo que sucedió hace tres años, por eso cuando Phinneas nos presentó ya sabía quién eras.

—Entiendo.

Ella agachó la mirada. —No soy mala persona, te lo juro. Todo esto me ha desbordado, tenía tantos planes…

Sintió pena por ella. —Ahora puedes hacer planes nuevos con Peter, es evidente que también es un buen hombre.

—Lo gracioso es que durante los días que estuve comprometida, muchas veces deseé que Phinneas se pareciera más a Peter en el carácter.

—¿De veras?

—Peter es más divertido y abierto, le gustan más las fiestas y siempre quiere bailar. Phinneas es…

—¿Más soso?

Se encogió de hombros, parecía muy avergonzada. —Esa parte de su carácter me agradaba, aunque sé que Peter cree que soy estúpida, siempre lo ha creído.

—No digas eso, no cree que seas estúpida —dijo preocupada porque parecía realmente triste por ello—. Seguro que llegaréis a entenderos.

—Sé que piensa eso de mí. Antes de nuestra llegada a Wrochester no es que hubiéramos hablado mucho, noté su desaprobación casi de inmediato aunque él intentaba disimularlo. No sé por qué va a casarse conmigo.

—Es su obligación.

—Sí, siempre soy la obligación de alguien, por una vez me gustaría no serlo.

Salió corriendo y Annaliese se llevó la mano al pecho de la impresión. —Pobrecita.

—Sí, hasta a mí me ha dado pena —dijo Lucy—. Le meteremos ración doble de dulces, que seguro que los necesita.

—¿Debemos seguir con el plan?

—Ahora más que nunca, milady. Ya tenemos la mitad del camino hecho, esos dos salen amándose de allí como me llamo Lucy.

Le extrañó que Phinneas no hiciera acto de presencia al mediodía y cuando era media tarde más todavía porque no había oído nada en su habitación en todo el día. Después de comer le habían lavado el cabello y aseado en condiciones por lo que se sentía hermosa con sus gruesos rizos bien brillantes. Estaba deseando que la viera porque la marquesa le había regalado un camisón lleno de encajes que era un primor y se sabía hermosa, pero no había ni rastro de él, lo que empezaba a inquietarla.

A la hora del té estaban con ella Lucy, su madre y Christine solamente, pues la marquesa tenía quehaceres y la duquesa se había ido a descansar después de comer y aún no había aparecido. Dejó la taza sobre el platillo y se lo entregó a Lucy que apartó la bandeja. —¿Dónde está mi prometido?

Las damas se miraron de reojo antes de decir a la vez —Pues estará abajo con su administrador.

—¿Pero no le había visto ayer? ¿Es que ocurre algo para que haya tenido que verle hoy también?

—Algo de unas desavenencias con unos arrendatarios —dijo Christine sin darle importancia.

Annaliese asintió. —Sí, al parecer tiene problemas con alguien que no quiere pagar. Pero debe ser algo grave para que no haya pasado por aquí en todo el día, ¿no? —Preocupada miró hacia la ventana. —Va a oscurecer, debería haber vuelto ya. Además, está convaleciente, no debería ni haber salido de casa.

—Cielo, no te preocupes, tu prometido es un hombre que sabe arreglárselas solo.

—Sí, supongo que sí. —Miró de reojo a Lucy que se hacía la tonta. Uy, uy, allí pasaba algo que no querían contarle. —¿Lucy?

Esta se volvió con bandeja y todo. —¿Sí, milady?

—¿Dónde está Phinneas?

Se sonrojó con fuerza. —¿El marqués?

—¿Acaso conoces a otro Phinneas?

—Pues conozco a uno que cosía zapatos, no sé si habrá muerto ya porque era muy mayor…

—¡Déjate de cuentos! ¿Dónde está mi prometido?

Miró a las damas que gimieron porque era evidente que se lo sacaría. —El marqués no quiere preocuparla, me ha dicho directamente que no le dijera nada.

—Ah, ¿sí? Esto es aún más interesante. Habla deprisa, es lady Belinda, ¿no? Está intentando quitármelo y que todo vuelva a ser como antes.

Su doncella puso los ojos en blanco. —Eso no puede ser, milady. Además, el marqués ya ha dejado clara sus preferencias, lo sabe todo el mundo.

Se sonrojó de gusto. —Sí, ¿verdad? —Miró a su madre y soltó una risita. —Se casará conmigo.

—Muy cierto, hija, así que deja de preguntar sobre lo que le retiene, son cosas de hombres que no nos interesan.

—A mí me interesa todo de mi hombre, madre. Venga Lucy, ¿de qué se trata?

Entonces escucharon los gritos del marqués en el piso de abajo y Annaliese sonrió de oreja a oreja. —Uy, ya ha llegado.

Lucy se volvió para decir por lo bajo —Menos mal, qué preguntona.

—Te he oído, bonita.

Su doncella soltó una risita antes de salir de la habitación.

—Hija, no deberías tener tanta confianza con el servicio, se te subirán a las barbas.

—Shusss, madre, que no me entero. —Puso la oreja, pero solo le oía gritar. —Está furioso. —Entrecerró los ojos. —¿Por qué está tan furioso? —Se hicieron las locas, al parecer no la iban a ayudar. —Muy bonito, pues me enteraré sola. —Apartó las sábanas para salir de la cama.

—¡No! —gritaron levantándose de sus sillas.

—Estoy bien, ya me siento con más fuerzas. —Descalza fue hasta la puerta y la abrió.

—Si no quería que te enteraras, no deberías escuchar —dijo Christine.

La miró como si fuera tonta. —Si no escucho no me enteraré y pienso enterarme.

Sacó la cabeza de la habitación y escuchó decir a Phinneas —¡Esto es inconcebible!

—Amigo, cálmate.

—¿Cómo voy a calmarme? ¡Ha matado a mi mejor caballo y me ha quemado varios campos! ¡Menos mal que no estaban sembrados, pero no podrán usarse este año hasta que se repongan!

—Compensaré las pérdidas —dijo Peter—. Ahora es mi responsabilidad.

—¿Cómo es posible que no nos enteráramos de esto? —gritó fuera de sí.

Escucharon un llanto y con curiosidad recorrió el pasillo hasta llegar a la balaustrada de la escalera. —¡Antes de mi compromiso me dijiste que les habías investigado!

—Y eso hice. Nadie me dijo una sola palabra negativa del hijo del marqués, en realidad de nadie de la familia.

¿El hijo del marqués? Miró hacia atrás donde su madre y Christine tampoco perdían detalle.

—¡Belinda deja de llorar! —exigió Peter.

—Lo siento, lo siento.

¿Qué era lo que sentía? Aquello cada vez era más interesante. Fue hasta las escaleras y empezó a bajarlas. Estaban el en salón y se acercó a la puerta para no perderse nada.

—Mi hermano tiene esos prontos y está furioso por la ruptura de nuestro compromiso.

—¿Esos prontos? ¡Casi mata a uno de mis aldeanos cuando intentó detenerle! Está entre la vida y la muerte, menos mal que su

hermano llegaba en ese momento y eso le hizo huir. ¡Dijo que tenía cara de loco!

—Se le pasa enseguida. En cuanto se desquita un poco…

—¡Está mal de la cabeza, Belinda!

—Por favor no le denuncies —le rogó—. Seguro que ya no hace nada más, ha cumplido su venganza y se habrá dado por satisfecho.

—¿Eso crees? ¿Y mi satisfacción? Pienso denunciarle al alguacil.

—No, por favor.

—Es un peligro, Martin está entre la vida y la muerte, merece justicia. ¡Eso por no hablar de mis pérdidas que superarán las diez mil libras!

—Phinneas, yo asumiré esa deuda.

—Amigo, tengo la sensación de que con esta familia vas a tener que asumir muchas deudas —dijo entre dientes.

—Es lo que hay, intentaré controlar los daños todo lo posible.

Belinda sollozó saliendo del salón y al verla sollozó aún más fuerte antes de subir las escaleras como una exhalación.

Alguien suspiró y escucharon el sonido del cristal chocando entre sí. —¿Quieres una copa de brandy? —preguntó Peter.

—El alcohol no nos va a ayudar.

—Joder, pues yo lo necesito. —Debió beber porque no se escuchó nada en unos segundos. —¿Y bien? ¿Lo has pensado?

—Si le denunciara, te libraría del problema.

—No me librarías de nada, mi obligación es casarme con ella, es ineludible y lo sabes. Además…

—¿Qué?

—Joder, ella no tiene la culpa de haber sido criada por esos dos chiflados. Pienso sacarla de esa casa cuanto antes.

Annaliese se llevó la mano al pecho de la impresión porque con ese gesto demostraba que ya le había entregado su corazón a Belinda. Miró a su madre que sonrió pensando lo mismo.

—Lo único que puede ayudarme es que olvides el asunto —dijo Peter—. No quiero que más escándalos salpiquen a mi familia.

Como Phinneas no decía nada Annaliese estiró el cuello para verle muy tenso mirando por la ventana. —Tengo la sensación de que te he destrozado la vida.

—No digas eso, la culpa ha sido solo mía y si tengo que asumir las consecuencias lo haré. Además, no es para tanto, es bella e inteligente, podía haber salido mucho peor parado con todos los lechos que he compartido —dijo divertido.

Se volvió. —Te gusta.

—¿Belinda? No hay hombre en la faz de la tierra al que no le guste. Sobre todo cuando mantiene la boquita cerrada y no destila ese odio contra mí. —Se echó a reír sentándose en el sofá. —Pero su respuesta a lo ocurrido no es de extrañar teniendo en cuenta con quien se ha criado. No te preocupes, ya la estoy aplacando.

Su prometido asintió. —Olvida el dinero, pero que Michael no se vuelva a acercar a mis tierras porque le pegaré un tiro entre ceja y ceja.

—Me encargaré personalmente de dejárselo bien claro, no te preocupes.

Él fue hasta el mueble bar. —Preciosa, espero que no estés detrás de la puerta, porque como sea así y te hayas levantado de la cama, me voy a enfadar.

Escucharon como varios pies se alejaban a toda prisa y sonrió volviéndose con la copa en la mano. Se sentó en su sillón ante la chimenea reprimiendo un gesto de dolor.

Peter le miró atentamente. —¿Cómo se sabe?

Bebió de su copa y suspiró. —¿Cómo se sabe qué?

—Que estás enamorado.

Annaliese aún tras la puerta sintió un vuelco al corazón.

—¿Merece la pena? —Peter se adelantó apoyando los codos sobre las rodillas. —¿Qué se siente?

Estiró el cuello para ver como su hombre miraba su copa de brandy. —No sé cómo es para los demás, para mí fue… Impactante, no me lo esperaba.

—Continúa.

—La primera vez que la vi supe que mi vida había cambiado para siempre. —Sonrió divertido. —Y no fue porque estuviera en ropa interior, que lo estaba. Pensé que era la mujer más hermosa que había visto nunca y la deseé más que a ninguna otra.

Annaliese se puso como un tomate, la verdad es que no hacía falta que fuera tan detallado con su amigo.

—¿Y no es solo deseo? A veces nubla el buen juicio.

—No, me altera en todos los sentidos. Sientes un deseo irrefrenable de protegerla de todo y todos, solo quieres hacerla feliz. Cuando supe quién era, solo deseé cerrar la boca de todas esas malas lenguas que la han fustigado toda la vida. Es como una necesidad constante de que sea feliz y te juro que pienso hacer lo que sea para que eso se haga realidad.

Los ojos de Annaliese se llenaron de lágrimas porque la amaba de veras.

—Joder… —dijo su amigo tensándola—. Estoy en un lío.

Rio por lo bajo. —¿No me digas? Cuando has dicho que pagarías la deuda me he dado cuenta. Con lo agarrado que eres…

—No tiene gracia.

—Estabas perdido en cuanto soltó la primera lágrima, se te cambió la cara.

—Hará conmigo lo que quiera —dijo molesto.

—No si te ama.

—Eso no pasará, solo piensa que te ha perdido a ti.

—Eso es ahora, en un futuro ni recordará que estuvimos comprometidos. Solo hay que darle tiempo. Por cierto, ¿cuándo es la

boda?

—Pensaba hacerla en mi finca de Dorset, pero ahora con lo de su padre y su convalecencia, tendrá que ser aquí y cuanto antes. Mañana si puede ser.

—Haré que llamen al pastor.

—¿Y tú?

—Yo esperaré a que mi mujer se recupere y haremos una bonita ceremonia aquí con algunos familiares, los más allegados. Por cierto, estás invitado, procura que el regalo sea bueno. Algo para ella, algo que le haga ilusión.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas porque no podía ser más feliz.

—Ya sé lo que le regalaré, tengo entendido que toca muy bien el piano.

Se le cortó el aliento.

—Amigo, aquí tenemos tres.

—Como este no, era el de mi madre. De todas maneras pensaba en tu casa de Londres, no pensaba trasladarlo hasta aquí, el ajetreo del viaje puede dañarlo.

Debía ser impresionante porque Phinneas se quedó sin palabras. —No sé qué decir, es una pieza única.

—Belinda odia tocar y ocupa muchísimo espacio. Haré que te lo lleven a tu casa de la ciudad.

—Gracias, amigo, sé que le encantará.

La puerta principal se abrió de golpe chocando contra la pared y el hermano de Belinda entró mostrando su traje desgarrado por varios sitios, su cara tiznada y manchada de sangre. Se miraron a los ojos y él sonrió con una maldad que le removió el alma. —Tú —dijo él como si la conociera.

Asustada dio un paso atrás. —¡Phinneas! —gritó.

—Sabía que me esperarías.

Caminó hacia ella y asustada intentó correr hacia las escaleras sin ver el cuchillo que tenía en la mano. Gritó agarrándose a la barandilla y subió dos escalones librándose de que la agarrara por el camisón antes de que los hombres se tiraran sobre él.

—¡Soltadme! —gritó con su prometido sobre su espalda mientras Peter le arrebataba el cuchillo lleno de sangre.

Asustada por Phinneas se llevó una mano al pecho mientras los lacayos acudían a ayudar a sus señores.

—Dios mío, ¿qué ha pasado? —preguntó la marquesa bajando las escaleras a toda prisa mientras le levantaban—. Hijo, ¿estás bien?

Hudson ayudó a su señor a ponerse en pie. —Sí, madre —dijo con esfuerzo antes de mirar a ese loco y gritar —¡Encerradle en la bodega!

Lord Michael se echó a reír. —¡No podréis impedirlo! ¡No libraréis a esa zorra de la justicia!

—¿De qué habla? —preguntó Peter.

—No lo sé, está loco. —Se volvió hacia su prometida y se acercó cojeando. —¿Estás bien?

—Sí, no me ha tocado siquiera.

—Madre, ¿puedes acompañarla a su habitación? Peter y yo tenemos que resolver esto.

—Sí, por supuesto.

—Y que no salga —dijo enfadado.

Su madre asintió mientras las demás les observaban desde el piso de arriba. —¿Qué ha pasado? —preguntó cogiendo su brazo.

—No lo sé —dijo impresionada—. Me ha mirado de una manera que me ha puesto los pelos de punta. Quería matarme.

—Es evidente que ha perdido la cabeza, debe ser cosa de familia porque su padre está igual. Ayer por la noche se cortó en el brazo con el cuchillo que le habían llevado para la cena.

Belinda desde lo alto de la escalera sollozó antes de salir corriendo. El doctor también estaba allí y Annaliese cuando llegó arriba le pidió —Dele algo para que se calme, ¿quiere? Son muchos disgustos seguidos.

—Entendido, milady. ¿Usted está bien?

—Sí, no me ha hecho nada.

—No deberías haber salido de la cama —dijo su suegra.

—Lo sé, no me regañes. —Entraron en la habitación y todas la siguieron. Se metió en la cama pensando en lo ocurrido. —En la bodega estará bien encerrado, ¿no? Ese hombre no atiende a razones, y siento que está demasiado cerca.

Su madre la arropó. —A mí me preocupa mucho más la otra.

—No digas eso, madre.

—Es cierto, si su familia está loca ¿por qué ella no? Antes dijiste que se había disculpado. ¿Después de cómo se puso? Me parece muy raro, no quiero que vuelva a entrar en tu habitación.

Guillermina asintió apretándose las manos. —Igual tienes razón. Haré que un lacayo haga vigilancia ante tu puerta y no la dejaremos pasar.

—Estáis exagerando. —Miró a Lucy y por su mirada era evidente que estaba de acuerdo con ellas. —No pienso hacer eso, no pienso tratarla como nos trataron a nosotras por la conducta de mi padre. Ella aún no ha hecho nada y merece el beneficio de la duda. El otro día estaba enfadada y es lógico por lo que le hicimos, ¿no creéis? Ella no había hecho nada y le arrebatamos un futuro mejor, no es extraño que se enfureciera. Y seamos francas, estaba totalmente acertada con sus suposiciones.

Todas se mantuvieron calladas.

—Es evidente que lady Belinda está en problemas y debemos ayudarla, no aislarla más.

—¿Cómo han podido disimular su locura tanto tiempo? —preguntó Christine—. Eso se nota.

La marquesa apretó los labios. —No es que se prodigaran mucho en la buena sociedad, de hecho casi no salían del campo. Si fueron a Londres seguro que fue para la presentación de la niña. Yo solo vi al marqués una vez, en una boda de un primo y creo recordar que se fueron enseguida. Su hijo ni había nacido.

—¿Qué fue de la madre?

—Murió en su segundo parto, eso lo sé porque la noticia llegó a Londres, pero como tenían tan pocas relaciones no creo que muchos se desplazaran hasta la finca para despedirla.

—¿La recuerdas de su debut?

Guillermina entrecerró los ojos. —No, creo que fue un matrimonio concertado, alguien que vivía cerca de su casa de campo. Un matrimonio por tierras, eso es seguro, él podía haber aspirado a algo mejor con su fortuna y su título.

—Igual se amaban, si era tan hermosa como Belinda puede que la amara —dijo Annaliese.

—No, no se parecía a ella. Su madre era lo que llamamos del montón. Y era muy tímida, nada que ver con su hija. Si la amaba no puedo confirmarlo, en la boda apenas la vi. —Entrecerró los ojos. —La única imagen que tengo en mi cabeza de ella, es verla sentada en una silla con una copa de jerez en la mano. Me extrañó que estuviera sola y me dio la sensación de que no estaba muy cómoda. Iba a acercarme, pero mi marido me sacó a bailar y ya no la volví a ver. Como os digo se fueron muy temprano, no tuve la ocasión de hablar con ella más allá de las presentaciones antes de la ceremonia.

—No era de la clase alta y no estaba a gusto en ese tipo de celebraciones —dijo Christine.

—Estaba acostumbrada a vivir en el campo y su marido no es que se prodigara demasiado en invitaciones, no recuerdo a nadie que me dijera alguna vez que había ido a verle a su finca.

—No invitaban a nadie, eso indica que tenían algo que esconder —dijo Shirley.

—Ahora que lo pienso es evidente.

Sus vidas eran tan paralelas que sintió aún más pena por Belinda, encerrada en el campo y criada por un hombre que no estaba bien, como su padre. Habían sido sometidas a un encierro que ninguna merecía y no habían tenido una infancia normal. Sí, sintió mucha pena por ella porque la comprendía mucho más de lo que Belinda creía.

# Capítulo 11

Dijo que necesitaba descansar un poco y la dejaron a solas en menos que cantaba un gallo. Dejó pasar unos minutos y se estaba levantando cuando la puerta se abrió mostrando a su marqués y no parecía nada contento. —¿Estás bien? —Miró a su alrededor con el ceño fruncido. —¿Y tu madre?

—Como iba a descansar un poco, se ha ido para no molestarme. —Forzó una sonrisa. —Pensé que dormir un poco me aplacaría los nervios, ya sabes.

—¿Y si ibas a descansar a dónde vas?

—Me estaba metiendo en la cama.

—¿No me digas? —preguntó con desconfianza—. No quiero que salgas de aquí hasta que se vayan, es una orden.

—Sí, cielo —dijo como una niña buena.

Él se acercó mirándola como si no se creyera una palabra. —Preciosa, hablo en serio.

—Lo sé. ¿Qué vais a hacer con lord Michael?

—El doctor le ha dado algo para que se calme y ahora duerme como un bebé. Dice que ha pasado una crisis y que la gente que tiene ese tipo de problemas puede pasar periodos normales hasta la siguiente crisis.

—¿No me digas?

—Eso dice.

—¿Y qué las desata?

—No se sabe muy bien, aunque han tenido nervios de sobra durante estos días para desatar una crisis hasta en el más cuerdo. —Se sentó en la cama y tocó uno de sus gruesos rizos. —Estás preciosa.

Sonrió de oreja a oreja. —¿De veras?

Se acercó y besó suavemente sus labios. —¿Tu madre no nos sorprenderá?

—No —dijo ansiosa pasando el brazo por detrás de su cuello para atraerle—. Cree que estoy dormida. —Acarició sus labios. —Así que puedes aprovechar y hacerme el amor.

Él gruñó elevando su mano y acunando su pecho. Annaliese jamás creyó que se pudiera sentir algo así. —Preciosa, no estás en condiciones.

—Eso me gusta —dijo inclinando su cuello hacia atrás, hecho que él aprovechó para besarlo—. Me gusta mucho.

Su mano bajó por su cintura y la metió entre sus sábanas hasta su entrepierna. Acarició su sexo por encima del camisón y ella gimió de gusto mientras él besaba su cuello con ansias. —Me vuelves loco.

—Sí. —Sintió su dedo rozando su sexo y mareada se dejó caer sobre las almohadas llevándoselo con ella. —Hazme tuya.

Él se apartó para mirarla a los ojos. —Ya eres mía —dijo con una pasión que le alteró la respiración. Phinneas bajó la vista hacia sus pechos y se agachó para pasar su lengua por su pezón endurecido. A pesar de llevar el camisón sintió como si la traspasara un rayo y cerró los ojos disfrutando de aquella maravilla mientras él elevaba la tela de su camisón con la mano que acariciaba sus húmedos pliegues. Cuando la yema de su dedo tocó su sexo y lo recorrió, Annaliese se arqueó sin darse cuenta.

—Preciosa, te vas a hacer daño.

Preocupado apartó la mano y ella se la cogió. —No, no me dejes.

Movió la mano de Phinneas sobre su sexo haciéndole perder el aliento y mirándola posesivo la siguió acariciando. —¿Te gusta? —Ella le soltó porque continuaba dándole sensaciones maravillosas y gimió de placer. —Pues no has visto nada. —Se acercó a su oído y susurró —Ahora verás el paraíso. —Su dedo entró en su ser tan lentamente que fue una tortura y acarició su interior hasta tocar un punto que la tensó con tal fuerza que pensó que perdería el juicio. Con cada caricia su cuerpo quería más, parecía que nunca se saciaría hasta que su pulgar acarició el botón de su placer presionando con la suficiente fuerza que todo estalló alrededor de Annaliese y realmente vio el paraíso.

Phinneas besó su cara hasta llegar a sus labios. —Estás preciosa durante el clímax. —Acarició su sexo de arriba abajo estremeciéndola de nuevo. —Disfrutaremos mucho en el lecho, estás hecha para mí.

Él apartó la mano y Annaliese abrió los ojos para ver cómo se metía dos dedos en la boca saboreándola. —Deliciosa, otro día llegaremos a eso y mi boca beberá directamente de ti.

Al entender lo que quería decir protestó —¿Otro día? ¡No!

Rio por lo bajo apartándose. —Cuando estés mejor. Ahora tengo cosas que hacer. —Por la puerta de comunicación entró en su habitación y Annaliese le siguió. —Preciosa, ¿qué te he dicho?

—Mi ansia es culpa tuya, marqués, así que no te quejes.

Rio por lo bajo quitándose la chaqueta.

—¿Qué tienes que hacer? Deberías descansar.

—Saldré a revisar mis tierras.

—Pero cielo, es prácticamente de noche.

—Debo comprobar que Michael no ha hecho más maldades, tengo arrendatarios que dependen de mí y debo asegurarme de que todo está bien.

Sabía que tenía razón. —Dime que no irás solo.

—Peter me acompañará, no te preocupes.

Se apretó las manos angustiada y al mirar su pierna herida se dio cuenta de que su pantalón beige tenía una pequeña mancha de sangre. —Estás sangrando.

—No es nada.

—¡Esto no me gusta! ¡No me gusta nada!

Sonriendo vio como ella regresaba a su habitación.

—¡Y vete armado!

—Lo haré.

—Y te quiero en casa antes de medianoche.

—Eso no puedo prometerlo, debo visitar varias casas.

—¡No, no me gusta nada! ¡Hazlo por la mañana!

—¿Y si alguien está herido, preciosa?

Annaliese apareció de nuevo en la puerta y no disimulaba su preocupación.

—¿Y si alguien necesita ayuda?

—¿Soy una egoísta?

—Solo estás preocupada por mí.

Se acercó a él y rodeó su cuello con el brazo. —Ahora no puedo perderte. Has hecho que me hiciera ilusiones de un futuro mejor, no lo fastidies.

Phinneas sonrió. —Te prometo que volveré sano y salvo, solo serán unas horas. —Besó sus labios y antes de que pudieran evitarlo se saborearon con intensidad. Él gruñó apartándose y apoyó su frente en la suya. —Vuelve a la cama, voy a ponerme ropa de abrigo.

—Yo puedo ayudarte.

—No puedes ayudarme con las botas, llamaré a Will.

Chasqueó la lengua porque tenía razón, no podría ayudarle con las botas y le daba una rabia… Alejándose dijo —No es justo, tú ya me has visto desnuda.

Él rio por lo bajo. —¿Impaciente?

Le miró con picardía. —Mucho.

—Pues recupérate pronto, preciosa, porque lo estoy deseando.

Era más de medianoche y Annaliese inquieta no podía pegar ojo. ¿Dónde estaría? —Estabas avisada, Annaliese, no seas impaciente. —Bufó mirando la mesilla de noche y alargó la mano para coger una de las pastas que Lucy le había llevado con la leche. Leche que no se había tomado, porque sospechaba que su prometido había insistido en que le dieran algo para que durmiera. Sonrió maliciosa. A ella no se la daban tan fácilmente.

Masticó la pasta y para intentar entretenerse iba a coger el libro que había estado leyendo cuando se dio cuenta de que no estaba en la mesilla. Miró la otra, pero tampoco estaba. ¿Dónde lo había metido Lucy? Se sentó con cuidado para mirar bien la habitación, pero no lo veía en ningún sitio. Sus ojos fueron a parar a la puerta de comunicación y pensó que podía leer algún soneto de Shakespeare. Igual el libro aún estaba allí. Se levantó de la cama y abrió la puerta. El fuego de la chimenea también estaba encendido allí, así que vio el libro sobre la mesilla de inmediato. Lo cogió y al volverse escuchó un sonido en su habitación. Se detuvo en seco porque había sido como un crujido en el suelo y al mirar el espejo de cuerpo entero que estaba cerca de la puerta de comunicación, pudo ver en su reflejo a Belinda con una pistola en la mano. Para que luego te fíes de las que tienen cara de buenas. La rabia la recorrió y dejó el libro sobre la cama. Se acercó a la zona más oscura de la habitación que era al lado de una cómoda y de la que pasó cogió la navaja de afeitar que había allí. La abrió acercándose a la puerta sin hacer ruido.

Pudo ver su mano con la pistola antes que a ella y sin dudar Annaliese elevó la navaja rajando su muñeca. Belinda chilló de dolor soltando la pistola y ella la agarró de su moño empujándola con fuerza hacia atrás provocando que cayera de culo al suelo ya en su

habitación. Con la navaja en la mano dio un paso hacia ella. —¿Una visita nocturna?

Asustada negó con la cabeza. —No es lo que te imaginas.

—Ah, ¿no? ¿No querías matarme?

—¡No! ¡Solo quiero sacarte de aquí! He venido a ayudarte, pensaba que ya estaría aquí.

—¿Qué?

—Tenemos que irnos cuanto antes —susurró mirando hacia la puerta como si estuviera asustada.

—¿De qué hablas?

La miró a los ojos y sollozó. —Mi hermano se ha escapado —susurró tensándola.

—Estás mintiendo.

—Te juro que no, no quería que se escapara, pero tenía que hacer algo. Todo el mundo se enterará de que está loco, será mi ruina, nadie querrá recibirme y Peter me odiará.

—No te odiará.

Se echó a llorar tapándose el rostro. —Ya me odia, seguro que ahora no quiere casarse conmigo, ¿y que será de mí? ¡Me quedaré encerrada en esa horrible casa para siempre!

Se agachó ante ella. —No digas tonterías, Peter está prendado de ti.

—No, no es cierto.

—Se lo oí decir yo misma.

Retuvo el aliento antes de apartar sus manos. —¿De veras le agrado?

Parecía que era lo que más deseaba del mundo y Annaliese sonrió. —Hará todo lo posible para que seas feliz.

Ella hizo una mueca. —Pues la he liado bien, porque mi hermano está suelto por la casa.

—¿Pero a ti qué te pasa?

—Creí que huiría, que regresaría a nuestra hacienda, pero ni para eso llega su lucidez. Me empujó y salió corriendo. Le seguí, pero en lugar de irse le vi subiendo escaleras arriba, por eso cogí la pistola, para ayudar.

Asustada por su familia se levantó. —Muy bien, hay que detenerlo antes de que haga daño a alguien, así que hay que dar la voz de alarma.

—Si Peter se entera de esto…

—No se enterará si atrapamos a Michael primero y le volvemos a encerrar.

—Se lo dirá el servicio.

Escucharon un grito espeluznante en la casa y ambas palidecieron antes de correr hacia la puerta. El pasillo estaba iluminado por una lámpara de aceite que estaba sobre una cómoda. Guillermina pálida del susto salió de su habitación en camisón. —¿Qué ocurre?

—Entra en tu habitación y enciérrate. Puertas y ventanas, ¿me has entendido?

Asintió antes de entrar a toda prisa.

—¿Llevas la pistola?

—Oh… —Belinda entró corriendo y salió segundos después llevándola en la mano. —Ya está.

Se la cogió antes de que se diera cuenta. —Mejor la llevo yo.

—Sí, porque estoy tan nerviosa que ni atinaría —dijo pálida.

Le ofreció la navaja y la cogió de inmediato. —Escóndela, si te coge no dejes que la vea hasta que puedas atacar.

—De acuerdo.

Se escuchó otro grito y voces abajo. Llegaron a la esquina y Annaliese estiró el cuello para mirar, pero solo vio llegar a su tía con su madre que llevaba otra pistola en la mano, la de su padre. Salió al pasillo y mostraron su alivio al verla. —¿Estás bien, hija?

—¿Sabéis dónde ha sido el grito?

—Yo lo escuché muy cerca —dijo Mary Beth—. Y me pareció un grito de hombre.

Se acercó a la escalera y vio que Hudson llegaba corriendo a medio vestir. —¿Han visto a alguien?

—No, milady.

—Lord Michael se ha escapado, búsquenlo.

—¡Armaos, rápido! —les gritó a los lacayos.

Se volvió hacia su madre y la cogió del brazo llevándola a la primera habitación que encontró. —Encerraos aquí y no os mováis. Cerradlo todo, ¿me oís?

—Hija, ven conmigo.

—Voy a buscar a Christine, madre. —Juró por lo bajo. —¿Dónde está su habitación?

—Está al lado de la mía, da la vuelta a la esquina tercera puerta por la derecha —dijo la duquesa.

—Bien, haced lo que os he dicho.

—¿Y ella?

Las tres miraron hacia Belinda que temblaba y todo de los nervios, pero dijo —Yo voy con ella. Es mi hermano, es mi responsabilidad.

—Vamos.

Vieron cómo se alejaban mientras varios lacayos llegaban a su piso con escopetas y pistolas. —Revisad las habitaciones una por una y llevad a la marquesa con mi madre.

Varios corrieron hacia el ala sur para ir a por la marquesa y ellas sintiéndose más tranquilas porque dos hombres armados las acompañaban, dieron la vuelta a la esquina del ala norte a la zona de invitados. Apuradas llegaron a la habitación de Christine y llamaron con fuerza. No respondió. —¿Christine? —Preocupada por ella agarró el pomo y lo giró. La habitación estaba en penumbra porque el fuego se había apagado y al mirar hacia la cama vieron

que estaba deshecha. Preocupadísima susurró —Dios mío, ¿dónde está?

Escucharon un gemido y vieron una mano que se movía en el suelo al otro lado de la cama. Corrieron hacia allí y la encontraron tirada en el suelo. —¡Christine!

—Revisa si está herida. —Belinda se acercó a la lámpara de aceite de encima de la mesilla y la encendió.

No veía nada extraño y su amiga volvió a gemir.

—¿La ha golpeado en la cabeza?

Se la tocó con cuidado y sintió algo viscoso. Elevó la mano para ver que era sangre. —Eso parece.

Un lacayo entró en la habitación con la respiración agitada. —Milady, el marqués de Essington…

Belinda corrió fuera de la habitación y Annaliese la siguió gritando —¡Encárguense de milady! ¡Pónganla a salvo!

Siguió a Belinda hasta una habitación abierta, pero la sangre del suelo ya le indicó que no iban a encontrar nada bueno. El grito desgarrador de Belinda le puso los pelos de punta y cuando entró se estremeció por el horror. El marqués estaba sobre la cama que estaba llena de sangre. Le habían apuñalado tantas veces en el estómago que hasta se le veían los intestinos. —Dios mío… —Tuvo que apartar la mirada mientras Belinda no dejaba de gritar horrorizada. —¡Sáquenla de aquí!

Tuvieron que agarrarla entre dos lacayos para sacarla a rastro, estaba fuera de sí. La siguió fuera de la habitación y ordenó —Cierren esa puerta hasta que llegue el marqués.

—Entendido, milady.

Hudson llegó corriendo. —Milady, no encontramos al doctor Martinson.

—¿Cómo que no le encuentran?

—No está en su habitación, la cama está sin deshacer.

Recordó que en una de sus conversaciones le dijo que era una ávido lector. —¿Han mirado en la biblioteca?

Hudson le hizo un gesto a unos lacayos que salieron corriendo. —¿Qué hacemos, milady?

—¿La marquesa está a salvo?

—Con su madre y con la duquesa, lady Christine está también con ellas, aunque sigue inconsciente.

—Quiero que Lucy se quede con ellas y que dos hombres armados hagan guardia ante la habitación.

—Entendido, milady.

—La casa es enorme, tardaremos muchísimo en revisarlo todo y más de noche. Que alguien vaya a buscar a mi prometido. Debe regresar cuanto antes.

—¡Señor Hudson!

Se acercaron a la escalera para ver un lacayo con la cara demudada. —El doctor está en la biblioteca, creo que está muerto.

—No, no… —Bajó los escalones corriendo y fue hacia la biblioteca. El doctor estaba sentado y su cuerpo caía sobre la mesa que tenía frente a él, estaba llena de sangre. Con el corazón latiéndole frenéticamente le agarró del hombro para enderezarlo y todos vieron el profundo corte que tenía en el cuello. Gimió dejándolo como estaba. —Hay que encontrar a ese hombre cuanto antes. Que nadie vaya solo, todos de dos en dos, que se vigilen los unos a los otros.

—Entendido, milady.

—Es muy peligroso, que nadie se confíe.

Se alejó para volver con su familia.

—Milady…

Se volvió para mirarle. —Tenga cuidado, creo que la busca a usted y no por lo que ocurrió con lady Belinda.

Entrecerró los ojos. —¿Qué quieres decir?

—Yo fui el encargado de llevarle la cena, milady, no quería encomendar a nadie esa desagradable tarea. Me preguntó por usted. Me preguntó por…

—Continúe, no me oculte nada.

—Me preguntó por la hija del conde, que le dijera a usted que sería suya para siempre.

Perdió el poco color que le quedaba en la cara. —¿Cómo que sería suya? Si no le conocía hasta que llegó aquí.

—No sé lo que quería decir, se lo iba a decir al marqués cuando llegara, pero…

—¡Hudson!

Escuchar la voz de Phinneas fue un alivio y como pudo corrió hasta el hall. Al ver que estaba bien se tuvo que apoyar en la pared.

—¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando?

—Se ha escapado, milord, y ha matado a su padre.

Peter, tras él con una escopeta en la mano, corrió escaleras arriba escuchando los gemidos de dolor de Belinda. Phinneas y ella se miraron a los ojos. —¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí, pero ha matado al doctor también y Christine está herida.

—Hudson, hay que revisar la casa de arriba abajo —ordenó acercándose a ella cojeando muchísimo, lo que demostraba que su pierna estaba agotada.

—Lo estamos haciendo, marqués, pero puede esconderse en cualquier sitio aprovechando la oscuridad.

La cogió del brazo mostrando su pistola en la otra mano. —Hay que encontrarle, empezaremos de arriba abajo. Ven, preciosa.

Le siguió sin protestar escaleras arriba y vio como Peter entraba en la habitación donde estaban las mujeres. Su prometido entró tras él y cerró la puerta para ver la situación. —¿Estáis todas bien?

—Hijo, lady Christine no se despierta. Tiene un golpe muy feo en la frente y tiene un corte. No es muy grande, pero que no se despierte es preocupante.

—Pues ahora mismo no puede ser atendida, el médico ha muerto.

Guillermina se tapó la boca de la impresión y Mary Beth se echó a llorar temiendo por su dama de compañía.

Peter abrazaba a Belinda que se dejó consolar aferrándose a él. —Shusss —dijo acariciando su cabello—. Te vas a poner enferma si sigues llorando así. —Preocupado por ella miró a su amigo. —Tenemos que sacarlas de aquí.

Asintió. —Es lo que estaba pensando. Prepararemos dos carruajes y las llevaremos a la casa de la marquesa viuda.

Lucy que estaba atendiendo a Christine que estaba tumbada en la cama dijo —Las damas necesitan ropa de abrigo, milord.

—Encárgate de ello. Un lacayo te acompañará hasta las habitaciones y no se separará de ti. Las quiero preparadas en media hora.

—Estarán listas para partir, yo me encargo.

Miró a su prometida. —No saldréis de esta habitación hasta que yo vuelva a buscaros, ¿me has entendido?

—Sí.

—No es momento de hacerse la valiente, preciosa, es momento de actuar con cautela.

—No te preocupes por nosotras. —Le rogó con la mirada. —Ten cuidado.

La cogió por la nuca besándola como si quisiera marcarla antes de decir yendo hacia la puerta —¡Peter!

Este besó en la frente a Belinda y se volvió hacia Annaliese. —¿Puedes encargarte de ella?

—Por supuesto. —Se acercó y la cogió por los hombros para llevarla hasta el diván que había al lado de la ventana.

—Tiene un corte muy feo en la muñeca —dijo Peter—. ¿La atacó?

—Quiso verle y le arrebató el cuchillo que había llevado para defenderse —mintió sin sentir ningún remordimiento.

—Ese cabrón —dijo furioso.

Se acercó a ella y cogió la navaja de afeitar que aún tenía en su mano para dejarla sobre la mesilla que tenía a su lado. Revisó la herida. —Lucy trae algo para vendar su muñeca.

—Enseguida, milady.

Los tres salieron de la habitación y Shirley cerró por dentro. —Dios mío, esto es una locura.

Sin responder se sentó al lado de Belinda que la abrazó. —Gracias, gracias —susurró en su oído.

—Shusss, no tienes que darlas. —Vio como las mujeres se acercaban a Christine impotentes porque no podían ayudarla. —Tienes que contarme algo. —Se alejó lo suficiente para mirarla a la cara. —Y es muy importante, así que necesito que seas sincera.

—Te lo juro por mi vida, no te mentiré.

—Esta noche, antes de la cena, tu hermano preguntó por mí a Hudson. Le dijo que era suya, ¿sabes por qué dijo eso?

Belinda frunció el ceño. —¿Dijo eso?

—Sí.

—¿Seguro que no se equivo…? —Separó los labios de la impresión. —No puede ser, ni estábamos en Londres en ese momento.

—¿De qué hablas?

—Cuando murió tu padre nosotros estábamos en el campo por el aniversario del fallecimiento de mi madre.

—Tu cumpleaños.

—Sí, pero nunca lo celebramos, vamos hasta la tumba de mi madre y… Bueno, da igual, el hecho es que a pesar de que hacía poco que me había comprometido mi padre insistió en que nos

fuéramos cuando no era lo más conveniente. Mi hermano dijo que llegaría el día antes del aniversario, que mi padre no se preocupara, que tenía cosas que hacer en la ciudad. Como prometió llegó el día antes por la mañana, estaba excitadísimo y traía el periódico de Londres. La muerte de tu padre salía en primera página. Se rieron porque les debía dinero y dijeron que ese ladrón había recibido su merecido.

Shirley que lo estaba escuchando todo dio un paso hacia ellas manteniéndose en silencio.

—¿Les debía dinero?

—Eso fue lo que dijeron. La noche de mi cumpleaños bajé a la sala de música donde me había dejado un libro y mi padre estaba en el salón anexo bebiendo y desvariando. No dejaba de hablar de cómo había muerto tu padre. —Miró de reojo a Shirley. —De cómo le habían colgado, de lo demás…

—Continúa.

—Fue a él a quien le oí decir esas cosas, no hablaba con ningún amigo, estaba solo.

—Entiendo, solo dijiste que se lo decía a un amigo para encubrir su locura. Llevas haciéndolo toda la vida.

Asintió. —Entonces dijo bien hecho hijo, él no cumplió su palabra y su hija... Fue cuando farfulló algo sobre que los compromisos se cumplían. Yo sabía que mi hermano estaba en su habitación, así que no podía estar hablando con él, pero dijo esas palabras. No le di importancia, estoy acostumbrada a sus desvaríos. Pero ahora…

Asombrada miró a Shirley y vio en sus ojos que estaba angustiada. —Madre, ¿qué me has ocultado?

—Hija…

Se puso en pie. —¡Qué me has ocultado!

—¡No sabía que era él!

—¿Él?

—Tu padre quería que llevaras una buena vida, una vida tranquila, así que…. Te buscó marido.

Empezando a entender se llevó la mano al pecho. —No.

—¡Te juro por la tumba de mi madre que no sabía que era él! ¡Edward dijo que era el hijo de un marqués, pero no me dio su nombre! Su padre buscaba esposa para él, dijo que le había conocido en el club. Edward estaba desesperado, llevaba meses buscando el candidato idóneo. No tenías dote y después de lo que ocurrió en nuestra casa cuando mataste a esos hombres eras poco deseable para el matrimonio, eso sin mencionar la fama de tu padre, sus deudas... Era difícil que alguno aceptara.

—Pero él me aceptó, ¿no es cierto?

Shirley se echó a llorar. —Tu padre necesitaba dinero para calmar a sus acreedores y él lo tenía. ¡Parecía un buen partido, no había escándalos tras su nombre, serías marquesa, llevarías la vida que siempre quisimos para ti!

—¡Me vendió por dinero! —gritó desgarrada.

Su madre arrepentida dio un paso hacia ella. —Creímos que era lo mejor para ti.

Intentando contener el dolor preguntó —¿Qué pasó para que no me lo comunicarais?

—No lo sé, un día tu padre regresó a casa y dijo que al final no le daría tu mano. Afortunadamente fue antes de que el compromiso se anunciara.

—Pasó algo que delató a Michael, ¿no es cierto?

—Tu padre nunca me lo dijo, ya sabes cómo era, decía que no me preocupara que él lo arreglaría. ¡Y creí que lo había hecho porque no volvió a mencionarlo! ¡Jamás pensé que su muerte tuviera algo que ver con eso, ha pasado más de un año! —Le rogó con la mirada. —Estaba muy arrepentido de su comportamiento mientras crecías, me lo dijo mil veces, solo quería darte una vida mejor.

Sollozó. —Me vendió, madre. Volvió a comportarse como el egoísta que era y me vendió por dinero.

—Yo no sabía nada de eso, lo juro por mi vida —dijo Belinda.

Llamaron a la puerta y se sobresaltaron. —¿Quién es?

—Soy yo, milady.

Fue a abrir a Lucy que entró cargada de ropa seguida de Alice. —Aprisa, vístanse, no dan con él y el marqués se está impacientando. No he traído corsés, solo chaquetillas y faldas. Alice reparte los botines. Pónganse las medias gordas, eso las calentará. —Se acercó a ella. —Está muy pálida, milady. Para que no le haga daño en la herida de la operación a usted le he traído dos batas, siéntese que le pongo las medias.

Aún intentando digerir todo aquello se sentó de nuevo en el diván y Lucy le puso la media de lana hasta encima de la rodilla. —Milady, ¿qué ocurre?

—Mi padre me vendió a él, cree que soy suya.

Lucy se detuvo en seco. —¿Habla de lord Michael? —Al ver su mirada perdida miró a Belinda y esta asintió. —Dios mío…

—Mi hermano no hubiera tenido un heredero de otro modo. Cualquier mujer que le tratara se daría cuenta en unos minutos que no está bien. Seguro que mi padre intervino para llegar a ese trato porque con mi madre hicieron lo mismo.

Todas la observaban y Belinda avergonzada se miró las manos. —Mi niñera fue su niñera y me contó que cuando mi madre cumplió dieciséis años mi padre entró en su casa y le ofreció dinero a mi abuelo por su mano. No tuvo más remedio que aceptar porque estaba a punto de perder sus tierras.

—Tenía deudas —dijo Shirley—. Como mi marido.

—Alguien débil del que aprovecharse —susurró Belinda—. Esa frase la decían mucho.

—Malditos locos —dijo Mary Beth con rabia.

Lucy le puso la media en el otro pie y se preocupó porque estaba helado. —Debe calentarse, milady.

—¿Por qué le mató?

Todas la miraron. —¿De qué hablas, hija?

—¿Por qué Michael mató a su padre? ¿Por qué matar al marqués cuando era su aliado? ¿El único ser que seguramente comprendía lo que le pasaba?

Belinda sollozó. —No lo sé, Michael siempre le ha adorado. Ambos se querían muchísimo. Aunque en la mañana siguiente al duelo padre estaba distinto y parecía enfadado con él.

—¿Qué quieres decir?

—Varias horas después de que el doctor medicara a mi padre, este se despertó y fue evidente que estaba lúcido. Me alivié por ello porque había pasado la crisis. Me dijo que avisara a mi hermano, que quería hablar con él. Corrí a su habitación y cuando me abrió me di cuenta de que Michael había bebido. Padre se enfadaría si alguien le veía así, pero no tuve más remedio que darle su recado. Le acompañé hasta la habitación y les dejé solos, pero les oí discutir. No volví a ver a mi hermano hasta que le encerraron.

—Algo pasó en esa conversación —dijo Mary Beth—. Algo le dijo su padre que le enfureció.

—No quemó los campos para vengarse de Phinneas por dejar a su hermana, los quemó porque se iba a casar con la mujer que consideraba suya. —Shirley se apretó las manos. —¿Qué hacemos?

—Salir de aquí cuanto antes —dijo Lucy—. Venga milady, póngase en pie. Con estas dos batas no tendrá frío. Yo las acompañaré para asegurarme de que todo va bien.

—Gracias. Alice, encárgate de lady Christine, que no se enfríe.

En ese momento Christine gimió y abrió los ojos. —¿Qué ha pasado? —preguntó su amiga desorientada.

—Gracias a Dios —dijo Mary Beth acercándose—. ¿Estás bien?

Se llevó la mano a la frente. —Menudo porrazo me he dado.

—¿Qué? —preguntó Annaliese—. ¿Michael no te ha pegado?

—¿Michael? No, escuché un grito y salté de la cama, un pie se me enredó en la sábana y me golpeé con algo. Puede que el poste de la cama. ¿Sangro?

—Ya no, tranquila —dijo Shirley.

—Lo importante es que te has despertado —dijo Mary Beth emocionada.

—Estoy bien.

Vio como Belinda seguía sangrando por la herida que le había hecho, pero esta no pidió ayuda. Se cerró la segunda bata y se puso las zapatillas que su doncella había llevado antes de acercarse a Belinda y coger su brazo. En cuanto Christine vio la herida dijo —Debo coserla.

—Ahora no tenemos tiempo. —Lucy le tendió unas tiras de tela a Annaliese. —Apriétesela bien con eso, de momento tendrá que valer.

—Vamos milady, tenemos que irnos —dijo Alice tendiéndole a Christine otra bata.

—¿Nos vamos?

—Yo no pienso quedarme aquí para esperar acontecimientos —dijo Shirley ya con el abrigo puesto.

Annaliese ajustó bien la venda en su brazo y preguntó —¿Está bien así?

—Sí, gracias —dijo mientras la cerraba con un nudo.

—Christine te la coserá en cuanto lleguemos.

—La casa no está lejos —dijo la marquesa—. Lucy avisa a mi hijo, como salgamos sin avisarle pondrá el grito en el cielo.

—Sí, milady.

Las doncellas salieron a toda prisa y Annaliese pudo ver que había dos lacayos apostados en la puerta. Nerviosa cogió la navaja de afeitar y se la metió en el bolsillo de la bata.

Todas preparadas se acercaron a la puerta y su prometido no tardó en llegar con Peter y varios hombres armados. —No le

encontramos, así que nos vamos cuanto antes. Ha iniciado un fuego en la tercera planta del ala sur, quedarse aquí no es seguro.

—Dios mío… —dijo su madre—. Hijo, necesitamos ayuda.

—Ya he avisado, vendrán los del pueblo a echar una mano. Vamos, quiero sacaros de aquí.

Annaliese caminó a su lado hasta las escaleras. Phinneas no dejaba de mirar a su alrededor mientras las escoltaba. —Esto es por mi culpa.

—No digas tonterías, ¿qué culpa tienes tú de que esté loco? Preciosa, ten cuidado al bajar los escalones, esas batas te quedan muy largas.

Le agarró del brazo deteniéndole. —Fui su prometida. Mi padre me vendió a él para pagar sus deudas.

—¿Qué?

—No lo sabía, te juro que no —dijo temiendo su reacción —. Me acabo de enterar. Cree que soy suya.

Se la quedó mirando fríamente como si no se creyera una palabra.

Desesperada porque la entendiera le agarró del brazo. —¡Te juro por mi vida que no sabía nada!

—Está bien, sube al carruaje —dijo en un tono de desprecio que la dejó de piedra.

—Pero…

—¡Sube al carruaje, Annaliese!

Intentando reprimir las lágrimas apretó los labios siguiendo a las demás y cuando se subió ante su madre esta se dio cuenta de que pasaba algo. —No se lo ha tomado muy bien.

—¿Tu compromiso con mi hermano? —preguntó Belinda—. Pero si tú no sabías nada.

—Al parecer tenía que saberlo. —Miró por la ventanilla y vio como daba órdenes a los lacayos, Phinneas no miró hacia su coche

de caballos en ningún momento. —Por lo visto las acciones de mi padre nunca dejarán de perjudicarme.

—No digas eso —dijo la duquesa cogiendo su mano—. No eres responsable de lo que hiciera, aunque siempre pagues las consecuencias.

Los ojos de su madre se llenaron de lágrimas. —Lo siento, yo…

—¿Por qué lo permitiste?

Shirley se quedó en silencio y dos lágrimas cayeron por sus mejillas.

—¿Por qué, madre? ¿Por qué dejaste que nos destruyera y que nos torturara con lo que hacía?

—Él no podía evitarlo.

—¡No me vengas con eso! —dijo con rabia—. ¡Lo dices como si alguien le hubiera puesto una pistola en la cabeza para que se jugara todo su dinero y no era así! ¡Yo soy tu propia sangre! ¡Tenías que haber protegido a tu hija!

—Si le dejaba no tenía a donde ir.

Se le cortó el aliento y miró a la duquesa que agachó la cabeza como si no quisiera hablar de ello. —¿Tía?

—Gran parte de la familia de tu madre había sido estafada por el conde, ya lo sabes.

—Sí, pero tú…

—Mientras mi marido vivía no toleraba la presencia de Shirley, se sentía engañado por ella.

—¿Por qué?

—Porque era yo la que les pedía el dinero —confesó su madre dejándola helada—. Solo a la muerte de mi tío, Mary Beth empezó a tener contacto conmigo otra vez.

Suspiró cerrando los ojos y solo la voz de su prometido hizo que los abriera de nuevo.

Phinneas se acercó al otro carruaje y ordenó —Madre, que no salgan de la casa.

—Sí, hijo, ¿pero no vienes con nosotros?

—¿Y dejar a ese loco por Wrochester para que haga lo que le venga en gana? Ni hablar. —Miró furioso a Annaliese antes de alejarse y a ella se le encogió el corazón porque era evidente que la culpaba de lo que estaba sucediendo.

—No te preocupes, lo entenderá. Ahora está furioso por lo que está ocurriendo y no piensa con claridad, pero terminará entendiendo que tú no eres responsable de nada —dijo Belinda.

—Eso espero, lo espero de veras.

# Capítulo 12

Llegaron a la casa que obviamente estaba cerrada, así que olía a humedad y estaba helada. Lucy y Alice encendieron los fuegos para calentarla y las damas aún asustadas se quedaron en el salón como si no quisieran separarse. —Espero que le encuentren pronto —dijo Christine cosiendo a Belinda bajo la luz de una lámpara de aceite.

—¿Y qué le harán? —preguntó lady Belinda aún con el miedo en el cuerpo.

Todas se mantuvieron en silencio porque era evidente que en cuanto los hombres le encontraran le matarían.

—Entiendo.

Christine le puso otro punto y ni se movió, aunque le tenía que estar doliendo muchísimo.

—Debes comprender que es un asesino —dijo la duquesa desde el sofá—. Debe pagar por sus actos.

—Sí. —Miró a Annaliese que desde que habían llegado no había vuelto a abrir la boca. Estaba cerca de la puerta con una pistola en la mano y la mirada perdida. Era evidente que enterarse de lo ocurrido con Michael la había afectado muchísimo y más después de la reacción de su prometido. —Algún día tenía que pasar algo así, ¿sabes?

Annaliese levantó la vista hacia ella. —¿Qué quieres decir?

—Tú solo has sido una excusa para sus desvaríos, podía haber sido cualquier otra cosa. Mi hermano no está bien desde siempre y buscar un motivo es una pérdida de tiempo. No eres

responsable de esto y el marqués tendrá que verlo tarde o temprano.

Lucy se acercó a ella. —Milady debería descansar, ha estado muy enferma y debe dolerle muchísimo después de tanto ajetreo. Venga conmigo, he preparado una habitación para usted y ya está caliente.

—Sí, estoy muy cansada. —Se levantó. —Si me disculpáis.

—Por supuesto, querida —dijo la duquesa—. Ve, nosotras estamos seguras aquí.

Asintió antes de dejar que Lucy la guiara.

—Pobrecita —dijo la marquesa cuando escucharon que se cerraba la puerta en el piso de arriba—. Ahora que era feliz, que ambos eran felices, tiene que pasar esto. Mi hijo había hecho muchos planes para su boda y estaba tan contento…

—¿Por qué se lo habrá tomado tan mal? —preguntó Christine cerrando del todo la herida.

—Cree que le ha mentido y hay que tener en cuenta que ha hecho cosas que pueden hacer dudar a Phinneas sobre su honestidad.

Todas miraron de reojo a Belinda que entrecerró los ojos. —¿Qué ocurre?

—No, nada —dijo la duquesa.

—¿Creéis que yo he mentido?

—No —dijeron todas a la vez.

Belinda sonrió aliviada, pero lo pensó bien y entonces frunció el ceño. —Me habéis mirado de una manera muy rara. —Asombrada se llevó la mano al pecho. —Es ella la que ha mentido, ¿no? ¡Por eso el marqués cree que vuelve a mentir y no la cree pensando que ella sí estaba enterada de ese compromiso! —Las miró una por una y tenían una cara de culpables que no podían con ellas. —¡Muy bien, qué me estáis ocultando! —Seguían sin hablar y ella le dio vueltas al asunto. —Ya entiendo, la ruptura de mi compromiso la orquestó ella, ¿verdad? ¡Yo tenía razón desde el principio!

—Pues sí, niña, fue cosa de todas —dijo la duquesa dejándola con la boca abierta.

—¡Mary Beth! —protestó Shirley.

—Es mejor que salga todo a la luz de una vez, porque las mentiras terminan pasando factura. —Miró a Belinda. —¡Antes de que aparecieras todas pensábamos que Phinneas era perfecto para nuestra niña y lo es! ¡Se demostró desde el principio que se atraían y cuando llegaste tú te convertiste en un estorbo que había que sortear! ¡Os drogamos y os metimos juntos en la cama! Y fin de la historia.

—¡Cómo que fin de la historia, vieja metiche! —Belinda se levantó indignada. —¿Y yo qué?

—Tú te quedabas con todo un partido, igual de atractivo, igual de rico y que al parecer te quiere mucho más que Phinneas, ¿por qué te quejas tanto?

Belinda iba a abrir la boca, pero la cerró de golpe. Frunció el ceño. —Pues tienes razón.

Mary Beth sonrió. —Te llevarás muy bien con nosotras, querida. El futuro será perfecto para las dos en cuanto sorteemos el obstáculo que tenemos ahora en el camino.

—¿Mi hermano?

—El enfado de Phinneas —dijo la marquesa—. Mi hijo es temible cuando se enfada y ahora está furioso.

—Igual es por todos los problemas que está dando mi hermano.

—No lo creo, se siente traicionado y un Hardington nunca perdona una traición.

—Pero ella no lo sabía. En cuanto se lo digáis…

Todas negaron con la cabeza. —No se fiará de ninguna de nosotras pues cree que somos sus cómplices, que lo sabíamos todo antes de traerla aquí.

—¿Y por qué no se enfurece con vosotras también?

La duquesa sonrió. —Porque a nosotras no nos ama como a ella y eso es lo que le corroe las entrañas, que la persona que ama le haya traicionado ocultándole algo tan importante para su futuro. —Se adelantó. —¿No te das cuenta? Si el padre de Annaliese firmó un contrato de compromiso y recibió ese dinero, ante la ley Annaliese le pertenece a tu hermano porque el conde no podrá devolver ese dinero ya. —Belinda separó los labios de la impresión. —Como dice Michael, Annaliese es suya para hacer con ella lo que le venga en gana y si ha matado para conseguirla, puede que algún tribunal ni le condene siquiera.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó Christine.

—Muy en serio. Cuando era debutante hubo un caso parecido. El padre había recibido dinero por la novia y no al contrario como es costumbre con la dote. Había un contrato y durante sus días de noviazgo la pobre muchacha recibió varios tortazos por parte de su prometido. Su padre intentó impedir la boda, pero el tribunal dio la razón al novio porque el padre había permitido que…

—La comprara —dijo Belinda impresionada.

—Exacto.

—¿Qué pasó con ella?

—Tuvo suerte, su marido murió de una caída a caballo y se convirtió en una mujer muy rica, pues ya había tenido a su heredero y todo acabó en sus manos.

—A ver si lo he entendido —dijo Christine—. ¿Me estás diciendo que si lord Michael se presentara aquí con una orden de un juez tendríamos que darle a Annaliese?

—Estoy diciendo exactamente eso.

Su madre palideció. —No, no, eso no puede ser.

—Te aseguro que sí, querida, así que reza porque esto se resuelva esta noche. —Miró a Belinda. —Lo siento, pequeña, pero tu hermano debe morir y cuanto antes.

Con sus ojos llenos de lágrimas dijo —Te aseguro que después de ver lo que le ha hecho a mi padre y todo el miedo que

me está haciendo pasar, no lo siento en absoluto.

Annaliese se quedó dormida con el rostro bañado en lágrimas aferrada al mango del cuchillo que Lucy le había puesto bajo la almohada. Inquieta soñó que estaba en la casa de campo de su padre. Era una niña y sentada en el prado se subió una media antes de mirar al horizonte. Vio como llegaba por el camino el carruaje del conde y sonrió radiante antes de correr hasta la casa. —¡Madre, madre...! —Entró en la salita de la condesa que estaba escribiendo una carta. —¡Padre ha llegado!

Su madre sonrió radiante. —¿De veras?

—¡Sube por el camino! ¿Crees que me ha traído algo?

—Claro que sí, ¿no te trae algo siempre? —Se levantó dejando la pluma en su soporte y se acercó a ella para arreglarle el vestido. —¿No te he dicho que debes ser más cuidadosa con tu ropa? Hija, no tenemos dinero para derrochar.

—Lo siento, madre.

Le ajustó una de sus coletas para que estuviera a la altura correcta. —¿Qué tienes que hacer cuando llega un conde?

—Una reverencia.

—Muy bien. —Escucharon el sonido del carruaje que llegaba ante la puerta. —Ah, aquí está. Después de seis meses, qué alegría.

Annaliese cogió su mano. —¿Los papás de las demás niñas también se van seis meses?

—También. Los hombres están muy ocupados con sus asuntos.

—Ah… Pues Mary tiene a su padre en casa.

—Mary es hija de un labriego y tú eres hija de un conde.

—¿Y eso tiene que ver?

—Claro que sí, tu padre es mucho más importante. —Llegaron a la puerta ya abierta por el mayordomo que daba órdenes

de recoger el equipaje del conde. Annaliese impaciente vio como un lacayo abría la puerta del carruaje y su padre al verlas sonrió. Hizo una reverencia haciéndole reír y Annaliese sonriendo miró hacia su madre esperando su aprobación, pero Shirley pendiente de su esposo y emocionada hasta las lágrimas solo dijo —Querido, ya estás en casa.

Él subió los seis escalones que llevaban a su familia. —Me alegro de estar aquí. —Besó a su esposa en la mejilla. —¿Todo bien?

—Sí, sin novedad, han sido unos meses tranquilos.

El conde se agachó ante ella que le abrazó por el cuello. —Padre, te he echado de menos.

Edwards cerró los ojos como si ese abrazo fuera lo mejor del mundo y Annaliese lloró en sueños. —Y yo a ti, mi pequeña. —La cogió en brazos elevándola y ella se echó a reír. —¿Sabes qué?

—No, ¿qué? —dijo mirándole a los ojos.

—Te he traído algo que te va a encantar.

—¿El qué, el qué?

—¿Un vestido, marido? Porque los necesita —dijo su madre algo incómoda.

El conde apretó los labios antes de negar con la cabeza ignorando el reproche de su esposa. —Una muñeca.

A Annaliese se le cortó el aliento como cuando era niña. —¿Una muñeca, padre? ¿Para mí?

—Para ti solita.

—¿Y es bonita?

—Tan bonita como tú. —Entraron en la casa y el conde ignoró el desconchón de la pared para pasar al salón. —Y te la llevarás a Londres.

—¿Nos vamos a Londres? —preguntó con ilusión mientras su esposa perdía la sonrisa del todo.

—Vamos a vender esta casa, así que tendréis que veniros a Londres. Ya verás, te encantará.

—Pero querido…

El conde miró a su esposa. —¿No me has oído?

Annaliese vio como su madre perdía todo el color de la cara. —¿Cuándo tenemos que abandonar la casa?

—Tienes tres días para recoger todo lo que puedas llevarte.

—Pero esta casa va ligada a tu título, no puedes venderla.

Sonrió con ironía. —Puedo hacer lo que me venga en gana, porque tendrás otro hijo que no protestará por lo que herede.

—Sabes que no…

—¡Lo harás! ¿O quieres que acabe en prisión? —Dejó a Annaliese en el suelo. —No tenemos opción, así que deja de protestar.

—Si pudieras parar de…

—¡No puedo! ¿Cuántas veces te lo he dicho ya? ¡Lo intento y lo intento! ¿O crees que me gusta martirizar a mi familia? ¿Me crees un monstruo?

—No —dijo su madre al borde de las lágrimas—. Eres débil, nada más.

Su padre palideció. —Otro hombre te hubiera hecho pagar por tus palabras.

Asustada por su discusión gritó —¡Quiero mi muñeca!

Su padre sonrió. —Está en mi valija, ve a buscarla.

Annaliese corrió fuera del salón deseando irse de allí y cuando entró en la habitación de sus padres fue directa a su equipaje. Abrió la bolsa de viaje y la decepción la embargó al ver una caja con una muñeca tan grande como la palma de su mano. Aunque era muy bonita con su hermoso vestidito bordado no era tan grande como la que tenía Mary y que su padre le había comprado para su cumpleaños. Ahí fue consciente por primera vez que no era como las demás niñas y lloró. Annie, la doncella, se acercó y se arrodilló a su lado. —¿Por qué llora, milady?

—No es tan grande como la de Mary.

—Con lo que le gustaba esa muñeca, milady, lo siento mucho.

—¿Padre no me quiere? Su papá quiere mucho a Mary y le hace bonitos regalos a pesar de ser un labriego. ¿Padre no me quiere?

—Claro que sí, milady, pero cada uno da lo que tiene.

—Padre no tiene dinero.

—No, y como siga así nunca lo tendrá. Alégrese porque ha conseguido esa muñequita y disfrute del momento. —Le pasó las manos por las mejillas y la besó en la frente. —Ahora a su habitación, que hay que cambiarse para la cena.

Volvió a cerrar la caja y bajo la atenta mirada de la doncella fue hacia su habitación escuchando como sus padres discutían en el piso de abajo. Se sentó en su cama con las piernas colgando y miró la cajita, un ejemplo claro de que nunca conseguiría lo que quería. ¿Por qué ibas a conseguir a Phinneas? No, eso no pasará.

Sobresaltada abrió los ojos y con la respiración agitada miró a su alrededor viendo los contornos de los muebles gracias a la luz de la chimenea. Entonces recordó donde estaba y suspiró cerrando los ojos. La casa estaba en silencio, todas debían estar dormidas. Intentó ponerse boca arriba gimiendo de dolor por la cicatriz del costado. Las lágrimas rodaron por sus sienes recordando la mirada de su prometido al despedirse. Peter había perdonado a Belinda todo lo que había hecho, ¿por qué su prometido se comportaba así con ella? ¿No la quería igual? No digas tonterías, él te quiere, se lo dijo a su amigo, no le mentiría. Simplemente estás asustada por la posibilidad de que se haya arrepentido de entregarte su afecto. Y en cuanto os encontréis de nuevo, harás lo que sea para que te crea.

Escuchó un roce en la ventana y levantó la cabeza, entonces lo escuchó de nuevo y se sentó con cuidado de no dañarse. Vio una sombra y se asustó cogiendo el cuchillo a toda prisa, pero la ventana siguió cerrada. Apartó las mantas para levantarse y sus calcetines no hicieron ruido sobre la madera mientras se acercaba. Al llegar vio que una rama se movía rozando de vez en cuando el cristal, se había levantado viento. Es más, la luz de la luna hacía que provocara la

sombra que había visto, lo que fue un auténtico alivio. —Pero qué tonta eres —dijo por lo bajo antes de volverse. El rostro de Michael ante ella la paralizó.

Él sonrió con malicia. —Esposa, llegaremos tarde a casa, nos has retrasado mucho.

Esas palabras la hicieron reaccionar y apretó el cuchillo antes de gritar mientras intentaba clavárselo, pero él le dio un puñetazo tan brutal que la hizo caer desplomada sobre el frío suelo.

—¿Cómo que se la ha llevado? —gritó Phinneas fuera de sí mientras las mujeres no dejaban de llorar.

Lucy respondió —Lo siento, lo siento.

—¡Deja de sentirlo y explícame lo que ha ocurrido!

—Milady estaba en la habitación y yo me quedé abajo con Alice. Pretendía vigilar la puerta, pero me dormí. De repente oí un grito y subí corriendo las escaleras, le vi de espaldas a mí cargándola al hombro y me tiré sobre él para impedir que se fuera. —Sollozó. —Intenté ayudarla, le juro que lo intenté, milord, pero él me empujó tirándome por las escaleras de servicio. Lo único que recuerdo es que pasó sobre mí llevándose a milady y luego a lady Christine dándome golpecitos en la mejilla. Tuvo que entrar por atrás.

—¿No habíais cerrado la puerta?

Peter llegó en ese momento. —Forzó la cerradura, aunque no le costó mucho la puerta no es que cierre muy bien, la madera está podrida.

Juró por lo bajo llevándose las manos a la cabeza. —¿Cuándo fue eso?

—Todavía no había amanecido —respondió la marquesa—. Envié un lacayo a por ti, pero no te encontró en la casa, ¿dónde estabas?

—¡Haciendo una batida por el bosque, madre! —Se volvió frustrado. —¡Maldita sea!

—¿Qué hacemos? —preguntó Peter mirando a Belinda que estaba muda de miedo—. ¿Le buscamos? No puede estar muy lejos.

—Han pasado cinco horas, puede estar muy lejos en distintas direcciones porque no se la ha llevado andando.

—¿Crees que tenía caballo?

—Creo que si llegó aquí tan pronto durante la noche no podía venir caminando, tenía caballo o carruaje.

Peter miró a Belinda. —Preciosa, ¿sabes a dónde puede habérsela llevado?

—¿A nuestra casa de campo? No creo que se la llevara a Londres, seguramente en nuestra casa de campo se sentirá más seguro.

Phinneas entrecerró los ojos. —A caballo tardaría dos días en llegar y llamaría mucho la atención con una mujer inconsciente en la grupa. Y por muy loco que esté no elegirá esa opción, ella se puede despertar en cualquier momento y sería un riesgo.

—¿Crees que la ha escondido por aquí? —preguntó la marquesa.

—Creo que ha tenido días de sobra para buscar un escondite donde retenerla. Para hacerle lo que quiera que necesite su mente enferma antes de largarse de aquí.

—Dios mío… —dijo Shirley muerta de miedo—. Mi niña… Tenía que haber dormido con ella, tenía…

—No es momento para lamentaciones, señora. —Se volvió hacia Peter. —Que vengan los hombres que siguen en la casa, hay que revisar cada hectárea de mis tierras hasta dar con ellos.

—Necesitamos alguien que las conozca como la palma de su mano.

Phinneas entrecerró los ojos. —Tengo al hombre adecuado.

El anciano señor Mills sentado junto al fuego sonrió con descaro a su señor. —¿Disculpa que no me levante, marqués? —Mostró los cuatro dientes que le quedaban en una sonrisa irónica. —Cada vez me duelen más los huesos.

—No es necesario que se levante, solo necesito información.

—¿Información?

—Mi prometida ha desaparecido y tenemos razones para creer que su captor se la ha llevado a algún lugar cerca de aquí. Usted es quien mejor conoce mis tierras, pues ha tratado con todos los que han vivido en ellas durante muchos años.

—Recaudando sus rentas, sí señor. Conozco cada palmo y cada árbol de su propiedad.

—Necesito esa información.

—¿Y qué ganaré yo a cambio?

Phinneas apretó los labios. —Si encuentra a mi prometida, podrá quedarse aquí por la renta que pagaba antes.

—Si encuentro a su prometida, dejará que mi hijo viva aquí por la renta que yo pagaba antes y esa renta no se cambiará hasta su muerte.

—Viejo aprovechado…

Sonrió con ironía. —¿Llegamos a un trato?

Alargó la mano y el viejo le miró sorprendido porque quería cerrar el trato como cualquier labriego. —Llegamos a un trato, pero solo si la encuentras, viejo.

Se levantó con esfuerzo mostrando que aún tenía buena estatura. —Marqués, si hay un malnacido por aquí yo daré con él. Soy el mejor rastreador a millas a la redonda y dependiendo donde encuentre su rastro sabré a donde la ha llevado. ¡Stuart! ¡Ensíllame el caballo, tenemos tarea!

# Capítulo 13

Seis hombres a caballo seguían al viejo que miraba el suelo dentro del bosque más próximo a la casa de la marquesa viuda. El señor Mills se detuvo mirando hacia abajo. —¿Ves eso, hijo?

—Sí, padre. —Stuart se bajó de su montura y tocó las heces de caballo. —La mierda está fría, es de hace horas.

—Aquí ocultó su caballo, sigamos sus huellas.

Peter miró a Phinneas. —¿Cómo sabe que esa mierda es de su caballo?

—¿Y yo qué sé? —Cada vez confiaba menos en las capacidades del viejo para encontrarla, pero ya no sabía qué hacer.

—El caballo llevaba dos personas o alguien muy gordo —dijo el viejo—. ¿Ves la hendidura, hijo?

—Sí, tenía más peso al irse.

—¿Al irse?

El viejo señaló al norte. —Vino por allí de la casa grande, se escondió aquí un tiempo, se ven las huellas y la hierba pisoteada, el caballo se hundió más al alejarse, así que llevaba más peso. Pero no se dirigió a Wrochester Hall, eso lo sabemos porque nadie le ha visto, si tengo que apostar todo lo que tengo, ha ido hacia el viejo molino.

Phinneas apretó los labios antes de hincar los talones en su montura y salir a galope con sus hombres detrás.

Se despertó sintiendo que le dolía todo, sobre todo la cara y al intentar mover los brazos se dio cuenta de que los tenía atados por encima de su cabeza. Asustada abrió el único ojo que podía mover mirando hacia arriba, y por la luz de una lámpara vio la vieja viga de madera llena de polvo y carcoma. Intentó tirar de la cuerda, pero sus pies apenas llegaban al suelo y entró en pánico. La cruel risa hizo que mirara al frente y palideció cuando vio a Michael con una botella de brandy en la mano. No, no…

—Bienvenida a nuestro hogar, esposa.

Miró a su alrededor y vio las provisiones que Lucy y ella habían apuntado. Mantas, comida y la estrecha cama.

—¿Te gusta? Hubiera preferido darte algo mejor, pero no lo querías y una perra desagradecida como tú solo se merece esto.

—¿Cómo encontraste este sitio? —preguntó asustada.

—Fue muy fácil. Vi desde la ventana que cargaban el carro y tuve curiosidad porque ese carro lo llevaba el marido de tu doncella. Solo tuve que seguirle hasta aquí y supe que esto era cosa tuya. ¿A quién pensabas meter aquí? ¿A mi hermana? —Rio cuando vio la sorpresa en su rostro. —No, eso tampoco fue difícil de averiguar, cuando Will regresó habló con su esposa y ella preguntó si Belinda estaría cómoda. —Bebió un trago de la botella mirándola con deseo. —Creo que mi hermana ya no lo va a necesitar. Al parecer ha visto las ventajas de casarse con ese estúpido de Peter.

—Es mil veces más hombre que tú.

La miró con odio. —A mí me hablarás con respeto. —Le dio un tortazo que le volvió la cara. Ella lloriqueó de dolor. —Puta. Y mi padre decía que eras la candidata perfecta. Al parecer cambiaste de opinión y te decidiste por otro marqués —dijo salpicando su rostro con su saliva.

Annaliese le miró con rencor y él se echó a reír bajando la vista por su cuerpo. —Eres de lo más apetecible. —Tiró del cordón de la bata.

—¡No me toques!

Riendo pues la sabía indefensa dijo —Estás muy abrigada, tendrás calor. —Tiró del segundo cordón de la otra bata y mostró su camisón de encaje. —Hermoso.

—He dicho que no me toques —dijo fríamente.

—¿Y qué vas a hacer, eh? —Atrapó su pecho apretándolo con tal fuerza que le hizo daño. —¿Qué piensas hacer? —Se acercó a su rostro y siseó —Vas a gritar tanto de placer cuando te haga mía, que soñarás con mi polla día y noche.

—¿Tu qué?

Se echó a reír. —Disculpe mi tosco lenguaje, milady. —Apretó su pecho de nuevo. —Me la pones muy dura. Ven, preciosa, bésame.

—¿Pretendes que te bese sin casar?

La agarró de su melena acercando su rostro a él. —¡Bésame o te mato!

Le retó con la mirada. —Acércate más. —Él se acercó lo suficiente como para rozar sus labios. —Suéltame el cabello.

Él sonrió soltándola.

—Antes de que te bese sellando este matrimonio, dime una cosa que me intriga. ¿Por qué mataste a tu padre?

—Tú querías un marqués.

—Ah, entiendo. —Miró sus labios y susurró —No me apures, quiero hacerlo lentamente.

—¡Hazlo ya!

Annaliese besó la comisura de sus labios sintiendo tal repulsión que tuvo que reprimir una arcada, pero continuó y besó su labio inferior antes de pasar su lengua por él. —Puta, a ti ya te ha besado un hombre.

—Shusss o no lo haré con gusto, tú decides. Así que yo quería un marqués… —susurró—. ¿Siempre me cuidarás tan bien?

—No tendrás queja, preciosa. —Alargó las manos hacia su trasero pegando su pelvis contra él y Annaliese tuvo que disimular el asco que la recorrió al sentir su miembro erecto. Besó su labio

superior mientras él se frotaba contra ella. —Ya puedo saborearte, preciosa. —Él sacó la lengua y la lamió. —Eres mía… —Abrió su boca, pero ella se agachó de golpe mordiéndole en el cuello. Su aullido de dolor la estremeció mientras la botella caía al suelo haciéndose añicos, pero ella apretó los dientes con fuerza rodeando sus caderas con las piernas para que no pudiera soltarse. Annaliese tiró de la carne a pesar de los golpes y la sangre salió a borbotones salpicándola. Sonrió con maldad dejando caer sus piernas antes de escupirle su carne en la cara mientras Michael se agarraba el cuello. —Puta…

—A mí solo me toca mi hombre. —Se inclinó hacia atrás y le pegó una patada en el pecho que le hizo trastrabillar alejándose de ella. —¡Y ese no eres tú!

Michael se dejó caer al suelo sentado mirando asombrado toda la sangre que había manchado su mano.

—Mi padre te está esperando, cabrón.

Cayó hacia atrás y Annaliese se le quedó mirando hasta que una de sus piernas tembló para no moverse jamás. Suspiró del alivio cerrando los ojos. —Lo has conseguido. Dios mío, lo has conseguido… —Miró hacia arriba y tiró de las cuerdas, pero así no lograría soltarse. Entonces recordó que llevaba una navaja en el bolsillo de la bata. —¿Y con qué mano la cojes, lista? —Escupió en el suelo la sangre que le quedaba en la boca. —Mierda, qué asco. —Pasó la barbilla por la manga de la bata para limpiarse lo que podía y sintió una arcada que no pudo reprimir vomitando lo poco que tenía en el estómago. Cuando su estómago se calmó vio los cristales y alargó su pie para intentar coger uno con los dedos. —Esto es ridículo, ¿y luego cómo lo vas a subir por encima de tu cabeza? —Miró hacia la puerta cerrada y gritó —¡Ayuda! ¡Por favor, que alguien me ayude!

Levantó la vista, las cuerdas estaban tan tensas que temió que le cortaran la circulación, así que agarró la cuerda por encima a ver si podía soltar un poco las ligaduras. La viga soltó algo de polvo y recordó lo que le había dicho Lucy, temía que se derrumbara. Tiró

de la cuerda con toda la fuerza que fue capaz y tiró de nuevo. La viga crujió. —¡Sí, sí!

De puntillas agarró la cuerda más arriba y saltó cargando todo su peso. Al bajar al suelo resbaló con la sangre de Michael y su pie se deslizó cortándose con uno de los cristales de la botella. Gimió cerrando los ojos y sollozó antes de mirar hacia arriba. —Vamos, Annaliese, no te rindas. —Volvió a saltar y uno de los puntales que sujetaban la viga se partió. —¡Sí, sí! —Mirando la viga rezó porque no se le cayera encima. —Por favor, por favor, Dios ayúdame… —Volvió a saltar agarrándose a la cuerda y la viga cayó. Annaliese rodeada de un polvo que la hizo toser estaba tirada en el suelo al lado de Michael y suspiró del alivio. No se veía nada, la viga debía haber apagado la lámpara de aceite. Afortunadamente no había incendiado aquella caseta de mala muerte. —Seré buena, señor, te juro que a partir de ahora seré tan buena que no tendrás que acordarte de mí nunca más. —Logró ponerse de rodillas e intentó soltar sus manos que le dolían horrores. Cuando al fin lo consiguió tiró la cuerda a un lado. No se veía nada y muy asustada palpó el suelo como pudo hasta llegar a una pared. Sus manos palparon buscando la puerta y tropezaron con unos sacos y varias cosas que Will había llevado. Entonces sintió que los tablones de madera eran verticales y no horizontales como los de la pared, además la madera era distinta, como más tosca. Palpó con ambas manos y llegó a la cerradura, pero al buscar la llave no la encontró. —Maldita sea. —Se volvió hacia el cadáver. —¿La tienes tu, maldito? —Gateó moviendo las manos de un lado a otro hasta que encontró su cabeza. —Dame la llave. —Sollozó palpando su pecho. —¡Dame la maldita llave! —Revisó los bolsillos de su chaleco y los de la chaqueta, pero no la encontró. Buscó los de su pantalón y metió las manos, pero no estaba allí. Frustrada gimoteó. —¿Dónde está? —Revisó sus bolsillos de nuevo y se sentó sobre sus talones sollozando. Se tapó el rostro llorando por el miedo que la invadía, porque no la encontraría en la oscuridad. Entonces el aire le dio en sus manos húmedas de la sangre y las apartó elevando la vista. La luz de la luna se filtraba por

el techo y ahora que el polvo había descendido mostraba que un pedazo de tejado había caído. Solo tenía que llegar hasta allí.

—¡Llevamos horas dando vueltas, viejo! ¡No tienes ni idea de a dónde nos dirigimos! —gritó Phinneas perdiendo la paciencia—. ¡Joder, ya queda poco para el amanecer, lleva veinticuatro horas con él!

Peter apretó los labios, era evidente que creía que ya estaba muerta y Phinneas temió que tuviera razón. El miedo le atenazaba desde hacía horas y empezaba a perder la esperanza de encontrarla con vida a manos de ese chiflado.

El señor Mills se detuvo agotado. —Han pasado el límite de sus tierras, se han dirigido al sur.

—¡Esto es absurdo!

—Si mi padre dice...

—¡Tu padre lleva horas llevándonos de un sitio a otro!

—¡Sigue su rastro!

—Hemos estado dando vueltas en círculos —dijo Peter molesto porque solo les hacía perder el tiempo.

—Puede que el marqués tenga razón, hijo. Después de pasar el molino pude encontrar otro rastro que no tenía nada que ver con ellos.

Un chillido les tensó. —¿Qué ha sido eso? —preguntó un lacayo.

—Una ánima —dijo otro—. Estas son las tierras del viejo Jack, acordaos que nadie podía venir por aquí, él decía que se veían a los muertos caminando hasta la colina.

—¡Dejaros de estupideces y callaos! —gritó Phinneas volviendo las riendas de su caballo hacia donde había oído el chillido —. ¡Annaliese! —gritó desesperado.

Entonces vieron un movimiento entre los matorrales y se escuchó un gemido. La luna iluminó una imagen ensangrentada que bajaba la colina a trompicones y sus hombres gritaron antes de salir a galope en dirección contraria, pero Phinneas se bajó del caballo y corrió hacia ella. Annaliese sollozó del alivio al verle acercándose y agotada cayó de rodillas, después de estar horas intentando salir por el tejado ya no tenía fuerzas para nada.

Llegó hasta ella y la abrazó. —Dios mío, ¿qué te ha hecho?

—Llévame con mi madre. Por favor, llévame con ella —dijo sin fuerzas.

La cogió en brazos y Peter sujetó su caballo para que la subiera. —Es un milagro que hayamos dado con ella.

Phinneas emocionado asintió mientras ella recostada en sus brazos cerraba los ojos intentando recuperarse. La caída desde la pared de la casa al suelo la había dejado baldada y sospechaba que tenía un tobillo roto.

—Aguanta preciosa, enseguida llegaremos al pueblo y te verá el doctor.

—Está muerto.

—Tendremos que confiar en que el doctor Pratt acierte esta vez.

Miró su perfil y susurró —¿Sigues enfadado conmigo?

Él bajó la vista hasta su rostro y la apretó contra su pecho. —Perdóname, perdóname, preciosa.

No sabía por qué, no comprendía lo que sentía, pero en ese momento no le bastaron sus disculpas. Le dolía que no la hubiera creído, le dolía que no la hubiera protegido, puede que fuera irrazonable, pero estaba harta de que los hombres la defraudaran. Igual se estaba equivocando y no era el marido que necesitaba, puede que no necesitara ninguno ya que había conseguido salvarse por sí misma en dos ocasiones. Eso le hizo pensar y Phinneas se dio cuenta de su rechazo. —¿Preciosa?

—Me duele —susurró.

—Enseguida te atenderán.

Tumbada en la cama de la marquesa de nuevo con el rostro hinchado, ambos pies vendados y llena de moratones por todo su cuerpo, miraba el fuego con la mirada perdida. Lucy apartó la bandeja sin tocar y susurró —Debería comer algo, milady.

—No me apetece.

La doncella apretó los labios antes de salir de la habitación. Le entregó la bandeja a Alice que esperaba fuera y a toda prisa bajó por la escalera principal para llegar al salón. Todos esperaban noticias y Lucy negó con la cabeza. —Tampoco ha comido.

—Dios mío, ¿qué le ha hecho ese monstruo a mi niña?

Belinda sentada en una silla cerca de la ventana agachó la cabeza y Peter se acercó a ella como si quisiera protegerla.

—Que Hudson llame de nuevo al doctor—dijo Phinneas—. Lleva dos días sin comer.

—Amigo, debes darte cuenta de que ha pasado por algo muy traumático para cualquiera. Necesita tiempo. Ha matado a un hombre a mordiscos, por Dios. Cualquier dama estaría en shock.

—Mi hija ya lo hizo antes y no pareció afectarle, ese hombre tuvo que hacerle algo muy grave para que ahora esté así. —Miró a Phinneas. —El doctor te dijo que no había abusado de ella.

—No, la exploró y dijo que aún era virgen. Pero pudo hacerle muchas otras cosas que no se ven —dijo preocupado.

—Desde luego si me hubiera pasado a mí estaría en shock —dijo la duquesa—. Ha debido ser una experiencia horrible, debió pensar que la iba a matar y tuvo que defenderse así.

—Debió defenderse como pudo, he visto las marcas de las ligaduras en sus muñecas y ya no tenía piel, estaban en carne viva —dijo Christine—. Es innegable que en su interior tuvo mucha fuerza para sobrevivir.

—Quizás deberíamos llevárnosla de aquí —dijo la duquesa.

—¡Eso ni hablar! —El marqués dio un paso hacia ella. —Annaliese no se moverá de esta casa.

—Pero hijo, ¿no te das cuenta de que aquí no puede olvidar lo que ha pasado?

—No lo olvidará nunca, madre. Y esta será su casa, así que deberá acostumbrarse.

—No estoy de acuerdo —dijo la condesa—. Mi hija lleva dos días sin comer mirando al vacío y si tengo que llevármela para que mejore, lo haré. —Se levantó mirándole muy seria. —No se extralimite, marqués, aún no están casados y le recuerdo que la decisión es mía.

Phinneas apretó los labios viéndola salir del salón.

—Hijo no tienes mano izquierda. —Guillermina suspiró mirando a Mary Beth. —¿Crees de veras que será lo mejor para ella?

—Creo que debemos sacarla de esta casa para que se olvide un poco de lo que ha pasado. En mi casa volvería a la rutina, tocaría el piano, cortaría las flores… —Miró al marqués. —Si queréis estáis invitados, por supuesto, pero te lo advierto no debes presionarla. Sé que temes que ya no quiera casarse contigo, es evidente que su actitud hacia ti ha cambiado, pero no dejaré que después de lo ocurrido la obligues a casarse cuanto antes.

—Estupendo, esto es estupendo —dijo entre dientes.

—La culpa es tuya.

Todos miraron a Belinda que se levantó de su asiento. —La defraudaste y lo sabes, creíste que te mentía y no la protegiste cuando estaba asustada. Dejaste que se la llevara.

—¡Tenía que proteger mi casa!

—No lo hiciste por eso —dijo con rabia—. ¡No mientas! ¡No nos acompañaste a casa de la marquesa viuda porque estabas furioso con ella! ¡Todas lo vimos! ¡Cómo va a confiar en ti después de lo que hiciste!

Phinneas apretó los labios. —Peter tampoco se quedó contigo.

—Peter jamás dudó de mí, incluso cuando hice mal al abrir aquella puerta no me lo reprochó. ¡Ella no había hecho nada! ¿Cómo va a confiar en que eres el hombre adecuado cuando la abandonaste a su suerte, igual que hizo su padre durante toda su infancia? ¿Cuando su padre humillaba a su familia para su propia satisfacción?

Impresionado dio un paso hacia ella. —¿Esas son sus dudas? ¿Te lo ha dicho?

—No hace falta que me lo diga, todas sabemos cómo se siente y eso que yo apenas la conozco. Pregúntate por qué no la conoces tú, marqués —dijo antes de irse del salón.

Christine incómoda dijo —Mary Beth, deberíamos ir a dar un paseo ahora que hace bueno.

—Sí, me vendrá bien.

Se quedaron a solas y Peter carraspeó por su cara de preocupación. —Amigo, deberías hablar con ella.

Miró a su madre a los ojos y esta agachó la mirada como si le hubiera defraudado. —¿Piensas lo mismo?

—Lo hemos hablado, no voy a negarlo, la angustia de su mirada en el carruaje de camino a la casa de las viudas fue evidente para ellas. Y después tuvo que defenderse sola de nuevo, hijo, algo muy difícil de digerir cuando buscamos protección en nuestro esposo. He intentado hablar con ella, pero se niega a hablar de ti, lo que indica que tiene dudas respecto a vuestro matrimonio.

Peter dio un paso hacia él. —Ahora lo que necesita es que le demuestres que eres el hombre del que se enamoró y que estarás ahí para ella.

Phinneas apretó los labios. —Entonces debemos hacer el equipaje, nos vamos a la casa de campo de la duquesa.

Preparada con un traje de terciopelo granate, esperaba sentada en la cama a que la fueran a recoger porque no podía ponerse en pie. Lucy le puso el sombrerito. —Está preciosa, milady.

—¿De dónde ha salido este traje?

—Lo han hecho para usted, la costurera del pueblo lleva tres días trabajando a destajo para que estuvieran listos para el viaje.

La puerta se abrió y Phinneas le sonrió. —Estás muy hermosa.

Eso lo dudaba mucho con el morado que tenía en la cara. Confundida vio que llevaba puesto el gabán. —¿A dónde vas?

—¿A dónde va a ser? Contigo.

Separó los labios de la impresión y se acercó para cogerla en brazos como si no pesara nada. —Pero…

—He decidido que me vendrán bien unos días de descanso. La duquesa ha prometido buscarme entretenimientos, aunque contigo tengo más que de sobra. —Empezó a bajar las escaleras. —Hudson, ¿los ladrillos están colocados para las damas?

—Para lady Annaliese hemos puesto unas gruesas mantas, milord. Sus pies no pueden tocar algo tan caliente.

—Perfecto, siempre pensando en todo.

Hudson sonrió. —Milady, ha sido un placer conocerla.

—Gracias, eres muy amable.

—Espero verla por aquí muy pronto.

Forzó una sonrisa y a Phinneas no le pasó desapercibida mientras decía —Gracias, Hudson.

Salieron de la casa y un lacayo mantuvo la puerta abierta para que el marqués pasara. Subió los tres escalones y la sentó con cuidado antes de colocar una manta en el suelo y cubrirle los pies. Se sonrojó de gusto por lo solícito que estaba. —Gracias.

Él le guiñó un ojo antes de bajar del carruaje y coger la mano de Shirley. —Suegra debo decir que hoy está realmente hermosa.

Su madre soltó una risita acariciando con la otra mano el terciopelo negro de su chaquetilla. —Gracias por el traje, milord.

—Ha sido un placer.

Su madre se sentó frente a ella para dejarle espacio y Phinneas dio órdenes al servicio que estaba ayudando a las demás.

—Madre, no voy de luto —susurró—. Como se entere alguien…

—¿Quién te lo va a reprochar? —Sonrió mirando la redecilla que cubría su maltratado rostro. —Mírate, estás preciosa, al diablo con el negro.

—¿Entonces por qué lo llevas tú?

—Hija, yo quiero llevarlo, ¿quieres llevarlo tú?

Apretó los labios antes de responder —No.

—Pues eso. No tienes que hacer nada que no quieras.

Le dio la sensación de que hablaba de otras cosas como casarse y la miró emocionada. —¿De veras?

—No te sientas obligada a nada, cielo. He hablado con Mary Beth y nuestro futuro está asegurado.

—¿Cómo?

Miró de reojo hacia la ventana para ver que Phinneas estaba lo bastante alejado como para no oírla. —Tu padre no pudo acabar con todo el patrimonio.

—¿Qué? Pero esos hombres a los que les debe dinero reclamarán lo que quede…

—Después de las circunstancias de su muerte muy pocos han reclamado las deudas por temor a ser considerados unos malnacidos, así que su heredero ha podido quedarse con su casa de Londres. Respecto a nosotras, aún nos queda una propiedad en Brighton.

Se le cortó el aliento. —La casa de la abuela.

—Sí, el abogado de Mary Beth le ha escrito y ha confirmado que esa casa es solo mía, mi abuela estipuló que nadie podía

tocarla. Tu padre al no poder venderla como todo lo demás, se benefició de sus rentas todo lo que pudo. No estará en muy buen estado porque seguro que él no invirtió ni un penique en ella, pero podemos sacarla adelante. Mary Beth me ha dicho que con gusto nos dará algo de dinero para empezar, así que podemos trasladarnos allí y vivir con comodidad.

Sonrió emocionada. —La casa de la abuela.

Shirley alargó la mano y cogió la suya. —Por eso, hija, haz lo que quieras, como si no te quieres casar nunca, solo sigue tu corazón.

Miró por la ventanilla para ver que Phinneas se acercaba al carruaje. —Entendido madre.

Phinneas entró en el carruaje con una sonrisa en el rostro que perdió poco a poco al ver que ambas se tensaban como si hubiera interrumpido una conversación importante. —¿Todo bien?

—Sí, marqués. Creía que iría a caballo.

—Va a llover —dijo cerrando la puerta el lacayo. Golpeó el techo y el carruaje se puso en marcha. Phinneas la miró e incómoda volvió la cara hacia la ventanilla demostrando que no quería ni verle. —Preciosa, ¿estás cómoda?

—Sí. ¿Dónde está Lucy?

—Tu doncella va en el coche de servicio, no te preocupes. Por cierto, su marido estaba muy contento esta mañana, creo que tendremos buenas nuevas próximamente.

—¿A qué te refieres?

—Cree que su esposa está embarazada.

Se llevó la mano al pecho de la impresión. —¿Se lo ha dicho ella?

—Al parecer Lucy ni se ha dado cuenta, pero esta mañana ha vomitado y ya es la tercera mañana que lo hace.

—Un signo muy evidente —dijo su madre con una sonrisa—. Me alegro por ella, es muy buena chica y será una madre estupenda.

—A ver si va a estar enferma —dijo preocupada—. Deberíamos parar en el pueblo para que la revise ese matasanos.

—Preciosa, está bien. La acabas de ver y está perfectamente.

—¡Igual es una enfermedad que la ataca poco a poco, quiero que vaya a ver al médico! Además, no es bueno que trabaje en su estado.

—Niña, el servicio siempre ha trabajado en su estado.

—¡Mi doncella no hará trabajos pesados, le ha costado mucho quedarse en estado!

Phinneas suspiró y golpeó la pared que tenía tras él antes de abrir la trampilla. —Detente en la casa del médico.

—Como diga, marqués.

—¿Contenta?

Algo nerviosa por su doncella asintió quedándose en silencio.

—Preciosa, todo irá bien.

—Se alegrará mucho —susurró mirando por la ventanilla—. Su sueño es poder darle un hijo a su esposo.

—Como cualquier esposa —dijo su madre—. Recuerdo cuando me quedé en estado, la emoción de esos meses, fue una dicha inmensa. —Hizo una mueca. —La desgracia fue que no pude tener ninguno más.

—Para eso igual padre se tendría que haber quedado más en casa, ¿no crees? —preguntó ácida.

—Sí, puede que tengas razón.

El carruaje se detuvo ante la casa del doctor y los demás se detuvieron detrás. Lucy apareció en la puerta con la respiración agitada. —¿Le ocurre algo a milady?

—Vamos a ver al doctor —dijo ella deteniendo en seco al marqués y sus explicaciones.

—Oh… —La muchacha abrió la puerta. —Marqués si me la coje.

Él reprimió una sonrisa. —Por supuesto.

—Tenga cuidado no golpee sus pies con la puerta. —Él la cogió. —Cuidado, cuidado…

Shirley soltó una risita descendiendo tras ellos.

—¿Se encuentra mal, milady? —preguntó Lucy caminando a su ritmo.

—Será mejor que le hagamos una visita al médico antes de este largo viaje.

—Sí, claro que sí, si ya lo decía yo, pero nunca me hace caso nadie.

—Pues hoy te vamos a hacer mucho caso —dijo el marqués entrando por la puerta de la casa que la esposa del doctor mantenía abierta—. Preciosa, ¿quieres decir algo?

El doctor apareció en la puerta y ella le sonrió alargando la mano. —Doctor, qué alegría verle.

—¿De veras? Después de curar sus pies casi me echaron de su casa de nuevo.

—Y como no dé con el diagnóstico esta vez, le echaré del país. —Señaló a su doncella. —Reconózcala, quiero saber si está enferma.

—¿Yo? —preguntó Lucy con los ojos como platos—. Yo no dejo que me toque ni un pelo, que ya se ha cargado a tres que conozco. ¡Y casi la mata a usted!

El doctor se sonrojó. —¿Cómo te atreves, muchacha?

—Lucy esta vez no se equivocará por la cuenta que le trae, ¿verdad que no, doctor?

Incómodo dijo —No, milady.

Le miró fríamente. —Más le vale, porque Lucy es muy importante para mí y como le pase algo ya puede correr.

El doctor Pratt asintió y le indicó a Lucy —Pase por aquí.

—Yo estoy perfectamente, milady —dijo empezando a ponerse muy nerviosa.

—Me he enterado de que estás indispuesta por las mañanas.

—Eso es por beber agua por la noche.

—Pasemos a la consulta, aunque ya creo que sé de qué se trata —dijo el doctor—. Usted está casada, ¿no es cierto?

Le miró pasmada. —¿Y eso qué tiene que ver? ¡Mi marido es un santo y nunca me pegaría nada como esos de la ciudad! ¡No es sífilis!

—Oh, por Dios —dijo el marqués por lo bajo.

—¿Qué es la sífilis? —preguntó Annaliese interesadísima.

—Algo que tú no conocerás nunca, preciosa.

Lucy chasqueó la lengua. —Ya, claro. Para eso usted tendrá que ser muy, muy fiel, marqués.

—Y lo seré —dijo entre dientes—. Entra ahí de una vez.

—¡No! ¡Este no me toca!

—Creemos que estás en estado —dijo Annaliese exasperada con ella.

Lucy se quedó de piedra. —¿Qué?

—Tu esposo cree que lo estás —dijo el marqués—. Mi prometida está preocupada por si haces algún trabajo inadecuado para tu estado, así que hay que asegurarse.

Lucy la miró a los ojos emocionada. —¿Embarazada?

Sonrió. —Veamos si tenemos razón, llevas mucho esperando este momento.

—Pasa por aquí, niña —dijo el doctor.

Insegura susurró —¿Puede pasar milady conmigo?

El doctor iba a decir algo, pero ella contestó —Claro que sí. Seguro que tiene una silla por ahí, ¿no es cierto? Cielo, llévame hasta ella.

—Claro que sí, preciosa.

Entró en la consulta y la sentó sobre el escritorio. —Desde aquí verás mejor.

—Gracias —dijo ilusionada.

—Esperaré fuera.

Se apretó las manos enguantadas mientras el doctor le decía a Lucy que se tumbara sobre la camilla. Le hizo varias preguntas, como si tenía el periodo y desde cuándo no lo tenía, que si sentía esas náuseas a menudo y que si tenía mucha hambre.

Annaliese frunció el ceño cuando le dijo que se subiera las faldas.

—¿Para qué? —preguntó Lucy.

—Para revisar si todo va bien.

—Y qué va a ver ahí abajo, ¿eh? ¡Ahí solo me toca mi marido! —gritó Lucy roja como un tomate.

—Bien dicho —dijo asombrada con ese hombre—. ¿A usted dónde le dieron el título de médico? ¿Está embarazada o no?

—El dolor de los senos, el crecimiento de su barriga, aunque ella crea que es por el pudin de arroz que hace la cocinera, las náuseas matutinas, la falta de sangrado mensual y su mal humor me indican que sí está en estado, milady.

Lucy la miró asombrada. —Voy a ser madre.

Emocionada por ella sonrió. —Sí, felicidades.

Lucy chilló antes de correr para abrazarla. —Gracias, milady.

—Si yo no he hecho nada. —Rio apartándose. —Dale las gracias a tu marido.

Con los ojos llenos de lágrimas asintió.

—Ve, corre, no le hagas esperar más.

Lucy salió corriendo y el doctor le miró los pies cubiertos por gruesos calcetines. —¿A dónde se cree que va, milady? ¿No pensará ir de viaje en su estado?

—Pues sí —dijo el marqués entrando en la consulta y cogiéndola en brazos.

—Milord, debería descansar.

—Si algo ha demostrado mi mujer, es que es más dura de lo que parece —dijo antes de salir dejándole con la palabra en la boca.

—Lucy está embarazada —dijo loca de contenta.

—Una noticia estupenda.

—Es tan feliz… —Al salir de la casa les vieron abrazados y Annaliese se emocionó pensando que ella también quería sentir ese momento. —Es emocionante, ¿no?

—Sí lo es, y lo será aún más cuando pasemos nosotros por ese momento.

Se puso como un tomate porque al parecer pensaban lo mismo. —No corras tanto, marqués.

Él perdió la sonrisa poco a poco. —Preciosa, ¿acaso dudas de que serás mi esposa?

Apartó la mirada. —¿Por qué piensas eso?

—Te has cerrado a mí.

No sabía qué decirle. —Tengo algo de frío, ¿me llevas al carruaje?

Era evidente que mentía porque hacía un día estupendo. —Sí, por supuesto.

—¿Qué ha dicho el doctor? —preguntó su madre muerta de la intriga.

—¿Y no te lo imaginas con lo contenta que está?

Shirley sonrió mirando a Lucy que se despedía de su esposo con un suave beso en los labios. —Sí, me lo imagino.

Cuando estuvo sentada gritó —¡Lucy ni se te ocurra cometer excesos!

—Sí, milady.

Gruñó. —Tendré que hacer que la vigilen, hará lo que le venga en gana.

—En casa de la duquesa tendrá una vida fácil, nos aseguraremos de ello —dijo Phinneas cerrando la puerta.

Gruñó sin poder evitarlo y él levantó una ceja sonrojándola. —¿Preciosa?

—No he dicho nada.

—Es lo que no has dicho. —Se adelantó. —¿Sabes? Creo que tienes algo que reprocharme, así que hazlo de una vez para que te quedes tranquila.

—¿Reprocharte yo? No, ¿cómo va a ser eso cuando tú eres todo un marqués que todo lo hace bien y yo soy la hija de un ladrón que murió ahorcado en una cuneta? A ti no se te puede reprochar nada —dijo con ironía.

Phinneas se tensó. —Eso no ha tenido ninguna gracia.

—Pienso lo mismo, hija —dijo su madre en tensión.

Chasqueó la lengua. —Es que no soy graciosa, soy una mentirosa que digo lo necesario para salirme con la mía, me lo enseñó mi padre.

—Annaliese, basta ya —dijo él molesto intentando disimular su enfado muy mal.

Sintió una satisfacción enorme. Le retó con la mirada. —¿No querías que dijera lo que me molestaba?

—Quería que…

—¿Fuera sincera? Lo soy. Tú eres demasiado perfecto para mí, así que cancelo el compromiso.

Phinneas palideció. —No puedes hacerlo, toda la buena sociedad ya espera esta boda.

—Me importa un bledo lo que esperen. Nunca me han aceptado y son personas que no me importan.

—¿Y te importa tu madre? ¿La vergüenza que pasará después de todo lo ocurrido? ¡Esta boda es lo único que puede salvar vuestra reputación!

—Como he dicho me importa un bledo mi reputación. —Le miró con rencor. —Lo único que me importaba era ser feliz a tu lado y ya no lo soy, así que es mejor que separemos nuestros caminos.

—Estás enfadada, pero…

—¡Estoy furiosa! —gritó haciendo que se callara—. ¡Estoy furiosa porque mi corazón ya era tuyo y lo pisoteaste! —Sus ojos llenos de lágrimas mostraron su dolor. —¡Me abandonaste! ¡Sabías que me buscaba y me abandonaste!

—Preciosa, yo…

—No quiero hablar más contigo. ¡No quiero verte siquiera! ¡Vete de este carruaje!

—No pienso irme a ningún sitio. —Cogió su mano para que le mirara. —¿Y sabes por qué, preciosa? ¡Porque por mucho que creas que es así, yo no soy como tu padre! ¡Tú no estás enfadada porque me quedé en la casa a buscar a ese monstruo, no estás enfadada porque me molestó tu compromiso con Michael, tú estás enfadada porque tuviste que enfrentarte de nuevo al peligro tú sola y no estaba contigo para evitarlo, como tu padre nunca estuvo a tu lado cuando le necesitabas! Pero…

Ella le interrumpió. —¡No podría haberlo expresado mejor, así que ahora no te necesito para nada! —le gritó a la cara.

—¡Claro que me necesitas porque me quieres! ¡Y necesitas a los hijos que tendremos en el futuro, la vida que puedo darte y mi amor!

—Tu amor —dijo con desprecio—. ¿Dónde está tu amor cuando se necesita?

—Está aquí —dijo fríamente—, está ante ti, y aquí me quedaré hasta que te des cuenta de que no pienso irme a ningún sitio.

Le miró con desprecio soltando su mano de mala manera antes de mirar por la ventanilla. —Me da igual lo que me digas, no pienso cambiar de opinión, esa boda no se celebrará.

—Creo que debéis calmaros —dijo su madre—. No es el momento ni el lugar para hablar de vuestras desavenencias o será un viaje muy desagradable.

—Yo ya no tengo nada que hablar —dijo ella mientras Phinneas apretaba los labios de la impotencia.

# Capítulo 14

Estuvo varias horas sin abrir la boca mirando el camino sabiéndose observada por él, que no volvió a sacar el tema, seguramente para no molestar a su madre que se había quedado dormida. Dolorida se movió sobre el asiento intentando ponerse cómoda y Phinneas golpeó la pared que tenía detrás. La portezuela se abrió. —¿Sí, marqués?

—Detente en la próxima posada, descansaremos un poco.

—Entendido, milord.

Se miraron a los ojos y a ella se le retorció el corazón. Al darse cuenta de lo que estaba haciendo miró sus manos enguantadas.

—Tienes razón en muchas cosas, preciosa. No te creí, pensé que tu padre te habría dicho lo de tu compromiso en su momento y que nos lo ocultaste a todos porque conocías la verdadera naturaleza de Michael. Pero también pensé que era algo imposible, que por qué ibas a mentir al respecto, que Belinda no te conocía… Te aseguro que en esas horas que estuvimos separados, en esas horas que creí que mi madre y tú estabais seguras, pensé en miles de cosas, pero si algo me quedó claro es que te amaba y te quería en mi vida.

Se le cortó el aliento elevando la vista hasta él.

—Así que no, preciosa, no pienso alejarme de ti porque lo único que quiero es que estés conmigo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Necesito tiempo.

—¿Tiempo para qué?

Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. —Para sentirme segura.

Phinneas apretó los labios antes de asentir. —Esperaré lo que haga falta.

El carruaje se detuvo.

—Ahora vas a tomar algo de comer y a descansar un poco antes de seguir el viaje. Estás agotada.

—Pero eso retrasará a todos.

—Los demás pueden adelantarnos cuando quieran, no tienen por qué esperar. Lucy puede venir con nosotros para asistiros donde descansemos.

Su madre abrió los ojos demostrando que no estaba tan dormida como pensaban. —Hija, tiene razón, ellos pueden adelantarse para que el viaje no se les haga tan pesado.

—Condesa, usted también podría ir con Mary Beth y mi madre.

—Ni hablar, yo no me separo de mi hija, marqués.

—Como quiera, lo decía por su bien.

La puerta se abrió y un lacayo ayudó a su madre.

—Vamos, preciosa.

La cogió en brazos y no pudo evitar apoyar la cabeza en su hombro. Lucy llegó corriendo. —Will va a pedir una habitación para milady.

—Perfecto. Vamos.

Entraron en la posada donde había bastante gente, pero un hombre con un delantal de cuero les indicó que subieran. —Milady estará muy cómoda en la habitación.

—Gracias. —Llegaron al piso de arriba y una anciana abrió una puerta. —Tráiganle algo de comer cuanto antes.

—Lo haré de inmediato, milord.

La tumbó suavemente en la cama y ella gimió de dolor al estirarse su espalda después de tantas horas en la misma postura.

Phinneas preocupado le dijo a Lucy —Hoy ya no iremos a ningún sitio, que se ponga el camisón.

—Sí, marqués.

—No, quiero continuar.

Él apartó la redecilla de su sombrero. —Estás agotada, debes descansar. —Retiró el alfiler de su sombrero y se lo quitó con cuidado dejándolo sobre la mesilla de noche. —No te preocupes por nada. No tenemos prisa por llegar, ¿no? —Se levantó y fue hasta la puerta. —Hablaré con los demás.

Lucy asintió mientras salía de la habitación. —Le diré a Will que me traiga su equipaje.

—No es necesario.

—Escúcheme bien, usted me cuida a mí y yo a usted, ¿entiende? Y ahora hay que cuidarla a usted, así que deje que fastidiar.

Parpadeó. —Está bien, gruñona.

—¿Yo gruñona? Es usted la que no ha dejado de gruñir desde hace días.

Se le cortó el aliento. —¿De veras?

—Por Dios, tiene a un hombre estupendo tras sus faldas y sigue con esa cara de vinagre. Alégrese, que como han demostrado estos últimos días la vida es muy corta. —Empezó a desabrocharle la chaquetilla del traje.

Ella suspiró mirando el techo. —Sí que es corta. Ya me siento como una anciana.

Lucy soltó una risita. —Pues aún le queda mucho por vivir. Y en cuanto se ponga bien ya no habrá quien la pare. Irá a importantes fiestas, conocerá a personas muy relevantes y tendrá a su marqués.

—¿Le tendré?

Lucy perdió la sonrisa. —Sí, le tendrá porque la ama, lo que sucede es que piensa que no merece su amor y eso no es cierto. Su

padre solo le dio la vida y es su responsabilidad vivirla lo mejor posible. No es responsable de las acciones de nadie solo de las suyas y ahora no está haciendo bien.

—¿No? Pues le he pedido tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para sentirme segura.

Lucy la miró con pena. —La seguridad no existe, milady. Se lo digo yo que perdí a mi madre con cinco años y mi padre era un borracho que pude abandonar con diez años cuando entré al servicio de los marqueses en Londres.

Mirandola arrepentida susurró —Soy una desagradecida, ¿verdad? Soy una privilegiada que no hace más que quejarse.

—Y tiene derecho a ello tal y como tiene el cuerpo. Pero que sus quejas no se eternicen, que nadie quiere a su lado a alguien que protesta por todo.

Sonrió. —Cierto. ¿Crees que me ama?

—¿Quiere hacer una prueba?

La miró con desconfianza. —¿De qué se trata?

—Tranquila, que esta vez no drogaremos a nadie. Solo tiene que seguirme la corriente.

Phinneas entró en la habitación y le sonrió. —Me han dicho que me has llamado.

—Sí —dijo altanera—. Me ha dicho Lucy que Belinda y Peter nos acompañan.

—La duquesa les ha invitado y organizará su boda.

—¿No me digas? —preguntó con desconfianza—. ¿Y no iban a casarse en Wrochester?

—Sí, pero con todo lo sucedido se ha ido retrasando. —Se sentó a su lado. —¿Has comido?

—Quiero que te alejes de ella —le espetó.

Sonrió divertido. —¿Perdón?

—No me fío, quiero que te alejes de ella. Esa quiere recuperarte.

—Pero preciosa, ahora está con Peter.

—Quiero que se casen ya.

Carraspeó. —No puedo obligarles.

—Claro que sí, si te importo lo harás.

—¿Lo haré?

—Y cuanto antes —dijo entre dientes—. Vete a buscar un pastor. ¿O se han ido ya de la posada?

—No, están abajo, pero…

—Pues ya estás tardando, ¿o quieres casarte con ella?

—¡Claro que no!

Se quedaron en silencio mirándose y él suspiró. —Preciosa, no puedes hablar en serio.

—Muy en serio. Ve a por el pastor, ahora.

—Belinda ya no tiene ningún interés en mí.

—Quiero verla casada antes de la noche, ¿me he explicado con claridad?

—Sí.

Gruñó levantándose de la cama y se pasó la mano por el cabello como si estuviera nervioso, pero al final salió de la habitación y bajó las escaleras antes de entrar en el comedor donde todos estaban sentados a una mesa terminando de comer. Se acercó a Peter y carraspeó. —Amigo, ¿deseas casarte?

Él que estaba comiendo algo de pudin de postre, detuvo su mano a medio camino de su boca. —¿A qué viene esa pregunta?

—Viene a que te tienes que casar y cuanto antes —dijo entre dientes. Belinda sentada al lado de su prometido parpadeó—. Lo siento milady, pero mi prometida se acaba de enterar de que vais a

casaros en la finca de la duquesa y empieza a preocuparse con tanto retraso.

—No podemos…

—Amigo no me fastidies, estoy a punto de perderla y cree que Belinda quiere recuperarme y que está retrasando la boda a propósito.

Belinda jadeó indignada.

—No, no protestes, no necesito esto, lo que necesito es que mi mujer se sienta segura y que vuelva a mí, ¿me habéis entendido? Además, ¿qué más os da? Os ibais a casar de todas formas, así que voy a llamar al pastor más cercano para que os case. —Le palmeó el hombro a Peter sonriendo como un loco. —Será una ceremonia encantadora, ¿a que sí, amiga? —Belinda con la boca abierta asintió. —Perfecto. ¡Will un pastor de inmediato!

—Enseguida, milord.

Lucy desde el fondo del comedor sonrió de oreja a oreja y le guiñó un ojo a Christine que divertida bebió de su copa de vino.

Apenas una hora después el marqués entró de nuevo en la habitación sonriendo encantado de la vida y dio una palmada. —Todo está listo para la ceremonia.

—¿De veras? —preguntó con desconfianza.

—Tendrán un montón de invitados, no pueden quejarse. —La cogió en brazos. —Seremos los padrinos.

—Oh, mi sombrero.

La sentó en la cama y se lo colocó en la cabeza de mala manera. —Ya está —dijo impaciente.

—Te veo muy contento.

—Si tú estás contenta, yo estoy contento.

Intentó reprimir la risa. —Pues lo estoy.

—Perfecto. —La cogió en brazos de nuevo y se la comió con los ojos. —Preciosa, hueles de maravilla, ¿te has perfumado?

Se sonrojó. —Un poquito.

Él acercó la nariz a su cuello y aspiró hondo. —Deliciosa.

La sangre empezó a correr por sus venas de manera alocada. —Así que te agrada.

—Si no tuviéramos que bajar, te demostraría hasta qué punto me agrada —dijo con voz ronca.

—Hace mucho calor de repente, ¿no?

Él se detuvo en seco ante la puerta. —Preciosa, si estás acalorada lo mejor es que te quite esa bata y el camisón para que te baje la temperatura.

Se puso como un tomate. —Ya me has visto mucho desnuda, marqués. Arreando que nos esperan.

Rio por lo bajo y la puerta se abrió de pronto mostrando a Lucy que suspiró del alivio. —Milady, entre el sombrero y la bata parece un adefesio.

Jadeó. —¿De veras?

—No le digas esas cosas, está preciosa.

—Marqués entiendo que quiera enamorarla, pero no le está haciendo ningún favor. ¿Por qué no la sienta de nuevo? La vestiré en un visto y no visto.

—Pero si luego volverá a la cama, no es necesario.

—Claro que sí, una dama siempre debe estar lo más perfecta posible. Venga, que no tenemos todo el día.

Suspiró dejándola en la cama de nuevo.

—Querido, no tardaré, lo prometo.

—Más me vale porque Peter está un poco pesado con eso de que el tabernero haya invitado a su primo para hacer bulto, ¿qué más da que sea porquero y que huela como el demonio? Cuantos más testigos mejor. —Molesto salió de la habitación.

Rio. —¿Porquero?

—Ya le ha oído, cuantos más testigos mejor. —Sonrió. —¿Se da cuenta, milady? Su marqués haría lo que fuera por usted, por su felicidad, porque la ama.

Emocionada asintió y Lucy se agachó para coger su mano. —En un matrimonio a veces hay discusiones, pero eso no significa que el amor desaparezca. Está ahí. —Hizo una mueca. —¿Le cuento lo de la planta?

Sorbió por la nariz. —¿Qué planta?

—Eso de que el amor hay que regarlo para que la planta sobreviva, me lo contó una prima mía el día de mi boda.

—Oh, entiendo.

—Y sobre la noche de bodas usted no se preocupe, que el marqués tiene experiencia de sobra.

Gruñó como si eso no le gustara un pelo. —Hablando de otra cosa, Alice sigue en la casa.

—Uy, debemos vestirla, no hagamos esperar al pastor. —Se levantó y fue hasta un baúl que ella no conocía. —Este vestido le va a encantar, milady.

Sacó un vestido blanco de encaje y a Annaliese se le cortó el aliento.

—Era de la marquesa y con este vestido inició un matrimonio muy dichoso. Se lo hemos ajustado a sus medidas, así que no hay problema, milady, estará preciosa con él.

—Pero…

—¿No le ama? ¿No es el hombre de su vida?

Sollozó porque todo eso era cierto. —Sabes que sí.

—Pues no demore más estar a su lado, porque es lo que ambos desean por encima de cualquier cosa. Debe dejar sus miedos a un lado porque se merecen el uno al otro, se protegerán, se amarán y estarán juntos el resto de sus días. ¿No es mucho más de lo que quería cuando llegó a Wrochester?

Se dio cuenta de que tenía razón, era muy afortunada por tener un hombre como Phinneas en su vida, era todo lo que siempre había querido en un marido y al parecer él estaba contento con ella, así que al diablo las dudas, pensaba ser feliz, se merecía ser feliz a su lado. Sonrió mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. —Tienes razón.

Lucy sonrió de oreja a oreja. —Hoy es un día dichoso, milady. Vamos a vestirla para la ocasión.

En el pasillo Phinneas nervioso no dejaba de caminar de un lado a otro. Su madre salió de la habitación y reprimió una risita. —¿Todavía no está lista?

—No —dijo entre dientes —. Y Peter puede arrepentirse en cualquier momento.

—Parece que Belinda después de la sorpresa inicial está encantada de pillarlo. —Palmeó su brazo. —Si es lo mejor para que Annaliese esté más relajada al respecto, bienvenido sea. ¿Está contenta?

—No es que se lo crea mucho todavía —dijo mirando hacia la puerta que se abrió en ese momento mostrando a la doncella.

—Milady está lista, marqués.

—Has tardado un poquito, bonita.

—Quería que estuviera perfecta.

Cuando entró en la habitación se detuvo en seco al ver a su preciosa Annaliese vestida de novia de pie en el centro de la habitación. Ella se giró lentamente mostrando que la mitad de su rostro estaba cubierto por un velo de encaje y forzó una sonrisa. —¿Has visto? Puedo ponerme en pie, el tobillo no está roto como decía ese matasanos.

La miró de arriba abajo antes de elevar la vista hasta sus ojos. —Estás tan hermosa que quitas el aliento.

Se sonrojó de gusto. —¿Tú quieres…?

—Sí, preciosa, sí quiero… —Se acercó a ella y acarició su cuello rozando uno de sus hermosos rizos. —Quiero tenerte en mi vida y ver esa sonrisa cada día, sí, sí quiero. Quiero que me vuelvas loco con tus prácticas de piano y quiero que seas mía cada noche y cada día. Quiero los hijos que puedas darme y envejecer a tu lado, pero sobre todo quiero que me ames como yo te amo a ti, porque la posibilidad de perderte es insoportable.

Le abrazó con fuerza sollozando de la alegría y él la cogió en brazos antes de besar suavemente sus labios. —Y pienso repetir esto ante el pastor con mucho gusto.

—Estoy deseando oírlo de nuevo.

Phinneas la sacó de la habitación y bajó los escalones con ella. Shirley que estaba esperándoles abajo abrió los ojos como platos antes de mirar a Christine que sonreía encantada. —¿Esto es cosa tuya?

—Solo necesitaba un poco de confianza en sí misma y en su futuro, y al parecer esas dudas han desaparecido, mírala, está radiante.

Phinneas llegó abajo y Annaliese alargó la mano hacia ella que se la cogió de inmediato. —¿Me das permiso, madre?

Shirley emocionada por la felicidad de su hija susurró —Una y mil veces.

Los novios entraron en el comedor donde habían apartado las mesas para que la novia recorriera un pasillo hasta el pastor, que sonrió al verles. Belinda sonriendo le entregó un ramo de flores silvestres. Ella dijo —No te importa, ¿verdad?

—Menos mal que habéis aparecido, Peter estaba a punto de raptarme.

Soltó una risita y los asistentes repartidos a ambos lados del salón sonrieron mientras los novios se acercaban al pastor. —Cielo, déjame en el suelo.

—Pero…

—No me duele tanto como para no aguantar la ceremonia.

La dejó en el suelo ante el pastor y cogió la mano de su futuro marido. Ambos miraron a él que dijo solemne —Estamos reunidos aquí para unir a este hombre y a esta mujer en el sagrado vínculo del matrimonio. Porque el amor debe ser bendecido con unos esponsales como Dios manda.

Los parroquianos gritaron levantando sus jarras de cerveza y Annaliese rio antes de mirar a su esposo. —Parecen muy contentos por nosotros. ¿Les has ofrecido cerveza gratis?

—No habrá boda en toda Inglaterra donde los invitados estén más contentos con el matrimonio, te lo aseguro.

Divertida miró al pastor que levantó una ceja interrogante. —Mi nombre es Elisabeth Victoria Annaliese Olwood.

—El mío es Phinneas Albert Frederick Hardington.

El pastor que ya debía haber bebido alguna cerveza gruñó como si no se acordara ya de los nombres. —¿Os aceptáis el uno al otro?

Se miraron a los ojos. —Sí, nos aceptamos —dijeron a la vez.

—¿Prometéis amaros y respetaros en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad?

—Sí, prometemos.

—Pues como no hay anillos, yo os declaro…

—¡Sí que los hay! —Guillermina corrió hacia ellos con unos anillos en la mano. —Era el de tu padre, espero que te valga.

Emocionado vio el anillo en la palma de su mano. —Gracias, madre.

—Él estaría encantado con este matrimonio. —Abrió la otra palma para mostrar un hermoso anillo con un rubí. —Y yo también me siento muy dichosa de que entres en nuestra familia.

Intentando retener las lágrimas dijo —Gracias, Guillermina, gracias por darme su amor.

—Un placer.

Ambos cogieron el anillo que le correspondía al otro y él cogió su mano colocándoselo en el dedo anular. La miró a los ojos. —Jamás pensé que pudiera ser tan feliz, por eso con este anillo yo te desposo.

Ella cogió su mano sin dejar de mirarle a los ojos. —Te amé desde el primer momento en que te vi, sentí que eras la única persona que daría sentido a mi vida y así es, has demostrado que el amor no es amor si cambia cuando encuentra un cambio.

—O se aparta cuando el otro se aleja. No, es un faro siempre firme.

Emocionada susurró —Que contempla la tempestad sin estremecerse, es una estrella guía de toda alma errante. Por todo eso y porque te amo más que a mi propia vida, con este anillo yo te desposo.

En cuanto le puso el anillo Phinneas la cogió por la cintura y la besó apasionadamente haciendo que todos gritaran de la alegría.

—Os declaro marido y mujer —dijo el pastor satisfecho.

Belinda le guiñó un ojo a Peter y este cogió su mano acercándose a los novios que se volvieron radiantes de felicidad.

—Felicidades.

—Gracias amigo —dijo su marido dándole la mano.

—Ahora si nos permitís antes de que el pastor se olvide de cómo oficiar toda la ceremonia…

Belinda sorprendida preguntó —¿Estás seguro?

—Me acabo de dar cuenta de que no importa el lugar sino el momento y este es perfecto.

Sonrojada de felicidad asintió. —Sí, es perfecto.

Phinneas la cogió en brazos haciendo gritar a los parroquianos y se acercaron a su familia para ver el nuevo matrimonio. Emocionada hasta el llanto vio como Belinda miraba a los ojos a Peter diciendo que le quería por marido.

—¿Quién nos iba a decir que esto acabaría así, verdad preciosa?

Le miró a los ojos y sonrió. —Tu madre.

Guillermina sonrió orgullosa haciéndolos reír por lo bajo mientras los novios se besaban y todos lo celebraban.

Peter se volvió y gritó —¡A brindar!

Tres horas después entre música, risas y mucha cerveza Annaliese empezaba a sentirse cansada, lo que le daba muchísima rabia porque era su noche de bodas. Mary Beth como duquesa estaba sentada al lado de los novios hablando sobre lo dichoso que había sido su matrimonio. Phinneas que estaba hablando con Peter cerca de donde la gente bailaba, la miró de reojo frunciendo el ceño. Este se acercó de inmediato y dijo —Ya está bien por hoy.

—No, si estoy bien.

—Preciosa estás a punto de dormirte.

Suspiró mientras la cogía en brazos. Varios silbaron y los vitorearon mientras iban hacia la puerta. Como un tomate miró a su madre que sonrió acercándose para darle un beso en la mejilla antes de susurrar a su oído —No hemos tenido esta conversación, pero…

—Todo está bien, madre.

Ella sonrió apartándose. —Os deseo una inmensa felicidad.

—Gracias, condesa —dijo Phinneas antes de salir del comedor. Empezaron a subir las escaleras y ella le abrazó por el cuello—. Preciosa, durante los próximos días intenta tocarme lo menos posible.

Se apartó sorprendida. —¿Por qué?

Él gruñó. —Porque no estás en condiciones. Cuando te recuperes…

—¡No!

—Hace un minuto estabas a punto de dormirte.

—Qué mentira, lo que te pasa es que estás impaciente por llevarme al lecho y buscas cualquier excusa.

—No lo sabes bien. —Entraron en la habitación.

—Ahora estoy despejadísima.

La sentó en la cama y se agachó ante ella. —No hace falta…

—Sí que hace. —Agarró sus faldas y las levantó mostrando sus medias bordadas y sus pantalones interiores. —Hace mucha falta.

Él gruñó de nuevo mirando sus piernas y las acarició haciendo que sonriera. —Quiero que continues por donde lo dejaste en el salón. ¿Lo recuerdas?

—Cada día, cada minuto… —dijo con la voz enronquecida.

—¿Y ahora qué harías, marqués? ¿Me comerás entera? —dijo con la respiración agitada—. ¿Me saborearás?

La miró con picardía. —¿Quieres disfrutar?

—Quiero que me hagas tuya.

Él la cogió por la nuca y atrajo su boca saboreándola como si estuviera sediento. Annaliese entrelazó su lengua con la suya participando ansiosa sintiendo que su cuerpo revivía. Deseando tocarle alargó las manos hacia él y tiró de su chaqueta hacia atrás. Phinneas sin dejar de besarla se la quitó de malos modos antes de coger el interior de sus rodillas para elevarlas provocando que ella se inclinara hacia atrás hasta tumbarse. De pronto Phinneas apartó su boca para mirar sus ojos vidriosos de placer y dio un tirón a sus pantalones interiores rompiéndolos para dejar expuesto su sexo. Se sintió tan deseada, tan amada que todo su cuerpo ardió y cuando sintió su miembro entre sus piernas cerró los ojos gimiendo de placer. Entró en su ser de un solo empellón y él se detuvo en seco esperando su reacción, pero su esposa solo suspiró de gusto apretando su miembro por la estrechez de su virginidad. —Pura seda —dijo él antes de deslizarse en su interior—. ¿Te duele, preciosa?

—No. —Abrió los ojos. —Jamás me harías daño.

Él sonrió antes de llenarla de nuevo y Annaliese que no se esperaba ese placer gritó de la sorpresa. —Marido, esto es… —Cuando la llenó de nuevo gritó arqueando su cuello hacia atrás y Phinneas la agarró por los muslos para entrar en ella todo lo posible antes de apartarse ligeramente para mover de nuevo sus caderas con un ímpetu que le robó el aliento. Su marido inició una cadencia que la volvió loca y se retorció sintiendo que cada músculo de su ser se tensaba hasta el punto de romperse. Desesperada por algo que no conocía agarró las mantas con ambas manos gimiendo de necesidad y su marido no la defraudó porque aceleró el ritmo hasta casi volverla loca.

—¿Recuerdas el paraíso que te enseñé, preciosa? —Entró en ella de nuevo. —Ahora iremos juntos. —La llenó con tal contundencia que Annaliese sintió que se le detenía el corazón antes de que la dicha inundara su cuerpo, estremeciéndola con un placer infinito.

Su marido se dejó caer a su lado y tiró de ella hasta que reposó la cabeza sobre su pecho, que Annaliese acarició sin ser consciente de ello. Cuando al fin su respiración se recuperó, abrió los ojos y vio su miembro aún erecto. Levantó una ceja porque nunca se había imaginado que sería así. Había visto los sexos de los animales en el campo, pero nunca había visto a ningún hombre y la fascinó. Se sentó observándolo y su marido sonrió divertido. —Preciosa, está claro que tardaré en saciarme de ti.

—¿Duele? —Alargó el índice y tocó la punta haciéndole jurar por lo bajo mientras pegaba un bote en la cama. —Oh, te duele mucho… —dijo angustiada.

Él gimió. —No, preciosa.

—Dime qué tengo que hacer —dijo preocupadísima antes de girarse y abrir las piernas ante él dejándole de piedra—. Venga, sáciate lo que necesites.

—Esposa…

—Sé que algunos matrimonios solo lo hacen una vez al año, pero si tú necesitas más yo encantada.

Él intentó retener la risa. —Tengo mucha suerte contigo.

Se sonrojó de gusto antes de mirar su miembro que seguía tieso como un garrote. —Entonces...

—Acepto la oferta, esposa. Pero antes voy a desvestirte —dijo mirándola de una manera que todo su cuerpo se alteró—. Te voy a enseñar cómo tocar a un hombre y te voy a mostrar lo que puedo hacer yo.

# Capítulo 15

Los hombres decidieron que con las celebraciones de los matrimonios los planes debían cambiar, así que decidieron irse todos a Londres para presentar a Belinda al padre de Peter. A pesar de casi no haber dormido Annaliese estaba radiante y no dejaba de sonreír a su marido que sentado frente a ella no dejaba de comérsela con los ojos.

—Londres —dijo su madre de mal talante.

Perdiendo la sonrisa la miró. —No debes preocuparte.

—Al menos en el campo podía salir a pasear sin todas esas miradas inquisidoras sobre mí.

—Todo irá bien, madre —dijo sin estar muy convencida de ello.

—Y como se enteren de todo lo ocurrido en el campo, de estos matrimonios tan precipitados… —Se apretó las manos nerviosa. —Nos abuchearán por la calle.

—Sería imposible que no se enteraran. Si no fuera bastante con los invitados a mi casa, lo que pasó después con Michael es bien sabido por toda la comarca, así que los rumores serán inevitables —dijo su marido—. Pero hay que afrontarlos como Peter y Belinda tendrán que hacerlo también.

—Pobrecita, esta mañana temblaba y todo pensando en la reacción del conde cuando se entere de que se ha casado con su hijo.

—Con lo contento que estaba Peter esta mañana dudo que le importe mucho —dijo divertido.

Ella al darse cuenta del pequeño detalle de la virginidad de su amiga le miró asustada. —Tranquila preciosa, Peter cree que algo debió hacer mal aquella noche en que se supone que compartió lecho con ella. —Se echó a reír a carcajadas.

—¿Belinda no le dijo nada?

—¿Belinda sabía de vuestro engaño?

—Sí, se lo dijo la duquesa la noche que escapó Michael.

—Pues es evidente que decidió callar por si mi amigo se echaba atrás en el matrimonio.

—Qué lista —dijo Shirley—. Encajará perfectamente en nuestro grupito, ¿verdad hija?

—Sí, madre.

Phinneas de repente perdió la sonrisa de golpe. —Tú no me mentirás en nada, esposa.

—No, claro que no.

—Lo has dicho muy rápido.

—¿De veras?

Lucy reprimió una risita y al ver que el marqués la fulminaba con la mirada tosió. —Uy, perdón.

Annaliese se adelantó. —Yo no te mentiría, cielo.

Pareció satisfecho y su madre retuvo la risa. —Suegra, no va a hacerme picar, sé que ha sido sincera.

—Está muy bien que confíes en tu esposa, no queremos que vuelva a pasar lo de hace unos días.

Él gruñó. —Mejor cambiar de tema. Sobre Belinda ya no hay marcha atrás, el padre de Peter tendrá que aceptarlo.

—Si le deshereda, siempre se pueden venir a vivir con nosotros —dijo ella haciéndole parpadear.

—Hablaré con el conde personalmente.

—Querido, sabía que entenderías muy bien lo que quería decir.

La miró posesivo. —Cada segundo que pasa te entiendo mejor, preciosa.

Soltó una risita.

—Por eso haremos un baile en cuanto lleguemos a casa.

Perdió la sonrisa de golpe. —¿Qué? —preguntó mientras su madre gemía—. Da tiempo a que nuestros iguales se acostumbren.

—No, no pienso hacerlo. No tengo nada de lo que avergonzarme y quiero lucir a mi esposa como cualquier recién casado.

No sabía si alegrarse o entrar en pánico y miró a su madre que estaba en la fase de pánico claramente. Solo por ella disimularía sus temores. —Todo irá bien, madre.

—Como me abucheen no vuelvo a salir de Wrochester.

Su marido la miró como si tuviera cuernos. —Ah, ¿que piensa vivir con nosotros?

Jadeó ofendida. —¿Qué has dicho?

—La casa de las viudas…

—¡Marido, tienes una casa enorme y tu madre vivirá con nosotros!

—Fue su casa antes de ser mía, no es normal echarla.

—¡Pues mi madre va a vivir con nosotros!

—Eso, y no hay más que hablar —dijo Shirley molesta antes de decir por lo bajo—Cría cuervos y te sacarán los ojos.

—¿Qué? —preguntó Phinneas sin entender.

—Si no fuera por mí ni la habrías conocido.

—Eso madre, échaselo en cara. Si eres tan feliz es gracias a ella, que dio su consentimiento para que fuera a tu casa a ponerte la vida del revés.

Lucy no pudo soportarlo más y se echó a reír a carcajadas. Sus señores la miraron con la ceja levantada. Se apretó el vientre y dijo sin dejar de reír —Lo siento, no sé qué me ha dado. —Al ver sus caras se echó a reír de nuevo.

Phinneas decidió ignorarla. —Preciosa, agradezco mucho la ayuda de tu madre y estaré encantado de que viva en el campo si quiere.

—Uy, que este ya me quiere echar de Londres.

—¡Es usted la que no quiere estar en Londres!

Levantó la barbilla. —Si mi hija está en Londres, yo estaré en Londres.

Él iba a decir algo, pero Annaliese le interrumpió. —De todas maneras, la fiesta tendrá que ser después de nuestra luna de miel.

—¿Qué luna de miel?

—Pues la que hacen todos los novios. —Sus ojos brillaron. —Un viaje por Europa.

—Sí hija, será maravilloso, lo pasaremos estupendamente.

—Ah, que usted también viene.

—¿No te he dicho ya que donde vaya mi hija allí estaré yo? —Su semblante brilló de la ilusión. —No tuve luna de miel, pero al fin veré todas esas maravillas italianas. Guillermina estará encantada con el viaje, no os preocupéis que lo organizaremos todo.

—Que mi madre también viene —dijo entre dientes.

—Tranquilo, yerno, tendréis tiempo de estar solos.

—¿Y yo puedo ir? —preguntó Lucy.

Todos la miraron. —Claro que sí, eres mi doncella.

—¡Está preñada!

—¿Y? —preguntó su esposa empezando a molestarse—. No sé qué te pasa, marido, parece que no quieres regalarme una luna de miel como la que se merecen todas las novias.

—Claro que quiero, pero en esta luna de miel empieza a haber mucha gente.

—Pues habrá más, porque seguro que Belinda y Peter también se unirán a nosotros.

Gruñó, pero pareció pensarlo mejor y era evidente que tener a su mejor amigo en el viaje ya no le disgustaba tanto. —Si quieres ese viaje, antes haremos la fiesta.

Iba a protestar, pero la decisión de su mirada la detuvo, mejor no abusar. —Si te empeñas…

Él sonrió. —Así me gusta, preciosa, tú con la cabeza muy alta.

Pues le iba a doler el cuello un montón hasta que llegara la fiesta.

Su llegada a Londres fue todo un acontecimiento para la casa del marqués, porque no les esperaban y de repente tenían un montón de invitados. Incluso se les unió la duquesa, que no quería perderse nada y no pensaba hacer acto de presencia por su casa de Londres. Según ella allí estaría mucho más entretenida con sus amigas.

Su marido la bajó del carruaje y Annaliese le acarició la nuca para que la mirara. —¿Te estamos agobiando?

Él sonrió. —La vida de casado es de lo más interesante.

Se echó a reír y cuando entraron en la casa un hombre de unos sesenta años muy alto y delgado se acercó muy tieso. —Marqués, es un placer tenerle en casa.

—Gracias, Logan. Ella es mi esposa, Lady Annaliese.

—Un honor, marquesa.

Se le cortó el aliento porque hasta ese momento nadie la había tratado por su título. —Gracias, Logan.

—¿La marquesa está enferma?

—Ha tenido un accidente en la casa de campo. Haga venir a un nuevo doctor para que la revise, creo que hay que cambiarle los vendajes ya.

—¿Un nuevo doctor?

Él juró por lo bajo. —Mierda, se me ha olvidado comunicárselo a su familia.

—Lo hice yo, hijo, pero al parecer hemos llegado antes que las cartas que envié. Logan, que hagan llamar a la esposa del doctor Martinson, el pobre falleció en la finca.

—Qué desgracia, marquesa, era un buen hombre.

—Sí que lo era. Su cuerpo estará al llegar, avise a la funeraria, nosotros correremos con los gastos.

Él inclinó la cabeza. —De inmediato, marquesa.

—Su familia… —dijo Annaliese arrepentida porque ni había pensado en ellos con todo lo ocurrido.

—Será un disgusto.

—Pedirán explicaciones.

—Y habrá que dárselas, pero me aseguraré de que sean discretos. Aunque es evidente que las circunstancias de su muerte llegarán a Londres tarde o temprano no necesitamos que ellos rumoreen por ahí.

Entraron en una enorme y hermosa habitación. A Annaliese se le cortó el aliento viendo los frescos en el techo y en las paredes, era como vivir en un cuadro. —Qué hermosura.

—Los acaban de restaurar, tienen dos siglos. —La sentó sobre la cama y la miró a los ojos. —¿Estás bien?

—Sí.

—Tengo cosas que atender, pero estaré abajo. Si me necesitas, me avisarán.

Sonrió y le besó en los labios. —Estoy bien, marido. Vete, yo me aseará, comeré algo y dormiré una siesta.

—Perfecto. —La besó de nuevo y gruñó porque no quería apartarse, pero al final lo hizo y ella le observó mientras se alejaba.

Cuando salió de la habitación Lucy cerró la puerta. —Enseguida le traerán un baño, milady.

—Gracias. —Se quitó los guantes. —En cuanto me atienda el doctor, quiero que avisen a una modista.

—¿Madame Blanchard, milady?

La miró sorprendida. —¿Crees que me atenderá?

—¿A la marquesa de Wrochester? ¿Con los cotilleos tan jugosos que hay por la ciudad? Estará aquí antes de que terminen de darle el recado.

—¿Es una cotilla? Entonces avisa a otra.

Lucy se mordió el labio inferior y Annaliese la miró interrogante. —¿Qué ocurre, Lucy?

—Pues verá, milady, madame es la mejor modista de Londres.

—Lo sé, antes no tenía la posibilidad de que me atendiera y sé que está muy bien relacionada, pero precisamente por eso me siento incómoda con ella.

—Le abriría muchas puertas si le cayera en gracia.

—Y si le cayera en desgracia podría hacer que toda la buena sociedad me dé la espalda. —Sonrió con tristeza. —No digo que lo vaya a hacer, seguro que es una buena mujer, pero no quiero tener que caer en gracia a nadie. Yo soy como soy y mi vida es esta, no voy a ir pidiendo favores, ¿me entiendes?

—Sí, milady. ¿Le gusta el traje de viaje?

Sonrió. —Mucho, me queda como un guante y eso que no llevo corsé. Hace un bonito talle y tiene ese diseño clásico que me gusta, pero a la vez parece un modelo de París.

—Pues… —Se apretó las manos. —Se lo hice yo.

Separó los labios de la impresión. —No.

—Sí, milady, y me alegro mucho de que le haya gustado.

—Pero Lucy, has debido trabajar muchas horas de noche para hacerlo.

—Es que la modista solo tenía tiempo a hacer uno de los dos vestidos y como yo la conozco muy bien, decidí elegir la tela y

hacérselo yo. No había tiempo y había que terminarlo cuanto antes. Su madre no podía vestir mejor que usted, milady.

La miró emocionada. —Muchas gracias, has sido muy amable conmigo.

—Lo que usted se merece, es la mejor lady que he atendido. —Dio un paso hacia ella. —Si no quiere ir a la modista, podría hacerle yo los vestidos.

—Lucy es mucho trabajo. ¿Qué ocurre, quieres ser modista?

Se sonrojó. —No, no es eso.

—Explícate, por favor.

—Seguiré a mi marido a donde vaya, esa es mi obligación. Además, voy a tener un bebé no tengo tiempo para poner un negocio. Quiero dedicarme a mi familia y Will siempre ha querido tener tierras propias. Queremos tener seguridad en el futuro y mi esposo cree que con algo nuestro esa seguridad llegará.

—Entiendo, pero te gusta la moda.

—Me encanta y me gusta coser. Si solo me dedicara a una dama, eso nos daría ingresos para poder…

—Comprar esas tierras, quieres hacer realidad el sueño de Will.

—Sí, milady.

Sonrió. —Pues ya tienes esa dama.

Sus ojos brillaron de la ilusión. —¿De veras?

—Hazme el vestido de baile más hermoso de toda Inglaterra.

—¡Gracias, gracias! —Se acercó y la abrazó. —No voy a defraudarla.

—Sé que no lo harás.

Después de bañarse y comer algo la atendió el doctor Williams, un hombre joven que se notaba que sabía lo que hacía.

Cuando terminó de revisarla se encontraba mucho mejor. Al menos ya no le picaban los hilos de la herida de su operación, porque se los había quitado con una delicadeza que no había notado nada. Había cambiado sus vendas y le había pedido que no forzara el pie en unos días. Pero en cuanto la dejó sola ella sin hacerle ni caso fue hasta la otomana de al lado de la ventana para leer un libro.

Llamaron a la puerta. —Adelante.

Lucy metió la cabeza y sonrió. —Sabía que no estaría dormida, ¿está lista?

—¿Lista para qué? —preguntó confundida.

Abrió la puerta y entraron varios lacayos cargados de telas, las telas más hermosas que había visto nunca. —¿Pero de dónde ha salido todo esto?

—Una que tiene amigas de cuando vivía aquí. Mi amiga Rose Mary tiene una tienda de telas, ha dicho que puede elegir lo que guste y que si quiere algo se lo conseguirá.

—Qué maravilla. —Se levantó y cojeando fue hasta ellas. —Esta muselina es realmente hermosa para un vestido de mañana. —Rio. —La verdad es que no hay una tela que no me guste. Al parecer me conoces muy bien.

—¿Entonces las aprueba?

—Tienes carta blanca, sorpréndeme.

La puerta se abrió y su marido se detuvo en seco mirando las telas. —¿Ocupada?

—No, cielo, ya está todo hablado. Lucy va a hacer mi vestuario, fue ella la que hizo mi traje de viaje, ¿sabes?

—Estoy impresionado. —Miró a su doncella fijamente. —¿Crees de veras que podrás con esta tarea? Mi esposa debe estar a la altura de sus iguales.

—No le defraudaré, marqués —dijo convencida.

Él sonrió. —Perfecto, me gusta la gente decidida. —Se acercó a su esposa y la cogió en brazos.

—Cielo…

—No has dormido la siesta, no te ha dado tiempo.

Bufó tumbada en la cama y Lucy salió de la habitación discretamente mientras él se sentaba a su lado. —Me han quitado los puntos.

Él le levantó el camisón desnudando la mitad de su cuerpo y al ver la cicatriz apretó los labios acariciando su cintura.

—Cariño no quiero que pienses en ello, lo hecho, hecho está.

La miró a los ojos bajando su camisón y al ver la decepción en su rostro él rio por lo bajo. —Tienes que estar dolorida de anoche.

—Pues no.

—Además, tengo cosas que hacer.

—Marqueses, siempre ocupados —dijo fastidiada.

—¿Estás segura de que tu doncella podrá hacer tu nuevo vestuario?

—Se dejará la piel para que sea la más hermosa en tus fiestas, milord. Sí, confío en ella y en su buen gusto. Además, no será mi doncella mucho tiempo.

—Sí, sé que Will está buscando tierras.

—¿Podrás ayudarle?

—Podría haberle ayudado ya.

Le miró sin comprender. —¿Qué quieres decir?

—Will no sabe dónde se mete. Conmigo tiene un trabajo estable y será mayordomo algún día con un sueldo más que decente. Su esposa es primera doncella y antes de tu llegada vivía muy bien.

—¿No crees que lo consigan?

—No es que lo crea, es que lo sé. Will era hijo de un lacayo, ha vivido sirviendo toda la vida. No sabe ni lo que es un arado. ¿Y ella? Vivió en Londres casi toda su vida, imagínate.

—Entiendo, les estás protegiendo de su sueño.

—He visto como muchos se han arruinado por una mala cosecha y aprecio a Will, cuando me enteré de que pensaba comprar las tierras de un tío suyo, intervine porque sabía que esas tierras eran una ruina, malos sembrados y poca caza.

—Deberías hablar con él.

—Lo he hecho, pero no atiende a razones.

—Igual si le guías hacia unas buenas tierras…

Phinneas apretó los labios. —Puedo hacer una cosa.

—¿El qué?

—Tengo unas tierras que puedo arrendarles los próximos cinco años, si quieren continuar después de ese periodo se las venderé a buen precio y si quieren dejarlo siempre pueden volver a nuestra casa.

Sonrió y se sentó de golpe abrazándole. —Gracias, gracias.

—¿Por qué, cielo?

—Por intentar hacerme feliz.

—Un placer, milady.

—Las tierras no estarán muy lejos, ¿no? —Se apartó para mirar su rostro. —No me gustaría perder el contacto.

—No perderemos el contacto porque seremos los padrinos de su primer hijo.

Se le cortó el aliento. —¿De veras?

—Will me lo ha pedido este mediodía y le he dicho que sí. —Acarició su mejilla —¿Contenta?

—Mucho.

Él la besó en los labios. —Ahora duerme, es una orden.

—Te amo.

—Yo también a ti.

Se tumbó de nuevo y le observó ir hacia la puerta. —Mi amor… —Él la miró sobre su hombro. —¿Ya has decidido cuando

será el baile?

—En dos semanas. Mi madre está ahora mismo preparando la lista de invitados con la duquesa, mientras tu madre gruñe cada vez que se menciona un nombre. —Cogió el pomo de la puerta. —No debe preocuparte esa noche, preciosa, yo estaré contigo.

Sonrió. —Lo sé.

Le guiñó un ojo antes de salir de la habitación y ella suspiró mirando el techo. No podía evitar pensar que esa noche sería la más importante de su vida, ¿cómo no iba a preocuparse?

Muy nerviosa paseó por la habitación, aquel encierro por el morado de su rostro la estaba volviendo loca. Aunque sus amigas y Phinneas intentaban apoyarla, todos salían de casa, incluso su madre se había animado una noche a ir al teatro, pero ella sería mostrada por primera vez en aquella fiesta que cada vez la angustiaba más. Eso por no mencionar que Lucy la quería sorprender con el vestido de fiesta y no tenía ni idea de lo que iba a ponerse esa noche. Se acercó al espejo de cuerpo entero e hizo una mueca porque el vestido que llevaba puesto era maravilloso. —Lo hará bien.

La puerta se abrió de golpe sobresaltándola y Christine entró con un pequeño libro en la mano. —Pensaba que estarías practicando, pero no te he encontrado en la sala de música.

—El piano que me han regalado Peter y su padre por nuestro matrimonio es realmente hermoso, pero está desafinado. Phinneas ha dicho que llamará a alguien para que lo afine.

—Su madre murió hace diez años, es lógico que no se oiga bien si no lo ha tocado nadie.

—He recibido carta de Belinda, está cambiando la decoración de su habitación en casa del conde. Le ha dicho que puede escoger cualquier cosa que quiera, ¿a que es estupendo?

—Me alegra que el conde esté tan contento con ella.

Parecía algo tensa. —Christine, ¿te ocurre algo?

—Tienes que leer este libro.

Lo cogió y miró el lomo. —Mi diario. —La miró sin entender.

Christine sonrió. —Es mi historia. La verdadera historia de por qué terminé trabajando para la duquesa.

Separó los labios de la impresión y lo abrió para ver su letra. —Pero esto es muy íntimo, ¿estás segura de que quieres que lo lea?

—Me he dado cuenta de lo que te preocupa y creo que ahí encontrarás la solución. —La besó en la mejilla. —Te lo contaría yo, pero no quiero ponerme a llorar. Las lágrimas me dejan la nariz roja y lo odio. —Sonrió sin darle importancia. —Solo te pido que no se lo digas a nadie.

—Tienes mi palabra.

—Pues me voy contenta. Hasta la cena.

Cuando se fue, Annaliese caminó hasta el diván y abrió el diario por la primera hoja, fechado el doce de abril de mil ochocientos veintiocho en Brighton, era el día en que su amiga cumplió veintitrés años. Hacía justo veinte años.

Se recostó en el diván leyendo el título, que era evidente que había puesto después porque no tenía la misma tinta. *"Mi amor, mis desgracias y el dolor que nunca abandonará mi alma."*

Impresionada por la sinceridad de sus palabras siguió leyendo y descubrió que su amiga era la sexta hija de una familia noble pero pobre, así que nunca tuvo muchas oportunidades. Sus padres habían seguido la tradición de no presentar a sus hijas en sociedad hasta que la hija que había nacido antes se hubiera casado. En parte porque no había dinero para gastar en vestidos para todas y en parte porque su madre había sido criada así. El inconveniente a ese plan fue que su quinta hija no conseguía marido, pues tener una dote escasa había sido un problema y no ser muy agraciada también, así que le había costado muchísimo. De hecho, le había costado encontrar marido cuatro años, y fue tanto tiempo que todos estaban convencidos de que las dos últimas hijas se quedarían

solteras. Pero al fin pasó, un hombre se fijó en su hermana y Christine pudo salir al mundo con veintidós años. Demasiado mayor para que se la considerara debutante. De hecho, para muchos era ya una solterona. Pero hubo otro impedimento a conseguir marido, su madre ya era demasiado mayor como para disfrutar de las reuniones. La novedad había pasado hacía mucho tiempo y ya no disfrutaba de estar con la gente como lo había hecho con su primera hija. Sus padres estaban hastiados y sin interés en que consiguiera marido, era la última hija y lo único que deseaban era que se quedara con ellos y les cuidara en su vejez, lo que a Christine le frustraba muchísimo porque su gran sueño era tener hijos. En sus palabras notaba su dolor e incluso había lágrimas marcadas que habían corrido la tinta a medida que iba escribiendo y Annaliese se emocionó. Pasó la hoja impaciente y leyó como había ido a misa sabiendo que era un domingo cualquiera y que después de asistir se iría a casa a bordar como cada domingo desde que tenía memoria. No había invitaciones a la vista y se avecinaba un mes triste y lluvioso, pero como cada domingo decidió vestirse lo mejor posible para asistir al servicio. Saludó a los vecinos y entró en la iglesia dispuesta a oír el aburrido sermón, pero nada más cruzar la entrada le conoció. Era el ayudante del pastor, un hombre increíblemente apuesto que se llamaba Robert. No pudo evitarlo, perdió su corazón en ese instante e ilusionada intentó participar más en la iglesia para conocerle mejor. Se enamoraron y Annaliese se llevó la mano a la boca por lo explícita que era con las horas compartidas, a pesar de estar casada se sonrojó mientras continuaba leyendo lo feliz que Christine era en ese momento soñando con una maravillosa boda y un futuro lleno de hijos. Había sido tan sincera en su escritura que hasta podía sentir su dicha e impaciente continuó. Su amiga estaba paseando un día por la ciudad, sola como de costumbre, cuando se lo encontró del brazo de una mujer. Él al verla cruzó de acera y Christine lloró en la calle sin importarle quien presenciara su dolor. Siempre se encontraban por las tardes cerca del molino y ella acudió deseando explicaciones. Él fue a su encuentro y después de disculparse le dijo que llevaba casado un año, que nunca había amado a su mujer y que si ella se lo pedía la abandonaría. Lo dejaría

todo por ella porque la amaba más que a su vida. Annaliese sollozó leyendo los planes que habían hecho, cómo se irían de Inglaterra, cómo cambiarían sus vidas y se casarían. Desesperado por demostrarle lo importante que era para él hicieron el amor y fueron sorprendidos por su esposa que le había seguido con una pistola y mató a su amante ante sus ojos. Annaliese cerró los ojos horrorizada sintiendo su dolor. Las circunstancias de su muerte se hicieron públicas y los padres de Christine la echaron de casa, se quedó en la calle pues ninguna de sus hermanas quería acogerla. —Malditas —dijo entre dientes pasando la hoja. Christine intentó buscar trabajo, pero sin referencias le fue difícil, así que tuvo que prostituirse para pagar la casa de huéspedes donde dormía. —Dios mío… —Sus amantes eran dos hombres de buena posición que la mantenían cómodamente. Consiguió ahorrar dinero y siguió buscando trabajo. Al fin la duquesa contestó a su carta y consiguió el puesto que tenía ahora. Contaba distintas anécdotas sobre cómo Mary Beth había cambiado su vida, lo agradecida que estaba por lo bien que la había tratado. También mencionaba cómo había guardado su secreto. Al seguir leyendo pasaron tres años y una tarde uno de esos hombres que la mantuvo en su momento fue invitado a una fiesta a las que ellas acudieron. Ese cerdo ahora viudo cuchicheó con sus amigos y Christine tuvo que sufrir varias insinuaciones, pero ella se mantuvo con la cabeza alta ignorando sus sucias palabras, demostrándoles que era mil veces mejor que ellos. En las últimas hojas recordaba a su amor perdido. *"Han pasado muchos años desde que me tocó por última vez, recuerdo cada momento, cada caricia y si tuviera que volver atrás no procedería de otro modo porque él me dio la vida, pues era yerma y vacía hasta que sentí por primera vez a su lado. Todo lo demás no importa, lo único que importa es el amor que nos dimos y lo dichosos que fuimos."*

Cerró el diario sin darse cuenta de que lloraba y se levantó para salir de la habitación. Cuando llegó a la de Christine abrió sin llamar y se la encontró de pie mirando por la ventana. —¿Ya lo has leído? —preguntó sin volverse.

—Gracias.

Se volvió mostrando la angustia de su rostro. —¿Has entendido por qué te lo he dado a leer?

—Todo lo demás no importa, solo importamos Phinneas y yo. El pasado no tiene importancia ni lo que hice para sobrevivir y debo enfrentarme a las malas lenguas con la cabeza muy alta.

Christine sonrió. —Sabía que lo entenderías. —Se acercó a ella y la cogió por los hombros. —Vive dichosa al lado del hombre que amas, debes aprovechar cada minuto a su lado porque puede que sea el último, cielo. Sé feliz, porque él te ama y da igual lo que diga la gente.

La abrazó con fuerza. —Gracias por compartirlo conmigo.

Acarició su espalda. —No tienes que darlas, estos años a tu lado han sido como si el señor me hubiera dado la hija que siempre quise y soy dichosa por ver tu alegría, por eso tenías que conocer mi historia. Solo Mary Beth lo sabe. Quise ser sincera desde el principio y me ha demostrado el gran corazón que tiene. —Se apartó y cogió sus mejillas. —Algún día tú escribirás tu propia vida y será maravillosa.

—Haré lo posible porque sea así.

Christine sonrió. —Sé que lo harás. Ahora arréglate para la cena, cielo. Te quiero radiante esta noche y que tu esposo no pueda quitarte la vista de encima.

Le tendió el diario y cuando su amiga lo cogió se lo llevó al pecho como si fuera su posesión más preciada.

—Te quiero.

—Lo sé, mi niña.

Salió de la habitación cerrando la puerta y se encontró con su marido en el pasillo a punto de entrar en su alcoba. —Preciosa, ¿estás bien?

Se acercó a él y le dio un suave beso en los labios. —Nunca he estado mejor.

Phinneas sonrió. —Aún queda tiempo para la cena.

—¿No me digas, marqués?

—Creo que te voy a ayudar a vestirte.

Soltó una risita entrando en la habitación. —A ver cómo te portas de doncella.

—Te aseguro que quedarás satisfecha.

La noche del baile todas estaban impresionadas por lo tranquila que estaba, mientras que Shirley estaba de los nervios y miraba su vestido negro por enésima vez.

En bata dejó que Lucy emocionadísima le arreglara el cabello dejando que varios rizos cayeran sobre sus hombros. —¿No son demasiado largos? —preguntó su madre.

Su doncella contestó —Tienen que quedar así porque el vestido lo requiere.

—Estoy impaciente por verlo —dijo ella.

—Ay, hija, los invitados están llegando. He oído carruajes.

—Madre, estamos en Londres, hay carruajes por todos lados.

Christine abrió la puerta. —Están llegando.

Soltó una risita. —Es lo mismo, haré una entrada triunfal.

—Hija no tiene gracia, deberías estar al lado de tu marido para recibir a los invitados. Y yo tampoco debería asistir, será un escándalo.

—No pienso permitir que mi madre no esté en mi primera fiesta.

—Bien dicho —dijo Christine.

Lucy colocó su último rizo. —Perfecto.

Sonrió al espejo. —Nunca me habías peinado tan bien.

—Pues espere y verá, milady.

Fue hasta la puerta y dos doncellas entraron llevando en brazos un hermoso vestido rojo con enormes rosas bordadas en

negro. Se llevó la mano al pecho de la impresión levantándose. —Qué maravilla.

—Oh, Annaliese es precioso. —Christine emocionada tocó la tela.

—Traída de España —dijo Lucy—. Una vez vi algo así y en cuanto se lo describí a mi amiga recordó que tenía algo parecido que le habían enviado de allí.

Annaliese tocó el escote con pedrería en negro. —Es el vestido más hermoso que he visto nunca.

—El marqués me pidió que hiciera juego con… —Cogió una caja de terciopelo y la abrió ante ella mostrándole un increíble collar de diamantes y rubíes. —Como su anillo, milady.

—Sí. —Emocionada miró hacia la puerta de comunicación y allí estaba su esposo. Fue hasta él y le besó intentando demostrarle todo lo que le quería. —Gracias, mi amor.

—Te mereces eso y mucho más.

—Vamos vístete, no hay tiempo —dijo Christine.

—De acuerdo, de acuerdo. —Se quitó la bata mostrando que ya tenía puesto el corsé. Entre las mujeres le pusieron los amplios faldones con cuidado de no estropearle el peinado. Ella rio mientras se los ajustaban a la cintura. Su marido sonrió observando su felicidad y Lucy se acercó con el hermoso vestido que le puso por la cabeza dejando caer sus amplias faldas hasta el suelo. —Toda una marquesa —dijo su madre emocionada.

Con la mano en la cintura miró a su marido a través del espejo de cuerpo entero. —¿Te gusta?

—Nunca volveré a dudar de la habilidad de Lucy.

—Gracias, marqués. —Cerró el último botón y se puso ante ella. —Déjeme ver… ¿Cómo se siente?

—Como si estuviera hecho para mí.

Lucy sonrió encantada. —Espero que disfrute mucho de la noche, milady.

—Disfrutaremos. —Su marido le puso el collar en su cuello y se lo cerró antes de abrazarla por la espalda. —¿Lista para bailar toda la noche?

—Lista para todo, mi amor.

Se volvió y cogió su brazo. Todas les siguieron emocionadas pensando en disfrutar de la noche. Su noche, y todo lo demás no importaba.

# Epílogo

Sentada en el salón de su casa de campo escribía la lista de invitados de su fiesta de Navidad. Su marido entró con el periódico en la mano. —Cariño, ¿invitamos a los Foster?

—Son agradables, pero ya sé por qué lo dices.

—Han acusado a esa mujer de robar en una tienda. Qué tontería, tiene dinero de sobra. Es esa prima suya, que es una envidiosa. Se ha casado con un noble pobre y horrible solo por un título y ahora suelta su ira contra su propia familia.

—Invítalos, me agradan —dijo sentándose en el sofá. Abrió el periódico y ella sonrió encantada antes de escribir el nombre de los Foster.

Se levantó y se sentó a su lado. —¿Sabes una cosa?

—¿Mumm? —preguntó sin dejar de mirar la noticia que estaba leyendo.

—Me duelen los pechos.

Él parpadeó antes de dejar caer el periódico y carraspeó. —¿Ayer te hice daño?

—No, mi amor, solo te lo digo para que sepas que mi cuerpo sufrirá algunos cambios en los próximos meses. —Elevó una ceja.

Él sonrió. —¿No me digas? —La cogió por la cintura y la sentó sobre él. —¿Vas a engordar?

—Sí, marqués —dijo mirándole con amor—. Me pondré muy gorda. Tan gorda que no me veré los pies como Lucy.

Se echó a reír abrazándola. —Vas a darme un hijo.

—Sí, nuestra dicha aumentará con un nuevo miembro en la familia.

Él la besó. —Sabía que hacía bien al cambiar de novia.

—Marqués, todo lo hice yo.

—Bueno, bueno…

Escucharon que alguien llegaba corriendo y Will con su ropa de labriego apareció en la puerta con la respiración agitada. —Milady, es Lucy…

Se levantó. —¿Qué ocurre? ¿Ha llegado el momento?

—Supongo que sí, porque grita como una condenada. Parece que le duele mucho y no sé qué hacer.

—Oh, Dios mío.

—¡Hudson mi carruaje!

—Enseguida, milord.

—Hay que llamar al médico.

Will negó con la cabeza. —No le encuentro, ese imbécil lleva dos días desaparecido, su esposa cree que se ha ido a Londres con su amante.

—Cuando le pille… —dijo el marqués furioso.

—Marido, hay que avisar a la partera.

—Murió el año pasado, preciosa.

—Tiene que haber otra en el pueblo más cercano, Hudson mande a por ella.

—Ahora mismo, marquesa.

Hudson dio las órdenes mientras los marqueses se ponían los abrigos que les ofreció un lacayo. Ni se molestó en coger el sombrero antes de salir de la casa. El carruaje apareció en ese momento y no se demoraron en subirse a él mientras Will salía a galope.

—No te preocupes, seguro que Will está exagerando por ser primerizo.

—Espero que tengas razón —dijo nerviosa.

El carruaje iba a toda velocidad y no tardaron en llegar a las tierras de su doncella. Al recorrer el camino hasta la casa, pudo darse cuenta de que no habían limpiado los campos después de la última siembra que habían recogido los anteriores inquilinos. Miró a su marido. —Pensará que hay que hacerlo en la primavera.

—Se limpia inmediatamente después de la cosecha para fertilizar la tierra y que las plagas no pasen a la siguiente siembra. No sé cómo se hará en otros sitios, pero por aquí se hace así desde hace siglos.

—Estás molesto.

Él apretó los labios. —Sabía que no era buena idea.

—Se tienen que dar cuenta ellos, cielo.

—Perderán su dinero y después se sentirán humillados al tener que regresar.

—Intentaremos que no sea así.

Él sonrió divertido. —¿Perdiendo yo dinero mientras se dan cuenta de que no pueden seguir así? Porque te recuerdo que una parte de la siembra es mía.

—No me compres regalo de Navidad y me daré por satisfecha. —Cogió su mano.

—¿Sabes que eres maravillosa?

—¿Sabes que te amo?

—Me lo dices cada día, preciosa.

Ella le guiñó un ojo y el carruaje se detuvo ante la casa que estaba en mejores condiciones que la última vez que la había visto. Eso era cosa de su Lucy, que tenía mucha maña para sus quehaceres. Bajó del carruaje y corrió al interior de la casa escuchando sus gritos. Recorrió el pequeño salón para entrar en el dormitorio donde Will sentado a su lado agarraba su mano. Lucy estaba llena de sudor. —Milady, ha venido…

—Por supuesto que sí —dijo quitándose el abrigo

—Me duele mucho.

—Cielo, calienta agua —dijo ella acercándose a la cama y quitando las mantas.

—¿Qué hace, milady? —preguntó Will muy asustado—. Se resfriará.

—Está muerta de calor, no necesita esto. Abre las piernas, amiga.

Lucy lo hizo y Annaliese asombrada vio lo que parecía la cabeza del bebé. —¿Cariño? Déjalo porque ya está aquí.

Su marido llegó corriendo y al ver lo que veía su esposa exclamó —¡Dile que empuje!

—¿Ya? —preguntó Lucy con los ojos como platos—. ¡Marqués deje de mirar!

—Perdón, pero es inevitable, es como… Ni sé explicarlo.

—¡Lucy tienes que empujar, la cabeza de tu hijo se te va a salir!

—Es que duele mucho. —Gimoteó. —¡Pero mucho, mucho! Milady no tenga hijos, esto es un suplicio.

—Tu recomendación llega demasiado tarde. —Se subió a la cama de rodillas y apartó sus piernas para dejarle espacio. —Vamos, ahora vas a respirar hondo y a empujar.

—¿Cómo cuando hago caca? Porque llevo con ganas un rato.

—¡Oh, por Dios y no has empujado para que no lo viera tu marido!

—Es que nunca me ha visto hacer eso. —Lloriqueó. —Will no mires.

—Mujer empuja.

Lucy la miró a los ojos antes de empujar con fuerza y la cabeza salió prácticamente sola. A Annaliese casi no le dio tiempo a cogerla mientras su amiga se dejaba caer sobre las almohadas con la respiración agitada. —Lo haces muy bien. Venga, un poco más, casi está fuera.

Lucy asustada miró a su marido.

—Vamos preciosa un poco más y habrás terminado.

Asintió antes de tomar aire por la nariz y empujar de nuevo. Su bebé salió por completo, pero no lloraba.

—No, no… —Annaliese le revisó la boca, pero no tenía nada y desesperada le volvió intentando que no se le resbalara y le dio un golpecito en la espalda. Su llanto fue lo más maravilloso que escuchó nunca y suspiró del alivio antes de mirar a su esposo.

Este sonrió. —Lo has hecho muy bien.

—Gracias —respondieron las dos a la vez haciéndoles reír.

Un par de horas después se puso el abrigo y se acercó a Lucy que ya estaba aseada y con su bebé en brazos. Su amiga emocionada susurró —Gracias por todo.

—Ha sido un placer ayudarte a traer a William al mundo. —Se agachó y la besó en la frente. —Salud para criarlo fuerte y feliz, amiga. Ahora descansa, haré que te traigan comida y todo lo que puedas necesitar mientras te recuperas.

Emocionada vio cómo se alejaba. —Milady…

Se detuvo en la puerta y esta le hizo un gesto para que se acercara. —¿Qué ocurre?

—Sáqueme de aquí —susurró.

Confundida se sentó. —¿Qué has dicho?

—No me gusta esto, esta soledad, este trabajo, echo de menos estar con usted… Solo veo a mi marido en todo el día, me voy a volver loca. Le amo mucho, pero no.

Intentó reprimir la risa. —¿Y él qué dice?

—Me da igual lo que diga. Idee algo para sacarme de aquí, por favor.

Se mordió el interior de la mejilla pensando en ello. —Déjalo en mis manos.

Suspiró del alivio. —Gracias, sabía que podría ayudarme.

Le guiñó un ojo y se levantó saliendo de la habitación. Los hombres hablaban sentados a la mesa con una botella de vino. —Al parecer la partera no ha llegado a tiempo.

Will se levantó. —Menos mal que estaba usted, milady.

—Ha sido un placer ver nacer a mi ahijado, ha sido toda una alegría. —Se abrochó el abrigo. —Aunque es una pena, no todos son alegrías porque…

—¿Por qué…?

—No queríamos decíroslo, porque es evidente que estáis cumpliendo un sueño… Además, en este momento... No te preocupes, seguid con vuestra vida y espero que os vaya muy bien.

—Milady, por favor, dígame qué ocurre.

Suspiró. —Mi marido va hecho un desastre. —Phinneas levantó una ceja. —Su nuevo valet no sabe hacer su trabajo. Y Hudson ya está mayor, no sé lo que vamos a hacer, tiene achaques.

—¿Achaques?

—Son propios de la edad, claro, pero dentro de poco tendrá que dejar su trabajo… Además, mi doncella es una cotilla, supongo que ya sabes lo poco que me gustan los cotilleos, eso sin mencionar que no sabe tratar mi ropa con todas las horas que tu mujer ha invertido en confeccionarlas. ¿Qué será de nuestra reputación? La casa se nos está yendo de las manos.

Asombrado miró al marqués. —¿Tan mal están las cosas?

—Pues…

—Marido díselo, el otro día su valet le cortó en la mejilla al afeitarle.

—Inconcebible.

—Pero no es problema vuestro. —Sonrió inocente. —Disfruta de tu hijo… ¿Vamos, querido?

—Sí, marquesa. —Su marido se levantó y la cogió por la cintura para ir hacia la puerta.

—Marqués… —Ambos se volvieron mirándole inocentes. —Marqués, si quiere que vuelva solo tiene que decirlo

—Jamás te apartaría de tu sueño, ya nos las arreglaremos por mucho que os necesitemos.

Estiró la espalda como todo un mayordomo. —No os preocupéis, milord, era solo un sueño. Soy mal labriego y mal marido por permitir que mi esposa viva en estas condiciones después de la vida que ha tenido en su casa. Pero no seré un mal padre, ahora que tengo a mi hijo debo darle la mejor vida que pueda conseguir para él y eso incluye una buena educación. Si me prometéis que William será instruido por vuestro administrador cuando llegue el momento, será un placer serviros lo que me quede de vida.

Phinneas sonrió acercándose y alargó la mano sorprendiéndole. —Mi ahijado recibirá la educación que quiera, Will, sin límites.

Impresionado apretó su mano. —Gracias milord, os estaré eternamente agradecido.

—Os esperamos en casa cuando estéis listos —dijo Annaliese como toda una marquesa. Phinneas se acercó a ella y salieron de la casa.

Su marido rio por lo bajo. —Muy lista, mujer.

—Marido si pude conseguirte a ti, esto era pan comido. Ella me lo rogó y no pude negarme.

La ayudó a subir al carruaje y se sentó frente a ella. Cuando se pusieron en camino se miraron a los ojos diciéndose sin palabras todo lo que se amaban. —En unos meses pasaremos por esto, preciosa.

—Estoy deseando darte un hijo, nuestro hijo.

Él se adelantó y cogió sus manos. —Prométeme una cosa.

—Lo que sea.

—Lo tendremos en Londres.

Ella sonrió porque solo le preocupaba su bienestar y que estuviera rodeada de médicos que pudieran ayudarla en caso de necesitarlo. Se emocionó. —Será como quieras.

Besó sus manos. —Te amo, te amo.

Se adelantó para acercarse a su rostro y besó sus labios para susurrar —Eso es lo único que me importa.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)
2- Brujas Valerie (Fantasía)
3- Brujas Tessa (Fantasía)
4- Elizabeth Bilford (Serie época)
5- Planes de Boda (Serie oficina)
6- Que gane el mejor (Serie Australia)
7- La consentida de la reina (Serie época)
8- Inseguro amor (Serie oficina)
9- Hasta mi último aliento
10- Demándame si puedes
11- Condenada por tu amor (Serie época)
12- El amor no se compra
13- Peligroso amor
14- Una bala al corazón
15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
16- Te casarás conmigo
17- Huir del amor (Serie oficina)

18- Insufrible amor
19- A tu lado puedo ser feliz
20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
21- No me amas como quiero (Serie época)
22- Amor por destino (Serie Texas)
23- Para siempre, mi amor.
24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
25- Mi mariposa (Fantasía)
26- Esa no soy yo
27- Confía en el amor
28- Te odiaré toda la vida
29- Juramento de amor (Serie época)
30- Otra vida contigo
31- Dejaré de esconderme
32- La culpa es tuya
33- Mi torturador (Serie oficina)
34- Me faltabas tú
35- Negociemos (Serie oficina)
36- El heredero (Serie época)
37- Un amor que sorprende
38- La caza (Fantasía)
39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
40- No busco marido
41- Diseña mi amor
42- Tú eres mi estrella
43- No te dejaría escapar
44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
45- ¿Nunca? Jamás
46- Busca la felicidad
47- Cuéntame más (Serie Australia)
48- La joya del Yukón
49- Confía en mí (Serie época)
50- Mi matrioska
51- Nadie nos separará jamás
52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
53- Mi acosadora

54- La portavoz
55- Mi refugio
56- Todo por la familia
57- Te avergüenzas de mí
58- Te necesito en mi vida (Serie época)
59- ¿Qué haría sin ti?
60- Sólo mía
61- Madre de mentira
62- Entrega certificada
63- Tú me haces feliz (Serie época)
64- Lo nuestro es único
65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
67- Por una mentira
68- Vuelve
69- La Reina de mi corazón
70- No soy de nadie (Serie escocesa)
71- Estaré ahí
72- Dime que me perdonas
73- Me das la felicidad
74- Firma aquí
75- Vilox II (Fantasía)
76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
77- Una noticia estupenda.
78- Lucharé por los dos.
79- Lady Johanna. (Serie Época)
80- Podrías hacerlo mejor.
81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
82- Todo por ti.
83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
84- Sin mentiras
85- No más secretos (Serie fantasía)
86- El hombre perfecto
87- Mi sombra (Serie medieval)
88- Vuelves loco mi corazón
89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo
91- Lady Corianne (Serie época)
92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
93- Róbame el corazón
94- Lo sé, mi amor
95- Barreras del pasado
96- Cada día más
97- Miedo a perderte
98- No te merezco (Serie época)
99- Protégeme (Serie oficina)
100- No puedo fiarme de ti.
101- Las pruebas del amor
102- Vilox III (Fantasía)
103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
104- Retráctate (Serie Texas)
105- Por orgullo
106- Lady Emily (Serie época)
107- A sus órdenes
108- Un buen negocio (Serie oficina)
109- Mi alfa (Serie Fantasía)
110- Lecciones del amor (Serie Texas)
111- Yo lo quiero todo
112- La elegida (Fantasía medieval)
113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
114- Con solo una mirada (Serie época)
115- La aventura de mi vida
116- Tú eres mi sueño
117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
119- Sólo con estar a mi lado
120- Tienes que entenderlo
121- No puedo pedir más (Serie oficina)
122- Desterrada (Serie vikingos)
123- Tu corazón te lo dirá
124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

126- Dragón Dorado (Serie época)
127- No cambies por mí, amor
128- Ódiame mañana
129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
131- No quiero amarte (Serie época)
132- El juego del amor.
133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
136- Por nuestro bien.
137- Eres parte de mí (Serie oficina)
138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
139- Renunciaré a ti.
140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
143- Lady Elyse (Serie época)
144- Nada me importa más que tú.
145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
148- ¿Cómo te atreves a volver?
149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
152- Tú no eres para mí
153- Lo supe en cuanto le vi
154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)
156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
157- Me has dado la vida

158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
159- Amor por destino 2 (Serie Texas)
160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)
162- Dulces sueños, milady (Serie Época)
163- La vida que siempre he soñado
164- Aprenderás, mi amor
165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)
166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)
167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)
168- Sólo he sido feliz a tu lado
169- Mi protector
170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)
171- Algún día me amarás (Serie época)
172- Sé que será para siempre
173- Hambrienta de amor
174- No me apartes de ti (Serie oficina)
175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)
176- Nada está bien si no estamos juntos
177- Siempre tuyo (Serie Australia)
178- El acuerdo (Serie oficina)
179- El acuerdo 2 (Serie oficina)
180- No quiero olvidarte
181- Es una pena que me odies
182- Si estás a mi lado (Serie época)
183- Novia Bansley I (Serie Texas)
184- Novia Bansley II (Serie Texas)
185- Novia Bansley III (Serie Texas)
186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)
187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)
188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)
189- Lo que fuera por ti 2
190- ¿Te he fallado alguna vez?
191- Él llena mi corazón
192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)
193- No puedes ser real (Serie Texas)

194- Cómplices (Serie oficina)
195- Cómplices 2
196- Sólo pido una oportunidad
197- Vivo para ti (Serie Vikingos)
198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)
199- Un baile especial
200- Un baile especial 2
201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)
202- Lo siento, preciosa (Serie época)
203- Tus ojos no mienten
204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)
205- Sueño con un beso
206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)
207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)
208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)
209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)
210- No soy lo que esperabas
211- Eres única (Serie oficina)
212- Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)
213- Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)
214- Lo siento, preciosa 2 (Serie época)
215- La intensidad de lo que siento por ti
216- Lucha por lo que amas (Serie Australia)
217- Ganaré tu corazón (Serie Vikingos)
218- Mi otra cara de la moneda
219- Ni tú conmigo, ni yo sin ti
220- No necesito más, si te tengo a ti (Serie Oficina)
221- Me enfrentaré a todo por tu amor (Serie época)
222- Algo único (Serie Australia)
223- Volver a enamorarte
224- Empezar de nuevo (Serie oficina)
225- Nunca seré tuya (Serie Vikingos)
226- Sería imposible olvidarte (Serie Vecinos)
227- Juramento de amor 2 (Serie época)
228- Siento tu corazón
229- ¿Has pensado en mí?

230- La oportunidad de enamorarle
231- No dañes mi corazón (Serie Escocia)
232- Te siento mío (Serie Texas)
233- El uno para el otro
234- Mi sueño eres tú
235- Déjame amarte, preciosa (Lo siento, preciosa 3)
236- Intentaré amarte (Serie oficina)
237- Haré lo que sea por ti
238- Volveré a ti (Serie Texas)
239- Salvará su corazón (Serie Escocia)
240- Tenemos toda una vida (Serie Montana)
241- Las deudas se pagan
242- Piensa en mí (Serie Australia)
243- Demasiados años sin amarte (Serie Fantasía)
244- Eres todo para mí (Serie oficina)
245- Volveré en primavera
246- Eres mi perdición (Serie Fantasía)
247- Todo lo demás no importa (Serie Época)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Juramento de amor 2
12. Una moneda por tu corazón
13. Lady Corianne
14. No quiero amarte
15. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.